





Trabajadores del conurbano bonaerense  
Heterogeneidad social e identidades obreras



# Trabajadores del conurbano bonaerense

## Heterogeneidad social e identidades obreras

Verónica Maceira



**prohistoria**  
ediciones

Rosario, 2010

Maceira, Verónica

Trabajadores del conurbano bonaerense: heterogeneidad social e identidades obreras. - 1a ed. -

Rosario: Prohistoria Ediciones, 2010.

156 p.; 23x16 cm.

ISBN 978-987-1304-68-4

1. Sociología del Trabajo. I. Título

CDD 306.36

---

Fecha de catalogación: 25/10/2010

colección historia & cultura – 5

Composición y diseño: Georgina Guissani

Edición: Prohistoria Ediciones

Ilustración de Tapa: \*\*\*

Diseño de Tapa: \*\*\*

Este libro recibió evaluación académica y su publicación ha sido recomendada por reconocidos especialistas que asesoran a esta editorial en la selección de los materiales.

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS

HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

© Verónica Maceira

© de esta edición:  Prohistoria Ediciones

Tucumán 2253, (S2002JVA) – Rosario, Argentina

Email: [prohistoriaediciones@gmail.com](mailto:prohistoriaediciones@gmail.com) - [prohistoriaediciones@yahoo.com.ar](mailto:prohistoriaediciones@yahoo.com.ar)

Website: [www.prohistoria.com.ar](http://www.prohistoria.com.ar)

Descarga de índices y capítulos sin cargo: [www.scribd.com/PROHISTORIA](http://www.scribd.com/PROHISTORIA)

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en ART - Talleres Gráficos, Rosario, en el mes de \*\*\* de 2010.

Tirada: \*\*\* ejemplares.

Impreso en la Argentina

ISBN 978-987-1304-68-4

# ÍNDICE

Agradecimientos .....	11
INTRODUCCIÓN .....	13
CAPÍTULO I	
Antecedentes generales .....	17
CAPÍTULO II	
Diferenciación social de los trabajadores y programas de empleo en el Área Metropolitana: un estudio a través de trayectorias socio-ocupacionales .....	37
CAPÍTULO III	
Formas de conciencia social .....	71
CAPÍTULO IV	
Identidad peronista .....	93
CAPÍTULO V	
Prácticas de historización entre los trabajadores desocupados .....	107
CONCLUSIONES .....	127
BIBLIOGRAFÍA .....	135



*A los compañeros...*

*A los compañeros  
que no conocí  
pero conocí, en sus ansias, compañeros*

*Y a mis compañeros de la vida,  
a riki, nina y juan,  
a sonia y daniel, laura y la turca, eduardo y gaby*

*A mis padres, Amanda y Daniel*



## Agradecimientos

Este libro se basa en mi tesis doctoral presentada en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en 2008. Cursé mi doctorado parcialmente financiado por una beca del Deutscher Akademischer Austauschdienst (DAAD), para realizar una estadía anual en el Lateinamerika Institut-Freie Universität Berlin (2001), y por una beca post-doctoral del CONICET (2003-2004), en cuyo marco y con sede en FLACSO-Argentina, realicé la segunda parte del trabajo de campo que sirvió de base a mi tesis.

Por lo demás, este libro es producto de un sostenido esfuerzo personal para el que la colaboración de familiares, amigos, colegas y otras personas, fue decisivo. Por eso quiero agradecer:

A mi querida directora, Rosalía Cortés.

Al profesor Urs Müller Plantenberg, tutor en el Lateinamerika Institut.

A José Seoane, Soraya Guiraldes, Eduardo Balán y Paula Klachko, quienes me facilitaron los primeros contactos con los movimientos sociales.

A Claudio Palermo y a los referentes barriales de la Federación de Tierra y Vivienda del partido de La Matanza. A Fernando Nicetich y otros referentes barriales, del Movimiento Barrios de Pie en ese mismo partido. A Enrique Cayuqueo, secretario General de la UOCRA, seccional Matanza. A Ariel Díaz, Secretario de Organización de la UOM, seccional Matanza. A Roberto Mollo, secretario General del Sindicato de Mosaistas. Todos ellos, dirigentes sociales que viabilizaron mi contacto con los distintos entrevistados.

Muy especialmente, a cada una de las setenta personas entrevistadas.

A mi amiga Mónica Valdés y a mi querido cuñado Hernán Soltz, quienes, junto con mi hermana, me acompañaron en mis primeros días de trabajo de campo. A mi hermana Sonia Maceira, por eso, y por todo lo demás, que tanto ella como yo guardamos en el corazón. A mi hermano Daniel A. Maceira, que compartió conmigo (además de otras tantas cosas en esta vida) su acceso a los bancos de revistas internacionales, para completar la actualización bibliográfica.

A mis amigos Francisca Cruz, Emilio Crenzel, Silvina Arrossi, y Patricia Dávolo. Especialmente a mi amiga Laura Perelman, por estar siempre *on-line*.

A mi hijo Juan Spaltenberg, por su fuerza. A mi hija Nina Spaltenberg, por ser mi compañerita maravillosa y bancarse todos los periplos, desde La Matanza hasta Berlín.

A Ricardo Spaltenberg, mi compañero. Por quererme. Por su apoyo a este proyecto y por la generosidad de sus aportes. Y en particular, por aquella calurosa tarde de enero cuando, con nuestra hija de seis meses en brazos, se negó a dejar el corte de la ruta 3, hasta lograr la primera entrevista para mi trabajo de campo.

Hay otras deudas de gratitud, añejas y permanentes, que quiero honrar en este momento.

Quiero agradecer a Miguel Khavisse, por el privilegio y el placer de formarme como socióloga a su lado. Al maestro Lito Marín, por todo lo que me enseñó. A José Nun y a Miguel Murmis por la guía que sus clases y sus obras significaron para mí.

Y a la obstinación intergeneracional de quienes defendieron nuestra Universidad pública, abierta y gratuita, que me permitió acceder a la educación superior.

Verónica Maceira  
Buenos Aires, septiembre de 2010

## INTRODUCCIÓN

Este libro aborda la temática clásica de la heterogeneidad obrera, desplegándola en el contexto argentino de las últimas décadas. Su objetivo general es contribuir al conocimiento de las características y niveles del proceso de diferenciación social en el interior de los trabajadores urbanos de Argentina, que se profundizó a partir de lo que fuera la crisis estructural del régimen social de acumulación basado en la sustitución de importaciones.

Recordemos que tras el quiebre de aquel régimen, promovido por la última dictadura militar (1976-1983), se sucedieron dos décadas en las que no se logró constituir una dinámica sostenida de absorción productiva de fuerza de trabajo y fueron creciendo las vinculaciones laborales precarias, para instalarse, con la aplicación del ajuste estructural de los años 1990, una crisis inédita del empleo.

Es en este contexto, que exploramos la hipótesis de la cristalización de una diferenciación, que pueda ser considerada como socialmente sustantiva, entre aquellos trabajadores desocupados o que tienen inserciones laborales extremadamente irregulares, y el resto de la clase obrera.

En la exploración de nuestra hipótesis general, se consideran fundamentalmente dos ejes.

El primero, al que podríamos referir como de carácter estructural, involucra el análisis y caracterización de los niveles de diferenciación social que se abren entre los grupos considerados, a partir de tal segmentación de la fuerza de trabajo.

El segundo eje remite a la manera en que este tipo de heterogeneidad en la condición obrera, especialmente la experiencia del desempleo prolongado, se relaciona con la construcción de representaciones y posicionamientos diferentes sobre la propia identidad y el conflicto social, y afecta la solidaridad entre los distintos grupos. En ese sentido, el libro se enmarca en el estudio más amplio de la relación entre la experiencia de clase y la construcción del conocimiento sobre esa experiencia, esto es, la conciencia de clase.

Nuestro trabajo retoma, en primer lugar, sugerencias de lo que fueran las tesis centrales de Marx sobre las formas que asume la superpoblación relativa, así como de su posterior problematización, a partir de los estudios sobre marginalidad en América Latina.

Actualizando estos aportes es que interesa preguntarnos si se ha producido una reestructuración de las clases subalternas a partir del surgimiento y cristalización de una fracción que, por su carácter supernumerario, se desgaja de la clase obrera.

Para el contexto latinoamericano, el caso argentino presenta un rasgo distintivo que define la especificidad de la situación de los sectores sociales que son objeto de

este estudio. En efecto, en estrecha relación con la forma que asumió la industrialización sustitutiva de importaciones, el mercado de trabajo urbano argentino de postguerra se caracterizó por tasas de desempleo relativamente moderadas en comparación con otros países de la región. Este rasgo histórico involucra que la problemática de la superpoblación relativa que se hizo presente en las áreas centrales del país en los años 1990, no remita solamente a poblaciones aún no incorporadas a la producción capitalista o migrantes recientes. Por el contrario, el problema de la heterogeneización de la fuerza de trabajo se impuso como crucial para pensar uno de los contextos latinoamericanos otrora considerados como de mayor inclusión política y social.

Por otro lado, en el marco de los niveles inéditos alcanzados por la desocupación abierta y la subocupación en el país, los desocupados se incorporaron como protagonistas de la protesta social a través de múltiples organizaciones, utilizando en inicio el corte de ruta como forma de lucha. Dicha protesta estuvo en el origen de la implementación y extensión de una política de asistencia gubernamental a través de planes de empleo que, gestionados en parte por las organizaciones de desocupados, contribuyeron, a su vez, al fortalecimiento numérico y al sostén de estas mismas organizaciones.

Atentos a estas particularidades, nuestra hipótesis se investigó en un territorio que fue tradicional polo económico nacional, a la vez que escenario privilegiado de los procesos mencionados en esta introducción: el Área Metropolitana. Del amplio conjunto poblacional involucrado en esta problemática, tomamos como objeto específico justamente a los beneficiarios de programas de empleo, quienes aparecían, en el contexto de mayor desempleo abierto, como personificación de la exclusión social.

Asimismo, considerando tanto la hipótesis central de este trabajo cuanto las especificidades del desarrollo del mercado local, nuestra metodología parte de la reconstrucción y análisis de trayectorias socio-ocupacionales personales e intergeneracionales.

Para la construcción de la base empírica que sostiene el estudio se aprovecharon las fuentes secundarias ya existentes, a la vez que se relevaron, reconstruyeron y analizaron comparativamente las historias políticas y sociolaborales y las representaciones y orientaciones sobre la estructura y el conflicto social de setenta trabajadores de distintas generaciones, que componen dos grupos *a priori* discriminados para la investigación: beneficiarios de programas de empleo y trabajadores regulares de la industria manufacturera y de la construcción. El trabajo de campo se realizó en el partido de La Matanza,<sup>1</sup> entre los años 2001 y 2004.

---

1 La elección de este partido responde a su significación para las distintas temáticas que pretendemos articular en este estudio. Al respecto, es pertinente señalar que: a) La Matanza es una zona fabril afectada por el proceso de desindustrialización y reestructuración que caracterizó la economía argentina en las últimas décadas. Se trata por tanto de un territorio de residencia y trabajo tanto de asentamientos obreros estables como de trabajadores precarizados y marginalizados durante el mencionado periodo; b) en esa dirección, ha sido también el partido de mayor concentración relativa de beneficiarios de planes de empleo a nivel nacional; c) asimismo, es la zona del conurbano bonaerense donde se construyeron las más robustas organizaciones de desocupados de base territorial y es al mismo tiempo, una región con

El libro está organizado en cinco capítulos. En el primero se articulan y discuten antecedentes internacionales que abordaron la diferenciación entre una clase obrera relativamente estable y sus destacamentos más vulnerables o erráticos, y la contribución que tal diferenciación tiene en los procesos de formación de orientaciones o en su radicalización.

En el segundo capítulo se presenta el primer eje de la investigación. Aquí se busca establecer si quienes participaron en planes de empleo pertenecen a un típico segmento conformado por sectores excedentarios de la fuerza de trabajo de larga data o, si se hacen presentes también contingentes que formaban parte de segmentos más protegidos de la clase obrera. Asimismo, entendiendo que la caracterización de un estrato o grupo dentro de la clase no está dada solamente por las trayectorias de las que provienen los trabajadores sino también por su papel en el proceso de acumulación, se explora la dinámica de absorción/no absorción que experimenta el segmento desplazado de la producción. Al respecto, investigamos si esta población cumple funciones de ejército de reserva, siendo nuevamente absorbida en el periodo de expansión post-devaluación.

En los últimos tres capítulos se presenta el segundo eje de la investigación.

El tercero aborda las representaciones y orientaciones de los trabajadores desocupados y ocupados con respecto a la propia identidad y al conflicto social. En primer lugar, se exploran los cambios en la identidad social que pueden obrarse a partir del desempleo prolongado y, en esa dirección, se establecen correspondencias entre la heterogeneidad de la condición obrera y la diversidad de las formas de autoidentificación social. En estrecha relación con lo anterior, en segundo lugar se examina la hipótesis del debilitamiento de la solidaridad de clase producto de la diferenciación social obrera. Se localizan y analizan las orientaciones recíprocas entre los grupos incorporados al estudio. La tercera dimensión explorada remite al nivel de desarrollo diferencial de una orientación hacia la defensa colectiva de intereses comunes. Por último, señalemos que la propia identidad social se construye escindiéndola de aquellos grupos sociales que se consideran como alteridad y según sea el carácter que se atribuye a tal oposición. Al respecto, se explora entonces aquí la intensidad que asume, en los distintos grupos estudiados, un sentido de separación social con respecto a los grupos dominantes y la medida en que el mismo se resuelve o no, en este universo, en una conciencia del antagonismo social. En esta dirección, nos preguntamos especialmente si la situación de desempleo prolongado, y la crisis que tal situación ha significado en la trayectoria de un grupo de nuestros entrevistados, podrían contribuir u obstaculizar esta construcción. Basándonos en los hallazgos obtenidos en estas dimensiones, se localizan y describen un conjunto de perfiles generacionales presentes entre los trabajadores ocupados y desocupados del área al momento de la investigación.

El cuarto capítulo se centra en la identidad peronista del conjunto de trabajadores estudiados. Históricamente, el peronismo cumplió un papel de articulación ideológica y amalgama política de las fracciones obreras socialmente heterogéneas del área. Por tal motivo, se incluyó en este segundo eje, la indagación sobre los cambios y continuidades en los niveles de adhesión al peronismo de los sectores obreros considerados, así como la influencia actual de tal tipo de adhesión en la modelación de sus orientaciones.

El último capítulo analiza las prácticas de historización de los trabajadores. En tanto entendemos que la forma en que se actualiza la experiencia social pasada es un condicionante de las orientaciones sociales y políticas presentes, se incorpora una profundización en la investigación sobre dichas prácticas de historización.

El libro cierra articulando las conclusiones a las que se arribó en los distintos capítulos y destacando su aporte para responder las preguntas de la investigación.

# CAPÍTULO I

## Heterogeneidad social de los trabajadores: anclajes bibliográficos relevantes

La heterogeneidad de la clase obrera es un tema clásico de las ciencias sociales. Gran parte de la producción sobre el mismo ha sido desencadenada por el interés con respecto a la vinculación que pudiera establecerse entre tal diferenciación y la constitución de formas de conciencia social, nudo problemático también central para nuestra investigación. Particularmente, en el caso de los grupos poblacionales con una débil vinculación con el mercado de trabajo, este interés volcó al campo académico temores y deseos de los que se hicieron depositarios a dichos sectores. En tanto no integrados socialmente, aparecen, según las distintas miradas e interpretaciones, como manipulables, heterónomos, políticamente disruptivos o potencialmente revolucionarios.

En este capítulo dirigiremos un recorrido bibliográfico relativamente sintético orientado a localizar cómo se ha problematizado la diferenciación entre una clase obrera relativamente estable y sus destacamentos más vulnerables o erráticos, con qué criterios se ha conceptualizado la misma como socialmente sustantiva y de qué manera se ha hipotetizado la influencia que tal diferenciación ejerce en los procesos de formación de orientaciones (orientaciones con respecto a la propia identidad, al conflicto y el cambio social).

### La mirada de los clásicos marxistas

La temática de la heterogeneidad obrera puede ser rastreada en los textos de Karl Marx, aunque quizás por el estadio del capitalismo que analizó, dicha problemática no revestía en sus escritos, la centralidad que le otorgarán autores posteriores. Al respecto, es sabido que Marx hipotetizaba más bien una tendencia hacia la homogeneización interna de la clase obrera, derivada de una mecanización estimulada por los constantes cambios tecnológicos, lo que redundaría en el desplazamiento creciente del trabajo especializado que sería asumido por la máquina.<sup>2</sup> No por ello, las menciones a fracciones más débiles de la clase obrera están ausentes de su obra.

---

2 Esta tendencia a la homogeneización se hipotetizaba en el marco de una separación cada vez mayor entre el trabajo y los medios de producción (Marx, 1975, Tomo I, Vol. III: 1123), lo que en términos de la formación de clases involucraría una tendencia hacia la polarización. Asimismo, esto se corresponde con una acumulación de riqueza que se crea en uno de los polos de la sociedad capitalista, en comparación con la acumulación de la miseria en el otro polo. Conocida también como la teoría de la pauperización (*Verelendung*), esta acumulación de miseria refiere fundamentalmente a la creación y

En efecto, las primeras menciones de Marx y Engels a fracciones de la clase obrera que se diferencian “hacia abajo” se encuentran en la *Ideología Alemana* (Marx y Engels, 1975), donde incorporan el término “lumpenproletariado” en el pasaje de la crítica a Stirner. Posteriormente, el término y la referencia se hacen presentes en escritos políticos de Marx, en los cuales el lumpenproletariado es tratado como constituido por fracciones *desclasadas* del mismo proletariado, propensas a la manipulación.<sup>3</sup>

Sin embargo, el tratamiento más exhaustivo que Marx realiza de aquellos contingentes más débiles de la clase obrera y, sobre todo, de su relación con la dinámica del capital, no se encuentra en aquellas obras sino en los *Grundrisse* (Marx, 1971) y en *El Capital* (Marx, 1975 y 1976), escritos en los que el lumpenproletariado se incorpora a un elenco más amplio, en ocasión del tratamiento de las formas y funciones que adopta la superpoblación relativa. Es sobre esta conceptualización que se basarían avances posteriores sustantivos sobre esta problemática.

Al respecto recordemos que Marx señala como ley de población peculiar del modo de producción capitalista que “la población obrera [...] con la acumulación del capital

---

reproducción del ejército industrial de reserva. Sin embargo, es pertinente precisar con rigor el carácter que tienen estas conceptualizaciones de Marx. Por un lado, Marx estaba tematizando leyes generales del desarrollo capitalista, esto es, tendencias intrínsecas al mismo. Esto no es lo mismo que una *predicción* en tanto, como establece el mismo Marx, éstas, “como todas las demás leyes, se ve modificada en su aplicación por una serie de circunstancias” (Marx, 1975, Tomo I, Vol. III: 803). Por otro lado, las tendencias generales hipotetizadas por Marx no significan que el autor supusiese, como señalan con muchísima frecuencia sus críticos, una estructura de clases simplificada en las formaciones sociales histórico-concretas. Recordemos al respecto que el famoso e inconcluso capítulo *Las Clases* (Marx, 1976, Cap. LII, Tomo III, Vol. VIII), se inicia señalando la complejidad de las estructuras de clases. Dice allí Marx, que ni siquiera en Inglaterra “donde la sociedad moderna está mas amplia y clásicamente desarrollada en su articulación económica [...] se destaca con pureza esa articulación de las clases [...] También aquí grados intermedios y de transición (aunque incomparablemente menos en el campo que en las ciudades) encubre por doquier las líneas de demarcación” (Marx, 1976, Tomo III, Vol. VIII: 1123).

- 3 En *Las Luchas de Clases en Francia*, los jóvenes del lumpenproletariado son cooptados por el gobierno de la burguesía, formando las Guardias Móviles, destinadas a enfrentar al mismo proletariado. Marx señala por un lado, que la burguesía enfrenta “una parte del proletariado con otra”, indicando con ello que se trataría de dos fracciones del mismo. Por otro, advierte sin embargo, que el lumpenproletariado forma “en todas las grandes ciudades [...] una masa bien deslindada del proletariado industrial”. En todo caso, queda claro aquí el papel que Marx evalúa que ha desarrollado esta fracción en la lucha de clases: “Esta capa es un centro de reclutamiento para rateros y delincuentes de todas clases, que viven de los despojos de la sociedad, gentes sin profesión fija, vagabundos, *gens sans feu et sans aveu*, que difieren según el grado de cultura de la nación a que pertenecen, pero que nunca reniegan de su carácter de *lazzaroni*” (Marx, 1973: 62). Estos elementos estarán presentes nuevamente en el *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, cuando refiere que el bonapartismo organiza a miembros del lumpenproletariado de París, caracterizándolos como “hez, desecho y escoria de todas las clases” (Marx, 1972: 80). En el mismo sentido, en el *Manifiesto Comunista*, hablará del “proletariado andrajoso, esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad [que] se verá arrastrado en parte al movimiento por una revolución proletaria, si bien las condiciones todas de su vida lo hacen más propicio a dejarse comprar como instrumento de manejos reaccionarios” (Marx y Engels, 1983b: 49).

producida por ella misma, produce en volumen creciente los medios que permiten convertirla en relativamente supernumeraria” (Marx, 1975, Tomo I, Vol. III: 785). Convirtiéndose esta superpoblación en ejército industrial de reserva a disposición del capital, a ser reclutado en las fases expansivas del ciclo, lo que funciona como condición de existencia del sistema y palanca de acumulación. En tal sentido, esta *reserva*, estos contingentes poblacionales, se recomponen permanentemente y no estarían excluidos para siempre del sistema productivo sino que son absorbidos y repelidos de acuerdo a las necesidades del capital (Marx, 1975, Tomo I, Vol. III: 785-787).

A esta primera función del ejército industrial de reserva se suman, en la teorización de Marx, otras dos igualmente importantes. La presencia de este ejército industrial de reserva implica, a partir de la competencia, un efecto depresivo sobre los salarios de los obreros ocupados así como favorece el disciplinamiento de estos últimos por parte del capital.

Marx, entonces, no consideraba a esta superpoblación relativa como algo distinto de la clase obrera misma y entendía que la permanencia en alguno de los matices de este estado formaba parte de la experiencia común de la clase. Tres son las formas que adopta la superpoblación relativa en el análisis que hace el autor: *la fluctuante* (contingentes atraídos y repelidos según los requerimientos del capital, que sufren desempleo en ese movimiento); *la latente* (mano de obra agrícola, reservorio en vías de proletarizarse cuando lo requiera el capital) y *la estancada* (de ocupación absolutamente irregular, sus condiciones de vida descienden por debajo del nivel medio de la clase, convirtiéndose por tanto en base para la superexplotación capitalista). Marx caracteriza a este último contingente como “elemento de la clase obrera” que, lejos de ser transitorio, “se reproduce y perpetúa a sí mismo”. Finalmente, encontramos lo que llama la esfera del pauperismo, que constituye “el peso muerto del ejército industrial de reserva”, presentado, a su vez, a través de tres grupos diferentes, según su empleabilidad: personas aptas para el trabajo, huérfanos e hijos de indigentes y personas encallecidas, degradadas, incapacitadas para trabajar. Aún estas últimas son consideradas por Marx como *obreros*,<sup>4</sup> a partir de su pasada inserción productiva. A su vez, distingue todas estas *capas de la clase obrera* del lumpenproletariado propiamente dicho, formado por vagabundos, delincuentes y prostitutas.<sup>5</sup> Antes que en

4 Quizás Marx dejó huellas de su reflexión sobre la caracterización social de los mismos al utilizar el término *individuos* (según la tercera y cuarta edición en alemán, cuidada por Engels y tomada de la versión francesa) en lugar de *obreros* (de la segunda edición alemana original) en el párrafo en el que se refiere a las últimas capas del pauperismo (Marx, 1975, Tomo I, Vol. III: 802, ver nota a, en la edición de Scaron, en la misma página).

5 Cabe advertir que todo este tratamiento se ubica en el desarrollo que Marx hace al nivel del proceso de producción del capital (Tomo I) y no del proceso global de la producción capitalista (Tomo III). Por lo tanto, su énfasis aquí está en señalar la unidad de movimiento que produce y reproduce tanto a la clase obrera activa como a su superpoblación relativa y no en problematizar la articulación entre estas distintas formas de existencia de la clase (tópico que quizás, hubiese sido propio del capítulo inconcluso del Tomo III).

razones que hacen al análisis social, esta distinción parece enraizarse en un criterio moral propio de la sociedad victoriana, siguiendo con la línea de pensamiento que lo moviera a calificar a estos individuos como escoria de la sociedad. Por último y como señaláramos al principio, Marx deriva de la ley general de acumulación capitalista, la tendencia al aumento de la magnitud absoluta y relativa de la superpoblación relativa.<sup>6</sup>

Con respecto al *borde superior* de la clase, en el intercambio de correspondencia que Marx mantiene con Engels aparece ya la preocupación por el surgimiento de una “aristocracia obrera” (Marx y Engels, 1957). Es Engels (1974) quien conceptualiza este punto, advirtiendo sobre la moderación política u oportunismo de esta *aristocracia* y estableciendo una vinculación clave entre las ventajas económicas de la misma y la posición de monopolio industrial de la Gran Bretaña en la que tal fracción emerge.

Los elementos centrales de este análisis serían retomados y desplegados por Lenin (1957) en su intento por explicar los alineamientos nacionalistas de los partidos socialistas en la Primera Guerra Mundial y el consecuente fracaso de la Segunda Internacional.

Esta tesis leninista ha permeado todo el debate posterior de las ciencias sociales al respecto. Según Lenin, así como el monopolio temporal de Inglaterra contribuía a explicar el oportunismo obrero en ese país, eran las superganancias producidas por la explotación imperialista, a expensas del proletariado de las colonias, las que permitieron cimentar una “alianza de los obreros de un país dado, con sus capitalistas, contra los demás países”.

Es importante diferenciar el doble vínculo que supone la tesis de la aristocracia obrera. Por un lado, la génesis de esta aristocracia está derivada del desarrollo de una fracción monopólica del capital. Por otro lado, esta posición privilegiada alimenta una orientación economicista de esta fracción que conduce a la fragmentación del movimiento obrero en pos de la satisfacción de su propio interés. Si bien la tesis presentada hasta aquí se refiere estrictamente a la aristocracia obrera, los operadores involucrados en la misma se extienden en las proposiciones leninistas sobre la conciencia corporativa (Hobsbawm, 1978), generalizándose a un estadio de la conciencia obrera del que pueden participar el conjunto de los trabajadores. Al respecto, Lenin consideraba que la lucha puramente sindicalista o economicista no es exclusiva de tal aristocracia sino que, en correspondencia con el desarrollo desigual del capitalismo, tiende a imponerse en los distintos sectores de actividad, fragmentando a la clase obrera “en segmentos egoístas (pequeño-burgueses) cada uno de los cuales trata de satisfacer su propio interés, si hace falta, aliado a sus propios patronos y a expensas del resto de la clase obrera” (Lenin, 1974: 177).

---

6 Señala sintéticamente que: “Cuanto mayores son la riqueza social, el capital en funciones [...] mayor es también, por tanto, la magnitud absoluta del proletariado y la capacidad productiva de su trabajo, tanto mayor es el ejército industrial de reserva [...] cuya miseria se halla en razón inversa a los tormentos de su trabajo. Y finalmente, cuanto mas crecen la miseria dentro de la clase obrera, y el ejército industrial de reserva, mas crece también el pauperismo oficial” (Marx, 1975, Tomo I, Vol. III: 803).

Tanto la generación de fuerza de trabajo excedente como la problemática de la heterogeneidad obrera fueron retomadas y actualizadas por Braverman (1974) para la fase monopolista de la acumulación del capital. Un aporte de Braverman que interesa particularmente a nuestro trabajo es su énfasis, consistente con la tesis de Marx sobre la superpoblación relativa, en la necesidad de analizar conjuntamente la masa de empleados y desempleados, señalando la mutua implicación de ambas situaciones de clase. Los diversos aportes de Braverman han sido retomados por dos campos de estudios, de desarrollo en cierta medida paralelo, pero que confluyen en abordar la problemática que aquí nos ocupa, esto es, los procesos de heterogeneización de la clase obrera. Uno de estos campos es el de los estudios sobre la así llamada segmentación del mercado de trabajo. El otro ha sido el del análisis de la estructura de clases y la estratificación social en las sociedades del capitalismo avanzado.

### **Segmentación del mercado de trabajo y heterogeneidad obrera**

Como señalara Castel (1997: 358) si bien la heterogeneidad también estaba presente en periodos anteriores, no fue sino hacia fines de los años 1960 que el proceso de unificación obrera a través de la toma de conciencia de sus intereses comunes pareció quebrarse, “dejando la condición obrera librada a sus disparidades objetivas”. El estudio sobre los procesos de heterogeneización de los trabajadores fue retomado entonces, desarrollado a través de las investigaciones sobre la temática general de la segmentación del mercado de trabajo en las formaciones centrales.

Tres perspectivas intentaron explicar en principio, el proceso de segmentación del mercado de trabajo:

- a) Piore y Doeringer (1971) introdujeron la noción de mercado de trabajo dual, para señalar que los trabajadores estaban situados en dos mercados de trabajo cualitativamente distintos y no convergentes. Piore ha dado básicamente dos tipos de explicaciones para la dualidad. La primera se centra en los desarrollos tecnológicos divergentes de la estructura industrial (Piore, 1983d). La segunda es de carácter político: considera que el dualismo es el resultado del cambio y la incertidumbre inherentes a toda actividad económica y que la carga de dicha incertidumbre es soportada en mayor medida por los grupos de trabajadores organizativa y políticamente más débiles (Piore, 1983c).
- b) Gordon, Edwards y Reich (1986) introducen el término *segmentación* con objeto de sugerir que existían más divisiones importantes en el mercado de trabajo que la propuesta por la hipótesis del mercado de trabajo dual. Los teóricos radicales consideraron no ya la lógica del capital individual sino la de los capitalistas como clase, atribuyendo el origen de la estratificación a los requerimientos de control y disciplinamiento social de la clase obrera. En sintonía con la tradición marxista, estos trabajos reconducen el problema de la segmentación desde las relaciones de mercado a las relaciones de producción.

- c) Otros autores (Rubery, 1978) enfatizaron el papel activo de los sindicatos en este proceso. De acuerdo a esta perspectiva, la creación de mercados internos puede ser también una táctica defensiva de los sindicatos, que buscan seguridad en el puesto y mayores salarios, controlando la entrada a una ocupación, firma o sector.

Si bien son distintas las perspectivas desde las que se ha intentado dar cuenta de la génesis de la segmentación, la idea básica que está en el centro de estos estudios y que aquí nos interesa retener, es que los trabajadores se insertan en segmentos divergentes del mercado de trabajo, y que existen barreras que obstaculizan el acceso a determinados segmentos, en desmedro de la estabilidad y la movilidad de parte de la fuerza de trabajo.

Al respecto y desde la perspectiva que adoptamos en este libro, la sugerencia más interesante en relación con los atributos de estos segmentos es la que realizara el mismo Piore al considerar los tres segmentos como una tipología de cadenas de movilidad. Señala el autor que “la distinción entre estos segmentos, que originalmente estaba basada en los tipos de trabajos y trabajadores, se vuelve así dependiente de los tipos de secuencias de puestos por las cuales pasan los individuos en el curso de su vida laboral” (Piore, 1983b: 199).

En el camino de explicar la distinción entre segmentos, los estudios sobre segmentación se han interrogado, como probablemente pocos otros cuerpos bibliográficos, sobre los operadores que producen diferencias sociales en el interior de la clase obrera. Sin embargo, difícilmente estos autores se han definido sobre el carácter de tales diferencias. A pesar de ello, sí podemos señalar que raramente se derivaron de tales distinciones entre segmentos, diferencias sustantivas entre los trabajadores en ellos insertos, esto es, diferencias de clase. En todo caso, los segmentacionistas no han tendido a caracterizar a los trabajadores secundarios como fuera de clase obrera.<sup>7</sup>

Por su parte, fueron particularmente los teóricos radicales quienes avanzaron en una reflexión sobre las consecuencias de la segmentación para la formación de las orientaciones de los trabajadores insertos en los distintos segmentos y para la construcción de la unidad política de la clase obrera norteamericana. Afirmaban al respecto, que los trabajadores primarios, al gozar de una mayor autonomía en el trabajo y mejores condiciones, se orientaban a cuestiones políticas tocantes a las libertades individuales y la calidad de vida. Mientras que, por el contrario, los trabajadores se-

---

7 Al respecto es, en parte, excepcional la incursión del mismo Piore en la que explora en qué medida la segmentación del mercado de trabajo se corresponde y descansa en una estratificación social y cultural de los trabajadores (Piore, 1983b). Sostiene que la caracterización del sector secundario, y de los segmentos superior e inferior del sector primario, sugiere distinciones semejantes a las que se encuentran entre la subcultura de clase baja, la de clase trabajadora y la de clase media. Sin embargo, aún en este trabajo, el uso del concepto de clase es más bien laxo y no parece revestir la exigencia que podemos observar en los estudios sociológicos.

cundarios, cuyos ingresos e inestabilidad laboral no les garantizan la reproducción de sus condiciones de vida podían retraerse políticamente u orientar sus demandas al acceso a los servicios gubernamentales y a las ayudas económicas (Gordon, Edwards y Reich, 1986: 272).

Posteriormente, durante los años 1980 y 1990, el estudio de la estructura del mercado de trabajo en los países centrales fue relativamente desplazado por aquellas líneas de investigación que intentaban dar cuenta de lo que aparecía como un fuerte deterioro de la seguridad en el trabajo, hipotetizándose, en esa dirección, una precarización general del empleo que abarcaría a todos los trabajadores. De acuerdo a esta perspectiva, que se tornaba dominante, aparecían como erosionadas las precondiciones sociales y económicas en las que se habían sustentado los mercados laborales internos (Kohler et al., 2005: 12).

Con una orientación similar a esta última, pero en un nivel de análisis más amplio que el específico de los mercados de trabajo, se desarrolló un cuerpo influyente de estudios franceses. Castel (1997) ha sido en este marco un autor paradigmático, enfatizando lo que consideró un cambio en la condición salarial misma, esto es, una transformación que involucra tendencialmente al conjunto de los trabajadores. Señalaba que la precarización no es accesoria sino que es un proceso central, regido por las nuevas exigencias tecnológico-económicas de la evolución del capitalismo moderno y que si bien sigue primando el empleo por tiempo indeterminado, las formas precarias son dominantes en las nuevas contrataciones. El autor observaba la persistencia de los mercados primarios y secundarios y admitía que a primera vista la situación puede “interpretarse a partir de los análisis de la dualización del mercado de trabajo”, sin embargo, prefería hacer hincapié en que “el problema actual no es sólo el que plantea la constitución de una periferia precaria sino también el de la desestabilización de los estables” (Castel, 1997: 413). En una posición más militante contra la imagen que podía derivarse del segmentacionismo, Freyssinet enfatizaba la constitución de lo que consideró una nueva forma de regulación salarial. En esta dirección, el autor señaló que “la flexibilidad no concierne a un mercado de trabajo secundario sino a la totalidad del sistema de los empleos” (Freyssinet, 1991: 218). Fitoussi y Rosanvallon (1997) diagnosticaban un cambio de consecuencias aún mayores, construyendo la imagen de la fragmentación social: a la fragmentación que proviene de estas desigualdades estructurales se sumarían las desigualdades dinámicas resultantes de la distinta relación de los individuos con la coyuntura. Estos condicionamientos tendrían también su importante correlato en términos políticos. Según los autores, al haberse descompuesto, en cierto modo, lo social, se observaría una *desociologización* de lo político, primando un *individualismo negativo* y el resquebrajamiento del tejido social. En una dirección similar pero desde Alemania, Ulrich Beck ha hablado de una “brasileñización de Occidente”, advirtiendo con ello que una progresiva desregularización y flexibilización de las relaciones laborales transforma la sociedad laboral en una “sociedad de riesgo” (Beck, 2000: 12). Estos últimos autores comulgan con otros

(Rifkin, 1995; Méda, 1995) en una visión aún más radical según la cual, el vínculo laboral ya no es una relación fundamental para comprender las formaciones sociales. De esta manera, se emparentan con aquellos que, desde otras perspectivas, han sostenido el desplazamiento de las contradicciones de clase como clivaje sustantivo de las sociedades post-industriales, como paradigmáticamente Pakulsky (2005) y Clark y Lipset (1996).

En el recorrido que venimos realizando vale retener que esta perspectiva, especialmente difundida hasta bien entrados los años 1990, suponía una atención centrada en este inquietante cambio general de las condiciones del vínculo laboral. La heterogeneidad obrera que interesa a este libro era, si se quiere, relativamente secundaria.

En este contexto, Rosanvallon afirmaba incluso, que para analizar lo social hay que recurrir cada vez más a la historia individual antes que a la sociología, no habiendo ya identidades colectivas sino trayectorias individuales (Rosanvallon, 1995: 201 y 194). Interesa también distinguir que, en forma paradójica, si bien el propio Piore introdujo el estudio de las cadenas de movilidad, la centralidad que las trayectorias laborales adquirieron en ese nuevo contexto, fue entonces en una dirección mayormente diferente y en rechazo de la aproximación segmentacionista.

Desde mediados y fines de 1990, sin embargo, una nueva ola de estudios sobre el mercado de trabajo a gran escala y largo plazo, comenzó a develar modificaciones menos dramáticas que las esperadas en cuanto a la persistencia del empleo de larga duración y a demostrar continuidades en la estructura de los mercados de trabajo. Estudios más recientes realizados en Europa se orientaron a re-analizar los cambios en la estabilidad laboral y en los patrones de movilidad desde una perspectiva segmentacionista. En ese marco, se ha argumentado que hay un aumento de la inestabilidad pero que ésta afecta mayormente a quienes eran menos estables. Esto es, no todos los trabajadores vivirían en la misma “sociedad de riesgo”, postulada por Beck (Demaziere, 2005: 40-44). En esta dirección señala también que lo que se ha verificado no es la desaparición de los mercados internos de trabajo sino su transformación en mercados ocupacionales. Los mercados ocupacionales constituirían un mercado primario de nivel superior (según la clasificación de Piore), donde la regulación atañe a determinados puestos a lo largo de varias firmas. Esto supone, a su vez, un cambio en los patrones de movilidad (concretamente con un mayor peso de la movilidad externa a la firma), pero no sería encontrado con la hipótesis de la persistencia y el aumento de la segmentación.

En el contexto actual, han cobrado renovado impulso los estudios longitudinales. Algunos de ellos han enfatizado divergencias en los patrones de movilidad, integrando por tanto el estudio de las trayectorias socio-ocupacionales y la flexibilidad dentro del debate de la dinámica segmentacionista. Así por ejemplo, Blossfeld y Mayer (1988) avanzaron en un sentido sugerente para nuestro estudio, a través del análisis empírico de la segmentación desde la perspectiva de su impacto en las trayectorias de largo plazo de los trabajadores. Asimismo Di Prete y otros autores (1997) se extendie-

ron en el estudio comparativo internacional, analizando las condiciones regulatorias que determinan regímenes más o menos individualizados de movilidad social.

### **Aportes contemporáneos desde el análisis de clases**

Es relevante advertir que, en los países centrales, las distintas perspectivas teóricas que abordan el análisis de la estructura de clases se han ido desarrollando al afrontar el desafío de dar cuenta de la existencia y persistencia de distintos grupos poblacionales que se distinguían de las clases consideradas fundamentales en el análisis clásico. Esto ha sido particularmente cierto a partir de lo que se conoció como el debate sobre *las clases medias*, en el marco del cual los autores se enfocaron básicamente en la conceptualización de aquellos estratos que se diferenciaban “por arriba” de la clase obrera. Por su parte, las conceptualizaciones acerca de la diferenciación que se opera entre una clase obrera estable y los expulsados de forma permanente o temporaria de las filas del proletariado tienen, en general, una densidad teórica menor que las que tematizaron la presencia de clases medias y contribuyeron en menor medida a un replanteo sistemático de los cuerpos teóricos de la disciplina en las formaciones centrales.

En el marco del análisis más amplio de la estructura de clases, Wright (1983) consideró insatisfactoria la conceptualización de lumpenproletariado del marxismo clásico, por entender que ésta señalaría intereses opuestos a los de la clase obrera y un papel ambiguo en la lucha de clases. Sostiene que, por un lado, en términos de intereses inmediatos, los desocupados permanentes y la clase obrera se enfrentan en un escenario de Estado de bienestar, en tanto los subsidios de uno provienen de impuestos de otro. Sin embargo, al nivel de intereses fundamentales, tanto unos como otros serían beneficiados por el socialismo. Esto no necesariamente implica que puedan ser considerados una misma clase,<sup>8</sup> en tanto lo mismo puede decirse de los campesinos, los esclavos y aún los pequeños comerciantes, no siendo por ello parte de la clase obrera. Por su parte, en relación con los desempleados temporarios, advierte que los mismos no presentarían un problema especial para el análisis de clase: retoma aquí la noción de *trayectorias de clase* acuñada por Daniel Bertaux (que será productiva para nuestra investigación) sugiriendo que la forma apropiada de tratar éstas y otras posiciones transitorias es considerar que el contenido de clase de estas posiciones está dado por el contenido de clase de la trayectoria como un todo. Como propuesta provisional que, sin embargo, no retomará concluyentemente en siguientes estudios, el autor propone que los desocupados permanentes sean considerados un segmento marginalizado dentro de la misma clase obrera.

Más recientemente, Wright (2000) volvería al tema de la distinción entre clase obrera y desocupados permanentes, así como, más en general, a los criterios de dife-

---

8 En forma consistente con un análisis marxista de rigor, lo que Wright considerará como una diferenciación social sustantiva es una diferencia de clase, y tales diferencias son las que se anclan en intereses sociales contradictorios al nivel de las relaciones sociales fundamentales.

renciación en el interior de la clase obrera y su conceptualización, en el marco de su discusión con los neoricardianos y, específicamente con Sørensen.<sup>9</sup> En este contexto, presenta un conjunto de sugerencias que interesan a nuestro análisis. En primer lugar, diferencia la opresión económica no explotativa de la explotación. Esta sugerencia tiene relevancia para el caso de los grupos oprimidos no productivos o de cuya producción no depende la ganancia de los explotadores. En esa dirección, y según las propias palabras de Wright, los trabajadores desocupados pueden ser sujetos de una forma de opresión no explotativa. En segundo lugar, discute la perspectiva neoricardiana de *renta por empleo* según la cual los beneficiarios de subsidios serían vistos como beneficiarios de una relación explotativa con respecto a los no beneficiarios. Al respecto, Wright argumentará que la clase obrera no puede ser vista como beneficiaria de una relación de explotación dado que el ingreso que reciben los trabajadores es, por el contrario, una forma que mitiga su propia explotación en el marco de la relación capitalista. Asimismo, vuelve sobre las sugerencias de Marx al señalar que la existencia de los desocupados desfavorece a la clase obrera en su conjunto, por el efecto depresor sobre los salarios que cumple el ejército de reserva.

---

9 Sørensen (2000) sostiene un concepto de clase que busca atender al carácter antagonista de las relaciones entre las mismas, pero considera la explotación en términos de procesos de generación de renta a partir de la posesión o control de algún tipo de activo. Particularmente en relación con el punto que nos interesa, entenderá la capacidad de los desempleados de ser beneficiarios de subsidios del Estado de bienestar en términos de la posesión de activos que generan renta. Wright discute este concepto de explotación basado en la generación de rentas, rechazándolo por plantearse de manera independiente de la expropiación económica del fruto del trabajo de los explotados (punto clave de la teoría marxista de la explotación). La discusión entre Wright y Sørensen puede ser entendida en el marco más amplio del debate entre marxistas y neoricardianos con respecto a la forma de determinación de la ganancia capitalista y los niveles en que, por tanto, se definen las clases sociales. Entre los sraffianos y quienes retomaran posteriormente esta perspectiva, como los neoricardianos, las clases se definen primariamente en las relaciones de mercado (en tanto es en ese ámbito en el que consideran que se extrae el excedente) mientras que para los marxistas, debido a que la explotación de clase mantiene una relación causal con la extracción de plusvalía, las clases se definen con respecto a las posiciones en las relaciones de producción. Desde nuestra perspectiva y en función de nuestros intereses de investigación, la relevancia de la teoría del valor marxista fundada en el trabajo está dada por su capacidad para develar los mecanismos de la explotación, y, en esa dirección, por sus implicaciones en términos del análisis de clase. En ese sentido, y como señalara con razón Giddens, lo ajustada que pueda ser su contribución desde la perspectiva de las exigencias técnicas de la teoría económica ortodoxa a hora de predecir precios, es totalmente secundaria (Giddens, 1979: 107). Al respecto, adherimos a la advertencia de Monza, cuando señala que “sería inadmisibles sostener que, en ningún sentido plausible del término, la categoría y el sistema de los precios de producción ‘explican’ la generación y apropiación del excedente en una economía capitalista. Es por el contrario, el sistema de los valores el que atiende a los aspectos sustantivos de teoría que están por detrás del sistema de los precios de producción. La categoría valor proporciona una perspectiva teórica particular que contribuye a esclarecer el problema de la generación del excedente capitalista y su apropiación, si bien ella no es ni suficiente ni necesaria para determinar la cuantía de ese excedente en tanto se mida por la tasa de ganancia. En tal sentido, el valor se ubica en un orden de prelación teórico con respecto al precio y ello vindica la plausibilidad de la estructura teórica construida por Marx” (Monza, 1985: 102).

El autor que, dentro de los marxistas analíticos, abordará centralmente esta diferenciación de la clase obrera “hacia abajo” es Van Parijs (1990), llegando, sin embargo, a conclusiones opuestas a las que arriba el propio Wright. Van Parijs amplía la teoría de la explotación propuesta por Wright, criticándolo por considerar como sustantivas sólo aquellas desigualdades procedentes de la propiedad desigual de fuerzas productivas. En esta dirección, agrega un ítem más en la ya polémica lista de las divisiones de clase y las explotaciones múltiples pergeñada por Wright: la explotación de empleo. Siguiendo en términos generales la formulación de Roemer (quien fuera a su vez retomado por Wright), define a un explotador de empleo (o explotado de empleo) como aquel cuya situación empeoraría (o mejoraría) si los bienes de empleo fueran equitativamente repartidos. Esto es, Van Parijs argumenta (en contraposición a lo que ya señalamos en el caso de Wright) por una consideración de la distinción entre las posiciones de ocupados y desocupados como una diferencia de *clase*, y postula que la lucha de clases entre los que tienen empleo y los que no lo tienen, jugará un papel principal en el futuro del capitalismo. A nuestro entender, Van Parijs (tanto como Sørensen) puede llegar a plantear estas equivocadas conclusiones en tanto son corolarios de un camino que se inicia al independizar la explotación de las relaciones de producción y que termina en una disgregación de las clases sociales en relaciones interindividuales y ahistóricas.<sup>10</sup>

Por su parte, el análisis neoweberiano ha estimado como sustantivas otras diferenciaciones sociales en el interior de los trabajadores que no necesariamente son de clase y que, para serlo, no deben (desde esa perspectiva) necesariamente ser antagónicas. Entre los analistas neoweberianos que trabajaron el tema encontramos a Giddens y Goldthorpe.<sup>11</sup>

10 Si bien entendemos que en estas discusiones Wright está mejor orientado que sus ocasionales contendientes, creemos que puntos clave de su última reformulación teórica están en sintonía o habilitan estos planteos, presentando por tanto, un similar carácter polémico, diluyéndose en su interior algunas de las intuiciones y aproximaciones más valiosas de la perspectiva marxista. Siguiendo a Carchedi (1990), uno de los cuestionamientos más relevantes (que compartimos en este libro) es el empobrecimiento de la fuerza del pensamiento marxista que involucra su desplazamiento hacia el individualismo metodológico así como su acercamiento ahistórico basado en la teoría de los juegos. Una segunda crítica sustantiva se dirige hacia su teoría de la explotación, la que mantiene un nexo causal entre el bienestar de una clase y la privación de otra, pero localizándolo al nivel de la apropiación/distribución, desplazando el nivel de la producción y borrando, de esta manera, la especificidad del capitalismo: esto es, el hecho de que las relaciones explotativas son relaciones de producción. Una tercera crítica sustantiva es su abandono (no fundamentado) de la teoría del valor, lo que involucra a su vez, la falta de solvencia de la teoría de la explotación propuesta, en la medida en que para que haya explotación debe haber apropiación del plusproducto, el cual carece de sentido ante la ausencia de trabajo abstracto y de medida social común entre trabajos y productos heterogéneos, es decir, de una unidad de medida en términos de valor. La explotación queda anclada en la monopolización de los activos productivos cruciales, y reducida, por tanto, a relaciones de propiedad e intercambio. Esto desplaza a Wright hacia un concepto distribucional, que se asemeja en gran medida al acercamiento neo-ricardiano que critica.

11 Goldthorpe (1992) incluye en su famoso esquema de clases, la heterogeneidad de quienes venden su fuerza de trabajo. Distingue entre aquellas posiciones que están reguladas por un contrato de trabajo

Giddens<sup>12</sup> (1979) postula que el desarrollo del capitalismo avanzado no ha corroborado la hipótesis comentada hacia la homogeneización del trabajo, observándose una diferenciación que se origina en las necesidades de planificación orientada al aumento de la productividad. Encuadrándola en esta problemática más amplia de la segmentación del mercado de trabajo, Giddens localiza la presencia de una llamada *infraclass*, cuando las líneas de segmentación coinciden con la diferenciación étnica.<sup>13</sup> En relación con el segundo nudo problemático que tematizamos en estos antecedentes, Giddens postula que el surgimiento y desarrollo de las distintas formas de conciencia no dependen solamente de condiciones políticas sino que se trata de un problema específico de las formas que adopta la estructuración mediata e inmediata de las clases. En esa dirección, aquellos factores que favorecen la visibilidad de la estructuración de clases contribuyen al desarrollo de una conciencia del conflicto<sup>14</sup> (lo que en el marxismo tradicionalmente se llamó conciencia revolucionaria). Entre tales factores que favorecen la visibilidad destaca aquellos señalados ya por Marx (como la concentración de los trabajadores y los efectos

---

de aquellas otras consideradas por el autor como relaciones de *servicio*. A diferencia del contrato de trabajo, que es considerado un intercambio específico de salario por el esfuerzo del trabajador estrechamente supervisado, la relación de servicio (concepto que fuera tomado de Karl Renner) es de largo plazo y envuelve un intercambio más difuso, cuyo elemento decisivo es la centralidad de las recompensas prospectivas. Sin embargo, en lo referente a los interrogantes que interesan a esta investigación, al resolverse finalmente esta distinción propuesta en una división manual/no manual, Goldthorpe no avanza en diferenciaciones *entre* los trabajadores manuales, ni da cuenta de contingentes que pudieran cuestionar las fronteras inferiores de la clase obrera. Goldthorpe hace presente aquí un mecanismo que también incorporaron algunos autores segmentacionistas al entender que la relación de servicio se basa en las necesidades de control de los trabajadores cuando media un margen de discrecionalidad en sus operaciones derivada ya sea del desarrollo de calificaciones específicas o del ejercicio de una autoridad delegada. En ese sentido, si bien podría señalarse que un segmento no desdeñable de la clase obrera manual de los países centrales desarrollan operaciones que involucran calificaciones específicas, autonomía o ejercicio de autoridad, la clase de servicio en el esquema propuesto por Goldthorpe resulta ser exclusivamente un segmento dentro de los asalariados de cuello blanco.

- 12 En la perspectiva de Giddens, los factores de estructuración mediata e inmediata de las clases son aquellos que definen tanto las distinciones entre clases como los niveles de homogeneidad y heterogeneidad de las mismas. En la medida en que las diversas fases (mediata e inmediata) de la estructuración de clases se superponen, las clases existen como formaciones distinguibles. Entre los factores que hacen a la estructuración de las clases, Giddens considera criterios similares a Wright tales como la división del trabajo y las relaciones de autoridad dentro de la empresa, incorporando a su vez dos criterios típicamente weberianos: la movilidad social como factor de estructuración mediato y la influencia de los grupos distributivos que contribuiría a la constitución de las clases como grupos sociales identificables.
- 13 Advirtamos que en este texto (cuya primera edición data de 1973) la llamada *infraclass* americana a la que Giddens se refiere, no tiene aún la conformación de aquella que dará origen al debate posterior, postreganismo. Se trata aquí de un desarrollo referido más a la población de migración relativamente reciente hacia el centro del imperio antes que, como será posteriormente, a la población afroamericana histórica relegada por el neo-conservadurismo en barrios espacialmente segregados.
- 14 En su concepción de las formas de conciencia, Giddens es en parte deudor de Lenin, cuando retoma la distinción entre lo que es la conciencia trade-unionista (que él denomina conciencia del conflicto) y la conciencia revolucionaria. Esto es, no son solo niveles sino formas distintas del desarrollo de la conciencia de clase, cuyo surgimiento y desarrollo supone condiciones también distintas.

homogeneizadores de la mecanización) y otros, como el traslapamiento de factores de estructuración. Al respecto y en relación con los grupos más vulnerables de la estructura de clases, concluye que es posible el surgimiento de una conciencia revolucionaria en casos en los que sus condiciones de marginalidad se articulen fundamentalmente con procesos de movilidad geográfica y ocupacional y con divisiones étnicas. Giddens entiende, sin embargo, que por las mismas condiciones de estructuración de tales grupos, esta radicalización se circunscribiría a sus miembros, siendo mínima la posibilidad de que se extienda a la clase obrera en su conjunto. El autor parece más inclinado a esperar de esta *infraclase* “explosiones de hostilidad” crónicas que acciones políticas de carácter revolucionario (Giddens, 1979: 257).

De manera relativamente independiente a este cuerpo central del debate sobre el análisis de la estructura de clases en las sociedades centrales, la imagen de los márgenes cobró un interés particular en Estados Unidos a través de la noción de *underclass*, generando una bibliografía polémica que trascendió las fronteras norteamericanas. Esta noción se entrama con la revitalización de los estudios sobre la pobreza en ese mismo país (Harrington, 1984) que llamó la atención tanto sobre la profundización de las *pobrezas* tradicionales como sobre la configuración de nuevas estructuras de pobreza a partir de la crisis del fordismo y el desmantelamiento (relativo) del Estado de bienestar.<sup>15</sup>

Como advirtiera John Westergaard (1996), el planteo del *underclass* tiende a una especie de disolución de la clase obrera, enfatizando la diferenciación social entre una crecientemente aislada *infraclase*, por un lado, y un conjunto más amplio de población crecientemente indistinguible e integrada a los sectores medios (Harrington, 1984; Peterson, 1991). Este argumento confluye entonces (aunque por otra vía) con las posiciones que sostienen la pérdida de capacidad explicativa de las clases. En el marco de este tipo de formulaciones, Bauman (1982) ha sugerido una crisis “de la forma en la cual los trabajadores se constituyeron históricamente a sí mismos como clase” y el desplazamiento consecuente del eje central de explicación del cambio social, esto es, de la contradicción capital-trabajo a una contradicción sistémica, es decir, entre aquellos que están incluidos y excluidos del sistema (Bauman, 1982 y 2005).

---

15 En este contexto, se desarrollaron al respecto cuatro posiciones diferenciadas, que buscaban explicar el surgimiento y persistencia de grupos en condiciones de extrema pobreza y aislamiento social: a) la primera enfatiza el limitado desarrollo del Estado de bienestar norteamericano que no garantiza la integración; b) la segunda, opuesta a la anterior, considera que el surgimiento de tales situaciones sociales expresa “las perversidades” del Estado de bienestar, siendo una respuesta racional de grupos que aprovecharían la asistencia pública sin trabajar; c) la tercera, proveniente de estudios antropológicos, enfatiza la existencia de una *cultura de la pobreza*, considerándola como un estilo de vida autoperpetuante; d) por último, Wilson, aceptando la descripción aportada por los estudios antropológicos, los ubica al nivel del *resultado*, considerando que las causas deben buscarse en el efecto desigual de los cambios económicos de mediados de 1970, que trajeron aparejados altos niveles de desempleo (Wilson, 1991). Para un análisis de las distintas teorías sobre la pobreza, Wright (1994b).

Como señalaron en su momento Murmis y Feldman (1993):

“...si bien al acercarse a la consideración de las clases y las grandes categorías socio-ocupacionales entrando por el tema de la pobreza, se está enfocando un aspecto fundamental de la experiencia humana, desde ciertas perspectivas ello puede implicar concentrar la atención en el consumo, en el acceso a bienes y servicios por una parte de la población y dejar de lado el análisis de las relaciones sociales fundamentales que hacen al centro de la sociedad y los recursos productivos”.

Esto sería, como dice Harrington, la posibilidad de la caracterización de “víctimas sin victimarios”. Asimismo, este tipo de formulaciones ha sido cuestionado por falta de apoyatura empírica. Para los países centrales, se ha señalado que existen más continuidades entre los trabajadores y la *underclass* que lo que dicha formulación supone. Al respecto, se argumentó la existencia de una alta tasa de entrada y salida de la pobreza y especialmente, la decisiva presencia entre los pobres de trabajadores retirados, quienes difícilmente podrían ser considerados como una clase separada del ejército activo. Por otro lado, se criticó la supuesta creciente indistinción de clases, aportando evidencia acerca de los diferenciales crecientes de salarios entre trabajadores y las distintas fracciones de la burguesía y los cuadros ejecutivos (Lee y Turner, 1996). Entre las críticas más interesantes, Wacquant (2001) señaló, refiriéndose al caso norteamericano, que la separación de este conjunto poblacional del resto de la sociedad es aparente, en el sentido de que se trataría de una separación de *mundos vividos*, no de *sistemas*.

Entre los autores contemporáneos que abordan la problemática de la *underclass* en Estados Unidos, es posible encontrar también hipótesis contrapuestas con respecto a la relación entre su presencia y la formación de orientaciones. Por un lado, algunos autores han señalado que actuaría contribuyendo al predominio de actitudes conservadoras entre el proletariado. Una posición contraria, abona la tesis del potencial radical o revolucionario de la *underclass* a diferencia de una clase obrera más “conservadora”.

La perspectiva desde la cual se ha problematizado inicialmente la presencia de una *underclass* ha partido de una posición ciertamente conservadora, que sigue la tradicional preocupación por la presencia de “clases peligrosas”. Sin embargo, aún cuando lo haga de una manera que no compartimos, este cuerpo bibliográfico logra llamar la atención sobre un elemento relevante, no considerado sistemáticamente en el resto de las perspectivas ya mencionadas hasta aquí. Al considerar la *underclass* como producto de las políticas del Estado de bienestar, este planteo invita a abordar la relación entre heterogeneización social y acción estatal. En este campo ha sido posteriormente notable el aporte realizado por Esping-Andersen (1993), que sí nos interesa retomar para nuestro trabajo. Siguiendo a este autor, la acción del estado no sólo interviene corrigiendo o morigerando las desigualdades, sino que los rasgos del Estado de bienestar, según su distinta configuración,

promueven distintas estratificaciones sociales y en esa dirección, distintas estructuras de conflictos potenciales y distintas articulaciones de la solidaridad social.

Según Esping-Andersen, las políticas de asistencia social a los pobres, que prevalecen en los estados liberales, construyen una relativa igualdad en la pobreza entre los beneficiarios de protección social, así como un marcado dualismo entre estos y aquellos cuyos ingresos y prestaciones dependen del mercado, lo que a su vez pueden promover un dualismo político entre ellos. En esta dirección, sostiene la importancia de las políticas universalistas tanto para la autonomía como para la solidaridad obrera. Las políticas universalistas esquivarían el reforzamiento de la lealtad hacia el Estado, propio tanto de las políticas de los estados corporativos como de la asistencia a la extrema pobreza. Asimismo, las políticas universalistas se encaminan hacia la desmercantilización, lo que, según el autor, amplía los márgenes de libertad obrera y debilita la autoridad empresaria. En esta visión, en tanto los trabajadores dependan del mercado es difícil que se movilicen solidariamente, reflejando en su acción las desigualdades de su inserción en el mercado. La desmercantilización permitiría superar esta limitación que históricamente enfrentan los movimientos obreros (Esping-Andersen, 1993: 42). Esta perspectiva tiene en común con la segmentacionista (tanto en la versión institucionalista como en la radical), su atención a la capacidad performativa que la política de los actores ejerce sobre la estructura de los mercados y la desigualdad social.

### **Aportes latinoamericanos**

En el contexto latinoamericano de finales de los años 1960, el interés clásico por los procesos de heterogeneización de los trabajadores adquirió un renovado impulso a partir de las formulaciones que intentaban dar cuenta del surgimiento o persistencia de conjuntos poblacionales que se vinculaban con el mercado de trabajo de maneras que diferían de lo que podía ser considerado como una relación salarial plena. Fue en referencia a esta problemática que se abrió paso el llamado debate sobre marginalidad (Nun, Murmis y Marín, 1968; Nun, 1969), en cuyo marco, tales grupos poblacionales fueron caracterizados como un ejército industrial de reserva *excesivo*, en la medida en que, de acuerdo a la hipótesis ampliamente discutida en el periodo, no serían periódicamente reabsorbidos en etapas de expansión del ciclo productivo. Esta línea de razonamiento sugería entonces explorar las modalidades concretas que podía asumir la superpoblación relativa en las formaciones capitalistas periféricas y problematizar su *funcionalidad* para la acumulación del capital. A la vez que remitía el surgimiento de estos distintos segmentos del mercado a una génesis común, esta perspectiva advertía sobre la posibilidad de que se estuviera produciendo una segmentación radical en los mercados de trabajo latinoamericanos (en tanto una porción de la población relativamente excedentaria no cumplía con las funciones clásicas de reservorio de mano de obra y de depresión de los salarios vía competencia), y una diferenciación sustantiva entre los trabajadores (ya que parte de los mismos no compartirían la expe-

riencia formativa de la fábrica, considerada por los autores clásicos, como central en la constitución de la subjetividad obrera).

En relación con este último punto, la hipótesis central con respecto a las orientaciones y las formas de acción debatida en aquel contexto postulaba que los trabajadores marginales tendrían una tendencia a adherir “a metas más altas o más bajas” que las típicamente corporativas a las que se orientan los obreros estables. Esto es:

“...por un parte, se movilizarían en términos de reivindicaciones personales y de corto plazo; pero por otro lado, al carecer de una ocupación estable que les permitiese definir con claridad a su antagonista económico, dado un estímulo adecuado, estarían inclinados a reclamar soluciones del Estado, politizando de inmediato sus aspiraciones” (Nun, Murmis y Marín, 1968).

La problemática de la marginalidad fue introducida inicialmente en referencia a los problemas derivados de la rápida urbanización y el crecimiento de los asentamientos populares en nuestros países. Entre los primeros trabajos realizados sobre este tema se destacaban aquellos anclados desde la perspectiva de la teoría de la modernización. Como en el caso de la *underclass* norteamericana, la noción de marginalidad hizo referencia, en un principio, a grupos poblacionales que se consideraban segregados. Historiando el uso de tal noción, Gino Germani señala que:

“...en América Latina el término marginalidad empezó a usarse principalmente con referencia a características ecológicas urbanas, es decir a los sectores de población segregados en áreas no incorporadas al sistema de servicios urbanos, en viviendas improvisadas y sobre terrenos ocupados ilegalmente. De aquí el término se extendió a las condiciones de trabajo y al nivel de vida de este sector de la población” (Germani, 1973: 42).

A semejanza de los debates norteamericanos, estuvieron también inicialmente presentes en la comunidad académica latinoamericana, distintas formulaciones que buscaban explicar el surgimiento y permanencia de la *marginalidad* en términos culturales y, en menor medida, psico-sociales (Germani, 1973). Sin embargo, el debate sobre la marginalidad experimentó un vuelco sustantivo a partir de su articulación con tópicos clásicos de la teoría marxista, tales como el ejército industrial de reserva y la teoría de las clases sociales (Nun, Murmis y Marín, 1968).

Posteriormente, José Nun (1969: 224) avanzó en una reelaboración que introduce el concepto de *masa marginal*,<sup>16</sup> a partir de la crítica a la asimilación entre las categorías de superpoblación relativa y ejército industrial de reserva.<sup>17</sup>

Las tesis de Nun sobre los efectos no funcionales de parte de la superpoblación relativa fueron ampliamente debatidas en aquel momento. En particular Cardoso consideraba que el sistema capitalista en su fase monopolista tenía la capacidad de crecer en forma progresiva y acumulativa, por lo que las masas poblacionales consideradas como supernumerarias lo eran solo transitoriamente (Cardoso, 1971: 75). La no funcionalidad de estos excedentes poblacionales en relación con la determinación del nivel general de salarios continuó siendo uno de los puntos de mayor desacuerdo en los ámbitos académicos locales.<sup>18</sup>

La producción latinoamericana sobre marginalidad también incluyó una enorme cantidad de investigaciones de distinta relevancia sobre las formas de participación y las orientaciones políticas de los grupos marginales. Dichas investigaciones problematizaron fundamentalmente la capacidad de los grupos *marginales* para lograr autonomía en sus formas de organización y acción participativa (Portes y Walton, 1976). Recordemos al respecto que desde Marx en adelante, se ha enfatizado la centralidad de la cooperación entre los trabajadores como experiencia formativa de la cual dependería la posibilidad del desarrollo de procesos intersubjetivos de autonomía (Marx, 1975). Tal cooperación viabilizaría la identificación o constitución de intereses comunes y la participación en la elaboración de nuevos valores y normas sociales (Touraine y Pecaut, 1966). Por el contrario, los segmentos débilmente vinculados al mercado de trabajo se habrían visto privados de sostener en forma continuada dicha experiencia, lo que ha llevado a algunos autores a hipotetizar una participación social poco estructurada y la construcción de relaciones heterónomas con quienes detentan mayor poder social.

---

16 El concepto de *masa marginal* señala la parte de la sobrepoblación relativa que no cumple funciones como ejército industrial de reserva en esta nueva fase de la acumulación capitalista, siendo afuncional o disfuncional al sistema. Esta reelaboración de Nun recoge asimismo aportes ya visitados en este libro, tales como los referidos al desarrollo de la etapa monopolista del capital y la segmentación del mercado de trabajo.

17 Según la lectura de las *Grundrisse* propuesta por Nun, estas categorías corresponden a distintos niveles de generalidad. Mientras la primera se sitúa al nivel de la teoría general del materialismo histórico, la segunda corresponde a la teoría particular del modo de producción capitalista. Estas dos categorías remiten según el autor a dos problemáticas diferentes: la superpoblación relativa refiere a la génesis estructural de una población excedente, y el de ejército industrial de reserva, a los efectos que la misma provoca en el sistema.

18 Así Marshall sostuvo en una investigación para el caso argentino de los años 1960 que la presión de un excedente general de mano de obra que se ejerce al nivel de mano de obra no calificada se difunde hacia las ocupaciones más calificadas a través de toda la estructura productiva (Marshall, 1978: 165). El mismo Quijano, otro de los autores centrales en este debate, reconsideró su primera posición con respecto a la no funcionalidad de los marginales en cuanto a la depresión del nivel general de salarios (Quijano, 1977: 17).

En esa línea se ha argumentado que en tanto estos grupos están desplazados del ámbito de la producción y quedan insertos en una relación de dependencia económica directa con respecto al Estado, difícilmente lograrían mantener en el largo plazo una relación de oposición al adversario, estando siempre latente su transformación en una relación entre estado benefactor y población asistida (Sigal, 1981). En el mismo sentido, Touraine había insistido en que una suma de status negativos, una mayor explotación y una marginalidad económica suelen conducir al retraimiento, a una protesta que –aún llamando a la protección del Estado– puede ser violenta y no se organiza, pero no a una acción de clase. Touraine, consideraba que es en el corazón de una formación de clases y no en su periferia donde se forman los grandes movimientos sociales (Touraine, 1965; Touraine y Pecaut, 1966).

La entrada que propuso la perspectiva de la marginalidad fue desplazada posteriormente por otras de menor ambición teórica. Hacia principios de 1970 comenzaron a desarrollarse los estudios sobre la llamada *informalidad* (PREALC, 1978). Este término no buscaba caracterizar específicamente una relación salarial sino más bien un sector de actividad que, desde la perspectiva más difundida, actuaba como refugio de aquella mano de obra no absorbida por los sectores *modernos*. Posteriormente, la *informalidad* fue definida operativamente como una serie de ocupaciones que no estaban pautadas dentro de las normas legales, y además tenían características económicas diferenciales (facilidad de acceso, entrada con dotación de tecnología baja, baja capacitación de la mano de obra, baja retribución), involucrando tanto a informales dependientes como a informales independientes. Asimismo, hacia los años 1980 aquellas inserciones laborales consideradas atípicas se extendieron más allá del sector informal, surgiendo entonces otro tipo de aproximación a estas situaciones de alguna manera desventajosas: los estudios sobre *precariedad* laboral. A diferencia de lo que vimos para el caso del desarrollo del concepto de marginalidad, la precariedad laboral es una noción eminentemente descriptiva que involucra todo vínculo laboral que difiera del empleo típico fordista (Feldman y Galin, 1990).

### **Trayectorias y orientaciones**

Para cerrar el capítulo, remarcaremos algunos aportes mencionados que refieren a las matrices fundamentales a partir de las cuales se ha pensado el papel que los procesos de movilidad social tienen en la conformación de las orientaciones.

Vimos que desde la perspectiva marxista, este tema fue considerado en el marco de los procesos de pauperización. También fue tematizado en referencia al mecanismo por el cual el desarrollo capitalista supone el pasaje de pequeños empresarios, artesanos y otros a las filas del proletariado. Asimismo, la movilidad social ha sido una preocupación particularmente cara a los sociólogos de inspiración weberiana, a partir de que el mismo Weber le otorgara un papel sustantivo en la formación de las clases sociales en su nivel demográfico. Según Weber una clase social “comprende la totalidad de aquellas situaciones de clase dentro de las cuales la movilidad individual

y generacional es fácil y típica” (Weber, 1978). Este énfasis es retomado por los distintos analistas neoweberianos. Así Giddens considera que “la estructuración mediata de la relaciones de clase se rige sobre todo por la distribución de las posibilidades de movilidad que existen dentro de una sociedad dada” (Giddens, 1979: 121), agregando que “cuanto mayor sea el grado de cierre de las posibilidades de movilidad [...] mayores son las facilidades para la formación de clases identificables”.

Señalamos también cómo, en el campo de los estudios sobre el mercado de trabajo, el mismo Piore propuso el análisis de las cadenas de movilidad y la construcción de tipologías de carreras. Al respecto, como señalara Spilerman (1977), una línea de carrera o trayectoria laboral puede ser entendida como una historia de trabajo que es común a una porción de la fuerza de trabajo. Estas tipologías darían cuenta de los distintos segmentos del mercado y fueron especialmente valoradas en el estudio de mercados internos (Kalleberg y Sørensen, 1979).

Ciertamente, no en todos estos casos la noción de movilidad o la de trayectoria refiere estrictamente al mismo tipo de fenómeno ni se ubica al mismo nivel. Sin embargo, estos distintos aportes confluyen a incorporar una mirada diacrónica al estudio de las estructuras sociales y a establecer una vinculación analítica entre fenómenos estructurales y aquellos que pueden observarse a escala individual.<sup>19</sup>

Por su parte, la temática de los efectos que tienen los procesos de pauperización o la movilidad descendente sobre las orientaciones de los trabajadores, es también un tópico clásico. El mismo ha sido objeto de investigaciones sociológicas desde distintas perspectivas teóricas, en distintos momentos históricos y tomando como objeto fracciones sociales distintas. Sin embargo, es productivo advertir que la matriz que dominó generalmente las interpretaciones sobre este tipo de procesos es la desarrollada para explicar el surgimiento del nazismo y el fascismo europeo.<sup>20</sup> Después de la Segunda Guerra, la tesis de la relación intrínseca entre el fascismo y el miedo de la clase media pauperizada fue recogida también por los intelectuales de la Escuela

---

19 Como señala Almeida, “permite como efecto, analizar simultáneamente el proceso de transformación histórica de los lugares y de los agentes que los ocupan” (Almeida, 1986: 86).

20 De acuerdo con esta hipótesis, la pauperización de la clase media desataba el pánico de estas fracciones sociales, que sentían igualada su posición a la de los trabajadores manuales. En lugar de conducirla a una alianza con los obreros clásicos, la volvía especialmente sensibles a la apelación fascista. Esta teoría fue asumida por la socialdemocracia (Burriss, 1986). Por su parte, el movimiento comunista internacional consideraba que una interpretación del fascismo que enfatizase la participación de la pequeña burguesía era correcta, sin embargo, refutaba el carácter autónomo de la misma, advirtiendo sobre el papel ejercido por el gran capital en la dirección de los movimientos fascistas. En el marco de su polémica con la dirección del Partido Comunista, Trotsky advertía que la pequeña burguesía no era intrínsecamente reaccionaria y que la relación entre la desesperación de la pequeña burguesía y su adhesión al fascismo sólo se comprobaba históricamente luego de demostrada la incapacidad de las vanguardias proletarias para conducirlas en un sentido progresista (Trotsky, 1940: 133-134). El papel central de la pequeña burguesía en el fascismo también fue considerado en la explicación aportada por Nikos Poulantzas (1971).

de Frankfurt emigrados a Estados Unidos.<sup>21</sup> Val Burris señala que sobre esta base se desarrolló en la sociología americana de los años 1950 un consenso sobre el potencial reaccionario de la *baja clase media*,<sup>22</sup> aplicándose más tarde a la interpretación de distintos movimientos como el KuKlux Klan y el macartismo, influyendo incluso posteriormente, en la interpretación del reaganismo (Burris, 1986: 344).

Otra de las hipótesis sobre la vinculación entre movilidad social y orientaciones fue la retomada por Germani al iniciar los estudios sobre movilidad social en nuestro país, cuando sugería –en sintonía con algunas de las proposiciones de Mills– que la movilidad social expone a los individuos “a presiones contradictorias en cuanto a su orientación política y esta circunstancia, como ha sido probado reiteradamente, tiende a traducirse en retraimiento”, concluyendo que la movilidad social tiende a “debilitar la solidaridad y la fuerza político-económica de la clase obrera” (Germani, 1963: 361).

Por último, otros estudios fundantes de las matrices interpretativas sobre la vinculación entre movilidad social y orientaciones fueron los desarrollados hacia fines de los años 1960, retomando la llamada *tesis de la aristocracia obrera* pero ligada, en este caso, al desarrollo de la fase monopolista de la acumulación del capital. En este contexto, la preocupación radicaba en los procesos de movilidad ascendente que experimentaban los trabajadores manuales de empresas líderes. La tesis suponía su mayor *integración subjetiva* y su asimilación progresiva a la llamada clase media. Goldthorpe y sus colaboradores (1968) refutaron dicha tesis pero localizaron correspondencias entre la heterogeneidad de los trabajadores y sus orientaciones con respecto al trabajo, a la empresa y al conflicto social.<sup>23</sup> Las investigaciones al respecto para el caso argentino concluyeron que no se observaba “una redefinición importante de la identidad de clase, ni el cuestionamiento de la solidaridad obrera ni una disminución significativa de la percepción de los conflictos que los oponen a los patrones”, rechazando la idea de una determinación unívoca de las orientaciones por la situación de trabajo (Jelin y Torre, 1982).

---

21 En particular, Adorno (1950) sugiere tal vinculación en su famoso estudio sobre la *personalidad autoritaria*, mientras que Bettelheim y Janowitz (1950) encontraron una tendencia reforzada al prejuicio y el antisemitismo entre los individuos con movilidad social descendente.

22 Sin embargo, Lipset y Bendix (1963) en su clásico trabajo sobre la movilidad social, relativizaron tanto el papel jugado por el deterioro de la situación de la pequeña burguesía durante el nazismo como (a través del estudio comparado) la necesidad de la relación entre movilidad social descendente y fascismo.

23 Los trabajadores de industrias de punta tenían una orientación marcadamente instrumental y concebían la empresa mayormente en términos de la interdependencia entre los trabajadores y la dirección de la misma. Estos trabajadores se ubicaban en un lugar intermedio entre los trabajadores de cuello blanco, de orientación más burocrática y los proletarios industriales “tradicionales” y los mineros, de orientación más solidaria, quienes sostendrían, de acuerdo a estudios anteriores, imágenes dicotomizadas de antagonismo y explotación (Goldthorpe et al., 1968: 74).

## CAPÍTULO II

### **Diferenciación social de los trabajadores y programas de empleo en el Área Metropolitana: un estudio a través de trayectorias socio-ocupacionales<sup>24</sup>**

#### **Presentación**

Como señalamos en la introducción, nuestra investigación tiene como objetivo avanzar en el estudio de la cesura que el ajuste estructural de los años 1990 significó en la clase obrera en Argentina. Al respecto, exploramos la hipótesis de la cristalización de una diferenciación que pueda ser considerada como socialmente sustantiva, entre aquellos trabajadores desocupados, o que tienen inserciones laborales extremadamente irregulares, y el resto de la clase obrera.

El trabajo parte de las ya mencionadas tesis centrales de Marx sobre las formas que asume la superpoblación relativa y su posterior problematización, a partir de los estudios sobre marginalidad en América Latina.

Recordemos una vez más que, de acuerdo a Marx, la acumulación del capital produce crecientemente un volumen de superpoblación relativa, que constituye un ejército industrial de reserva a disposición del mismo, a ser reclutado en las fases expansivas del ciclo, lo que funciona como condición de existencia del sistema y palanca de acumulación. Posteriormente, los estudios sobre marginalidad en América Latina (Nun, Murmis y Marín, 1968) llamaron la atención sobre la generación de grupos poblacionales que no serían periódicamente reabsorbidos en etapas de expansión del ciclo productivo, los que fueron caracterizados (por tal motivo) como un ejército industrial de reserva excesivo. En tal sentido, esta perspectiva problematizó la posibilidad de que se estuviera produciendo una segmentación radical en los mercados de trabajo latinoamericanos y una diferenciación sustantiva entre los trabajadores.

Actualizando estos aportes, nos interrogamos si se ha producido una reestructuración de las clases subalternas a partir del surgimiento y cristalización de una fracción que, por su carácter supernumerario, se desgaja de la clase obrera.

Considerando tanto esta hipótesis central cuanto las especificidades del desarrollo del mercado local ya mencionadas en la introducción, nuestra metodología parte de la reconstrucción y análisis de trayectorias socio-ocupacionales personales e in-

---

24 Una versión preliminar de este capítulo fue publicada como “Segmentación, fuerza de trabajo excedente y programas de empleo en el Área Metropolitana: un estudio a través de trayectorias socio-ocupacionales”, en *Población y Sociedad. Revista Regional de Estudios Sociales*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Tucumán, núm. 16, 2009, pp. 29-72.

tergeneracionales. Como señalamos en el capítulo precedente, el estudio de las trayectorias ha sido estimado como un recurso metodológico clave para el análisis de la segmentación de la fuerza de trabajo y para el estudio de la diferenciación social que la misma determina. Al respecto, entendemos con Piore, que la observación empírica encaminada a la distinción entre segmentos no debe limitarse a un único puesto de trabajo sino orientarse a establecer el tipo de secuencias de puestos por las cuales pasan los individuos en su vida laboral.

La pregunta central de nuestra investigación refiere no sólo al nivel de la segmentación de la fuerza de trabajo sino que interesa explorar la heterogeneidad social que la misma determina. En este sentido, nuestro estudio está en sintonía con las sugerencias desarrolladas desde el análisis de clases, cuando se ha propuesto la atención a las *trayectorias de clase* (Wright, 1983 y 1994a) para la caracterización de la población desocupada. Esta propuesta sugiere que la forma apropiada de tratar (en términos metodológicos) una determinada posición, es considerar que su contenido de clase está dado por el contenido de clase de la trayectoria como un todo.<sup>25</sup>

Nuestra investigación recurre, en primer lugar, a las fuentes secundarias existentes para la caracterización de la población objeto de estudio (la Encuesta Permanente de Hogares-INDEC y las encuestas específicas a beneficiarios recabadas por los organismos encargados del monitoreo de tales políticas de empleo). Estas fuentes solo permiten el seguimiento de periodos cortos de las trayectorias socio-ocupacionales. Esta limitación fue encarada a través de su articulación con un estudio de carácter cualitativo, en el que se relevaron y reconstruyeron las trayectorias socio-ocupacionales personales e intergeneracionales de un conjunto de trabajadores del área.

Asimismo, en tanto en nuestro país aún no se ha desarrollado la investigación de trayectorias socio-laborales de larga duración a gran escala, no contamos con lo que podríamos considerar como parámetros generales de las trayectorias de trabajadores regulares, con respecto a los cuales evaluar las trayectorias de los segmentos más irregulares o precarios (objetos de este estudio). Este obstáculo se afrontó, recabando un conjunto acotado de trayectorias de trabajadores manuales de la manufactura y la construcción.

---

25 En términos metodológicos, las dimensiones a partir de las cuales se explorará esta diferenciación son, en consistencia con lo señalado, la continuidad como fuerza de trabajo explotada por el capital, la intensidad de la asalarización, la estabilidad y su reverso, la precarización del vínculo laboral. Asimismo, se consideraron aquellas relaciones que se establecen en el interior del proceso productivo y permiten potencialmente inscribir las trayectorias laborales en distintos segmentos, capas y sectores en el interior de la clase. Entre estas últimas relaciones, se cuentan la de autoridad y control en los procesos de producción (como funciones derivadas del capital) y las de conocimiento con respecto al proceso productivo (que a nivel operativo medimos en este estudio a través del nivel de calificación desarrollada) (Wright, 1994a). Por otro lado, la diferenciación social se expresa y cristaliza en comportamientos socio-demográficos distintos de los hogares –comportamientos observados aquí a través de indicadores tales como tipos y tamaño de los hogares, y acceso a la educación (Torrado, 1998)– así como deriva en desigualdades de ingresos entre los mismos (Wright y Perrone, 1977: 32-55).

Las entrevistas se realizaron a varones de entre 18 y 60 años de edad, residentes u ocupados en el municipio de La Matanza. En total, fueron entrevistados cincuenta trabajadores amparados en programas de empleo (treinta del *Plan Trabajar* más veinte trabajadores beneficiarios del *Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados*) y, como grupo de comparación, veinte trabajadores ocupados de manera regular en las industrias metalúrgicas, textil y construcción.<sup>26</sup>

Asimismo, asumimos conceptualmente que es el hogar la unidad privilegiada para el análisis de la heterogeneidad social (Torrado, 1998). En esa dirección y en

---

26 Los criterios y procedimientos para la selección de los entrevistados fueron los siguientes:

a) Para la selección de los *entrevistados beneficiarios de planes para desempleados* se consideraron, en primer lugar, criterios territoriales. En la realización del muestreo, y para evitar una gran dispersión geográfica que hubiese entorpecido operativamente el trabajo de campo, se procedió en forma sucesiva: 1º de las localidades que componen el segundo cordón del partido de La Matanza, seleccionamos a su vez Rafael Castillo, Isidro Casanova, Gregorio Laferrere y Ciudad Evita; 2º dentro de estas localidades, se seleccionaron, a partir de los contactos facilitados por dos organizaciones territoriales presentes en la zona, un conjunto de proyectos; 3º dentro de los mismos, se excluyeron los beneficiarios extranjeros y se seleccionaron al azar los varones a entrevistar.

b) Para la selección de los *trabajadores ocupados*, se consideraron los siguientes criterios: i) Localización geográfica: los trabajadores a entrevistar debían trabajar y/o residir en La Matanza, ii) Rama de actividad: se seleccionaron trabajadores manuales insertos en la manufactura (metalúrgica y textil y confecciones) y la construcción. Estos sectores de actividad fueron escogidos en virtud de su centralidad como empleadores en las trayectorias de los desocupados ya entrevistados y, en este marco, por su heterogeneidad interna en cuanto a las condiciones que suponen para los trabajadores en ellos ocupados; iii) Nivel de calificación: se buscó entrevistar a trabajadores que, a priori, parecieran desarrollar tareas no calificadas o de calificación operativa. Estos niveles son los que desempeñan el grueso de los trabajadores de la zona y los que desarrollaban los desocupados con experiencia laboral previa entrevistados; iv) Tamaño del establecimiento: se buscó que estuvieran presentes en la muestra, trabajadores insertos en establecimientos de distinto tamaño; v) Grupo etario: se buscó que estuvieran presentes en la muestra, trabajadores de las distintas cohortes, dentro del rango de edad antes definido.

Contemplando estos criterios, los ocupados a entrevistar fueron contactados a través de la mediación de la seccional zonal de los respectivos sindicatos. Los ocupados entrevistados estaban vinculados en su totalidad a sus organizaciones gremiales y parte de los mismos eran o habían sido delegados de base. Los recaudos metodológicos tomados logran fundamentalmente preservarnos de una selección sesgada de los entrevistados aunque no pretendemos convertir a la muestra de ocupados resultante, propia de un estudio cualitativo, en otra, representativa (en términos estadísticos) de una población tan internamente heterogénea, como es la de los asalariados del conurbano bonaerense.

Ante las abiertas diferencias que presentan las trayectorias socio-ocupacionales de mujeres y varones (y los recursos limitados para esta investigación) focalizamos el estudio en trayectorias de trabajadores varones, con los siguientes fundamentos: a) los trabajadores manuales registrados formales de la industria (que constituyen nuestro grupo control), son en mayor medida varones (mientras que las trabajadoras mujeres de calificaciones operativas o sin calificación se insertan con mayor frecuencia en mercados secundarios –sectores no registrados o informales de la industria y de los servicios); b) los desocupados del *Plan Trabajar*, a partir de los cuales se diseñó en inicio la investigación, eran mayormente varones; c) las primeras entrevistas realizadas a beneficiarias mujeres –que finalmente no se incorporaron a este estudio– nos mostraban que provenían en gran medida de la inactividad, debiendo por tanto apelar a la posición del jefe de hogar para su caracterización; d) de lo dicho se desprende que eran las trayectorias de los varones las que mejor permitían testear la hipótesis de la investigación y contestar sus preguntas centrales.

términos metodológicos, en nuestra investigación se ha priorizado el abordaje de las trayectorias de los jefes de hogar, considerando que la caracterización del jefe supone un acercamiento a la caracterización del hogar en su conjunto, basándonos en el papel privilegiado que, en el área de referencia y en los sectores estudiados, el jefe tiene en la reproducción de la unidad doméstica.<sup>27</sup> En un sentido convergente, en los casos en que los entrevistados resultaron no ser jefes de hogar, así como en el estudio de las trayectorias intergeneracionales, el análisis avanza hacia la posición del jefe de los hogares de origen. Del mismo modo, en tanto es el hogar la unidad de consumo en la cual se reproduce la fuerza de trabajo, será la unidad de consideración obligada al atender a las desigualdades de ingresos que se vinculan con las distintas posiciones de los trabajadores estudiados.

Articulando y siguiendo las sugerencias teóricas discutidas en el Capítulo I, para la caracterización del segmento objeto de nuestra investigación, atenderemos tanto a su historicidad como a las posibilidades de su reabsorción en la etapa de expansión del ciclo del capital.

Con respecto al primero de estos puntos, nuestra perspectiva considera que las clases y las fracciones de clase no se definen solamente por su actualidad y coyuntura sino también por su historicidad. En ese sentido, nos preguntamos: a) si estos trabajadores desocupados del área, que participan en planes de empleo, pertenecen a un segmento de la fuerza de trabajo que proviene de una serie de inserciones de muy corto plazo, con trabajos ocasionales seguidos de periodos de desocupación (en otras palabras, si se trata de un típico segmento conformado por sectores excedentarios de la fuerza de trabajo) o, por el contrario, sus trayectorias personales o familiares permiten inferir que se trata de un segmento que ha tenido una inserción continuada en uno o varios empleos; b) en qué medida este grupo se ha nutrido de contingentes que formaban parte de segmentos más protegidos de la clase obrera.

En segundo lugar, entendemos que la caracterización de un estrato o grupo dentro de la clase no está dada solamente por las trayectorias de las que provienen los trabajadores sino también por su papel en el proceso de acumulación, por lo que estimamos necesario explorar la dinámica de absorción/no absorción que experimenta este segmento que había sido desplazado de la producción, en la fase de reactivación económica. En este punto nos preguntamos entonces, si esta población, expulsada en el periodo de crisis, actúa cumpliendo funciones de ejército de reserva, siendo nuevamente absorbida en el contexto post-devaluación.

Finalmente, enfatizamos una vez más que lo que intentaremos testear aquí es, como señalara Stichweh (1997), un discontinuo y no una fina estratificación. En esa dirección, la consideración de un determinado sector como fracción que se desgaja de manera socialmente significativa supondría, a nuestro entender, al menos dos con-

---

27 Al respecto Torrado (1998: 104). Para una discusión de esta hipótesis véase Wright (1997). Entendemos que particularmente para nuestro país, esta decisión metodológica no sería especialmente controvertida (Jorrat, 2000; Gómez Rojas, 2005).

diciones que evaluamos en este estudio. Las mismas podrían esquematizarse como: fractura social con respecto al resto de la clase, y reproducción social como segmento excluido.

El primer criterio supondría que este segmento debería conformar un grupo socialmente distinto de la clase obrera estable. Para la evaluación de este criterio se considerarán auxiliariamente las vinculaciones que se establecen dentro de los hogares (tanto en referencia a las familias de origen –a través de las trayectorias intergeneracionales– cuanto en la conformación de sus hogares actuales).

El segundo criterio, ciertamente el más difícil de evaluar, remite a la posibilidad de que el quiebre de las trayectorias que aquí se analizan personifique una dinámica de exclusión de un segmento del ejército activo, exclusión que se mantenga y reproduzca socialmente.

Al respecto, nuestra exploración (que aporta evidencia puntual sobre las trayectorias de la población actualmente involucrada en este proceso), buscará inferir a partir de estos recorridos individuales, rasgos de la dinámica subyacente y el sentido que la misma ha asumido hasta la presente coyuntura. Se trata, sin embargo, de una dinámica de carácter estructural, por lo que las conclusiones definitivas al respecto demandan en rigor un periodo más amplio de observación que el transcurrido hasta el momento del análisis.

Siguiendo estas inquietudes, este capítulo presenta, en primer lugar, una caracterización del contexto de surgimiento del segmento cuya dinámica interesa analizar, haciendo hincapié en los niveles de segmentación de las estructuras sociales del trabajo en el periodo y la dinámica de generación de superpoblación relativa. Junto con ello, nos referimos sucintamente a dos procesos específicos que nos permiten recortar el grupo poblacional a estudiar: el surgimiento de las organizaciones sociales de desocupados y la implementación de programas de empleo.

En segundo lugar, se caracteriza socialmente a los trabajadores insertos en programas de empleo hacia finales de los años 1990 y principios de esta década. Para ello se presenta una caracterización de los beneficiarios considerando sus orígenes ocupacionales de corto plazo; y se estudia la procedencia social de largo plazo de este grupo, a través de la reconstrucción de trayectorias personales e intergeneracionales de un conjunto y su comparación con la de un grupo de trabajadores estables de la región.

En tercer lugar, se completa esta caracterización estudiando lo sucedido con este segmento en el periodo de reactivación post-devaluación. Para ello se considera su absorción/no absorción como fuerza de trabajo ocupada entre 2003 y 2006, y se considera los niveles de segmentación que se operan entre la fuerza de trabajo ocupada y quienes continúan como beneficiarios de planes de empleo, explorando la diferenciación social que la misma determina.

Finalmente se subraya el significado de algunos de los hallazgos empíricos para nuestras preguntas de investigación.

### **El contexto de los años 1990**

A pesar de discrepancias de los analistas al respecto, es posible establecer que el mercado de trabajo urbano en la Argentina se caracterizó, desde la postguerra y hasta mediados de 1970, por tasas de desempleo relativamente moderadas en comparación con otros países de la región.<sup>28</sup> Su dinámica en ese periodo, estuvo estrechamente relacionada con la forma que asumió la industrialización sustitutiva de importaciones iniciada hacia mediados de la década de 1930. Si bien dicho modelo reconoció distintas variantes, una de sus características generales fue la centralidad del mercado interno como demandante de los bienes manufacturados, cuya producción se concentraba en el polo industrial tradicional de Capital, Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba. A su vez, dicha centralidad se expresaba en salarios relativamente más altos (siempre para los parámetros latinoamericanos) y se constituía en una base estructural para la capacidad de acción de las organizaciones gremiales de los trabajadores (Torre, 1983).

Hacia mediados de la década de 1970, se inicia un largo proceso de crisis y reestructuración productiva de este modelo (proceso que tuvo escala internacional), lo que a su vez implicaría un cambio sustantivo en las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo. En este marco, la dictadura militar, que asumió el gobierno tras el golpe institucional de 1976, se orientó a imponer una alteración en las relaciones de fuerza entre el capital concentrado (que vio fortalecido su poder económico social) y las otras fracciones del capital, así como entre el capital y la clase obrera –más vulnerable a los nuevos requerimientos de la acumulación capitalista (Basualdo, 1996; Azpiazu, Basualdo y Khavisse, 1987). Posteriormente, y ya en la década de 1990, el avance de las estrategias de acumulación neoliberales de los sectores concentrados del capital acompañadas por las políticas gubernamentales, lograría capitalizar aquel quiebre histórico.

La liberalización comercial y la apreciación de la moneda implementadas durante el decenio, forzaron una reestructuración de las empresas industriales, las que mayormente recurrieron a innovaciones que supusieron una reducción del contenido de trabajo por unidad de producción. Esto, acompañado por la drástica política de privatizaciones, significó una importante destrucción de puestos de trabajo, intensificando un ya importante desplazamiento de la población ocupada hacia el sector servicios (Cortés, 1997). Estos factores, asociados al deterioro del poder de compra de los salarios, determinaron la incorporación al mercado de trabajadores adicionales (en el marco de estrategias de los hogares orientadas a morigerar los efectos adversos

---

28 Existen diferencias con respecto a la caracterización de la dinámica del mercado de trabajo durante aquel periodo. Por ejemplo, Beccaria y Orsatti (1990), entre otros autores, se inclinan a enfatizar las características peculiares del mercado de trabajo en Argentina en el que no se habría registrado una situación de *oferta excedente de mano de obra* a diferencia del resto de las economías latinoamericanas. Por el contrario, Cortés y Marshall (1991), coinciden en formular que en Argentina existieron mecanismos de generación de oferta de mano de obra excedente, originados por la concentración económica, los incrementos de productividad de la mano de obra y las migraciones internas e internacionales.

de estos procesos en la economía doméstica), aumentando a su vez la oferta laboral (Beccaria y Altimir, 1998; Cortés, 1994, 1997).

Uno de los correlatos sustantivos de lo reseñado fue una crisis inédita del empleo. Esta última se expresó en la aparición significativa del desempleo de largo plazo, en niveles de desocupación abierta que rondaron el 20% de la población activa, y en problemas de empleo que, según surge de toda evidencia disponible, afectaron por lo menos a la mitad de la población activa. La tasa de desocupación de los principales centros urbanos alcanzó un nivel histórico de 18,4%, en mayo de 1995, pero es relevante advertir que las limitaciones para la incorporación productiva de la fuerza de trabajo fueron un rasgo característico de toda la década, tanto en las fases de crecimiento (1991-1994 y 1996-1998) como en los periodos de retracción del producto (1995-1996 y 1998-2000) (Salvia, 2002). Finalmente, la crisis del régimen de convertibilidad –que se expresó en la debacle de 2001– impactó también fuertemente en los niveles de empleo, trepando la tasa de desocupación abierta del 13,8% al 18,3%, entre octubre de 1999 y octubre de 2001. La consecuente devaluación supuso a su vez, una fortísima transferencia de ingresos en desmedro de los trabajadores, con una disminución del 25% del salario real de los trabajadores registrados y más del 30% para los no registrados (Lindenboim, 2007).

En la primera parte de la década de 1990, el desempleo por ajuste estructural, reestructuración y privatizaciones, alcanzó también a segmentos tradicionalmente protegidos del mercado, afectando incluso *mercados internos* antes constituidos. Es a partir de mediados de la década, que la inestabilidad creció básicamente para los trabajadores insertos en puestos precarios y de menor antigüedad, aumentando las salidas de estos últimos hacia la desocupación, la inactividad y el cuentapropismo (Beccaria y Maurizio, 2001). Esto ahondó la ya importante segmentación de la fuerza de trabajo, en el sentido de una fuerte y creciente brecha entre un segmento de inserciones ocupacionales protegidas y puestos de un típico mercado secundario.<sup>29</sup>

El aumento del trabajo precario durante toda la década afectó más intensamente a los segmentos ya más desfavorecidos, aquellos insertos en puestos de menor productividad y a los asalariados de menores ingresos,<sup>30</sup> aumentando además la brecha

29 La literatura especializada ha localizado niveles de permanencia y pautas de movilidad diferenciada para los distintos segmentos del mercado durante el periodo de referencia, (tanto para el Área Metropolitana como para los aglomerados urbanos del país en su conjunto) y una profundización de esta diferenciación a lo largo de la década. Para el conjunto de los aglomerados urbanos del país entre 1997 y 2002, Paz (2003) observó pautas de rotación intersemestrales diferenciadas para asalariados insertos en empleos registrados y no registrados. La permanencia intersemestral en el empleo registrado era de un 83% frente a aproximadamente el 50% en el empleo en negro. Asimismo, a lo largo del periodo se apreció una caída muy marcada en la proporción de aquellos que transitan de empleos sin protección a empleos con protección y, más en general, un cambio importante en los destinos de quienes dejan un empleo no registrado, que pasó a ser crecientemente la desocupación antes que la registración.

30 Entre 1991 y 2001, el porcentaje de asalariados precarios aumentó 18 puntos en el estrato de hasta 25 ocupados mientras que el crecimiento entre el total de asalariados fue de 6,2 puntos. Por otro lado, mientras prácticamente nueve de cada diez asalariados del primer quintil de ingresos eran precarios en

salarial de los trabajadores menos calificados con respecto a los más calificados, de los menos educados con respecto a los educados, y de los asalariados no registrados con respecto a los registrados.<sup>31</sup>

A su vez este aumento de la segmentación no expresa solamente brechas que se ampliaron entre trabajadores con distintas posiciones dentro de los mismos hogares sino que se trató también de brechas entre distintos hogares, debiendo ser leídas por tanto en el sentido de una mayor diferenciación social *entre* grupos de trabajadores.<sup>32</sup> En esa dirección, se observó que si bien (como cabe esperar) el porcentaje de precariedad ha sido mayor entre los asalariados no jefes que entre los jefes,<sup>33</sup> el segmento no registrado se constituyó tanto por unos como por otros (prácticamente en proporciones iguales), composición que se mantuvo a lo largo de la década. A su vez, la tasa de no registración creció entre los jefes de hogar (del 24,1 al 31,9% entre 1991 y 2001), entre quienes fueron teniendo también mayor incidencia las situaciones ocupacionales indicativas de una mayor vulnerabilidad (tales como la desocupación y el cuentapropismo de subsistencia, además de la no registración).

Estos procesos fueron acompañados y reforzados por el marco regulatorio laboral implementado por los gobiernos del periodo. Al respecto, se modificó la regulación del salario, el derecho de huelga y el alcance y contenidos de la negociación colectiva; se crearon modalidades contractuales temporarias, se redujeron en forma generalizada los aportes empresarios a la seguridad social y las asignaciones familiares y se introdujo un seguro privado para accidentes y enfermedades de trabajo, limitando las compensaciones (Cortés y Marshall, 2003: 207). Asimismo, dado el contexto adverso para la negociación colectiva, dejaron de ser reajustados por convenio los salarios básicos, debilitándose marcadamente el impacto homogenizador que históricamente tenía en este aspecto la negociación colectiva en la Argentina (Marshall y Perelman, 2004).

Como señalamos, estas transformaciones redundaron también en el quiebre de trayectorias socio-ocupacionales de los trabajadores más estables y calificados del

---

2001, el porcentaje de precarios era pronunciadamente menor entre los trabajadores de mejores salarios (alrededor del 13,2% de los asalariados del quinto quintil), porcentaje este último algo más alto pero que se ubica en el mismo orden de magnitud al registrado al inicio de la década (12,1%).

31 En el periodo considerado, el salario promedio de los no calificados pasó de representar el 29,4% al 19,5% del de los más calificados; el salario promedio de los menos educados pasó del 23,3 al 17,5% del de los más educados y el salario promedio de los asalariados no registrados pasó del 62,2 al 35,9% del de los registrados.

32 Señalamos antes que durante el periodo en cuestión, aumentó la incorporación de trabajadores adicionales del hogar al mercado en su intento por compensar la caída del poder adquisitivo del salario. Por otro lado, la bibliografía sobre segmentación advierte que los mercados secundarios suelen nutrirse de este tipo de trabajadores, en la medida en que los mismos se vinculan con el mercado capitalista de manera también secundaria en relación con su actividad principal (la actividad doméstica y la educación formal, por ejemplo). En ese sentido, es relevante comprender si la segmentación se opera mayormente o no entre trabajadores de los mismos hogares (esto es, jefes y no jefes de hogar que se insertan en el mercado primario y secundario respectivamente).

33 Para el 2001, 43,8% y 31,9% respectivamente.

área (lo que podríamos considerar el núcleo duro de la clase obrera) pero es posible estimar que este proceso habría tenido a su vez un alcance relativamente limitado, de no ser por el fortísimo impacto de la reducción de planteles producto de las privatizaciones de empresas. Al respecto, registros continuos del periodo (Castillo et al., 2005) permiten estimar que aproximadamente el 60% de los asalariados que salieron de un puesto asalariado registrado entre 1996 y 2002, no habían vuelto a insertarse en el sector registrado en 2003. Este porcentaje, que aparece como sustantivo dentro del universo de los expulsados del sector, debe ser relativizado en relación con el conjunto de la fuerza de trabajo absorbida por el sector privado registrado. Esto es, considerando el total de asalariados privados involucrados, el desgranamiento de trabajadores del sector registrado ha sido en total de aproximadamente el 30%, a lo largo de los siete años considerados. Este desgranamiento ha afectado con mayor intensidad a los trabajadores más jóvenes, de menor antigüedad y niveles salariales más bajos. Asimismo, la destrucción de puestos de trabajo es mayor en las pequeñas y medianas empresas que en las grandes (hecho que se explica básicamente por la menor sobrevivencia de aquellas a las coyunturas de crisis y contracción económica).

#### *Organizaciones de desocupados y programas de empleo*

En el marco de los niveles inéditos alcanzados por la desocupación abierta y la subocupación, desde mediados de la década de 1990 y con mayor fuerza hacia finales de la misma, los desocupados se incorporaron como protagonistas de la protesta social a través de múltiples organizaciones que los nuclean, utilizando en inicio el corte de ruta como forma de lucha (Spaltenberg y Maceira, 2001; Svampa y Pereyra, 2003).

En el caso del partido de La Matanza, los masivos agrupamientos de desocupados que surgieron se enraizan en una historia organizativa territorial de más largo plazo. Se construyeron con relativa autonomía y en competencia organizativa con respecto al Partido Justicialista (Svampa y Pereyra, 2003; Oviedo, 2001; Delamata, 2004), cuyas ya consolidadas redes clientelares habían experimentado a su vez una fuerte expansión en la región desde mediados de 1980 (Auyero, 2001; Fournier y Soldano, 2001; Levitsky, 2004).<sup>34</sup>

34 Historiando sintéticamente los hitos de este proceso (Svampa y Pereyra, 2003; Oviedo, 2001) reseñemos que, hacia 1996, los desocupados de La Matanza del barrio La Juanita, en Gregorio Laferrere, que se organizaban en el MTD-Matanza (Movimiento de Trabajadores Desocupados) realizaron las primeras movilizaciones en demanda de ayuda alimentaria, concretándose los primeros cortes de ruta en 1997. Para esa misma época, se inicia otra experiencia que redundaría en uno de los agrupamientos de desocupados más robustos del país: los residentes del Barrio El Tambo, en Isidro Casanova, comienzan un acelerado proceso organizacional, con una cooperativa movilizadora localmente en demanda de asistencia y contra los aumentos tarifarios de los servicios privatizados. Este proceso de organización sigue con la articulación de barrios vecinos y llega a conformar hacia 1998 la Federación de Tierra y Vivienda (FTV). También, tuvo importante crecimiento en La Matanza, la Corriente Clasista Combativa (CCC), a partir de la definición por parte del PCR (Partido Comunista Revolucionario) de una política de organización para los trabajadores desocupados. A estos dos numerosos agrupamientos se sumaron otros, numéricamente menos importantes, que en parte se desgajaron de las anteriores

En el año 2000, a través de la realización de asambleas y planes de acción de alcance nacional, el movimiento de desocupados logró instalarse como un actor colectivo en ese plano, de la mano de la fuerte activación de la protesta en el conurbano bonaerense, particularmente en La Matanza. En los años posteriores, luego del quiebre de 2001 y hasta la asunción del gobierno de Néstor Kirchner las organizaciones de desocupados se instalaron como actores políticos significativos a nivel nacional.

La forma e intensidad que asumió la protesta social durante el periodo, no fue ajena a la distribución y extensión de asistencia gubernamental a través de planes de empleo. Asistencia que contribuyó al fortalecimiento numérico y sostén de este nuevo actor protagónico de la lucha social.

Al respecto, durante el segundo gobierno de Carlos Menem, se pusieron en marcha más de veinte programas sociales que se caracterizaron por su baja cobertura, la escasez de recursos y la alta movilidad de los mismos. Entre estos se destaca el *Plan Trabajar*, que tuvo una duración y cobertura mayor que el resto, inaugurando además una nueva relación entre el gobierno y el movimiento de desocupados (Golbert, 2004). En sus distintas versiones, el objetivo del programa fue ocupar a desocupados en condiciones de pobreza, realizando obras de infraestructura y asistencia comunitaria.

El número de beneficiarios del *Plan Trabajar* fue creciendo hasta 1997,<sup>35</sup> fecha en que se inició su reducción progresiva, que se extendió tanto durante el citado mandato como durante el gobierno de Fernando de la Rúa (1999-2001).

Tras la debacle de 2001 y en un escenario signado por una altísima conflictividad política y social, el gobierno transitorio de Eduardo Duhalde implementó a inicios de 2002, el programa *Jefas y Jefes de Hogar Desocupados* (PJJHD). El mismo se orientó a otorgar una contribución económica mínima (50 dólares estadounidenses) a los jefes de hogar desempleados y sin ingresos, con personas a cargo. En la letra, funcionaría como un programa de tipo *workfare*, donde la provisión de beneficios estaría sujeta a la realización de tareas como contrapartida, incorporándose el beneficiario en proyectos productivos o servicios comunitarios. A pocos meses de su implementación, en mayo de 2002, el programa contaba ya con más de un millón de beneficiarios. Si bien aquella era la fecha límite para la inscripción al plan, el número de beneficiarios siguió creciendo, alcanzando aproximadamente 2.200.000 en 2003, momento en que su financiación involucraba alrededor del 1% del PBI.

---

experiencias y, en parte, responden a la intervención territorial de los partidos políticos de izquierda (tales como el Polo Obrero -Partido Obrero; Barrios de pie -Patria Libre; Movimiento Territorial de Liberación -Partido Comunista; Movimiento Sin Trabajo Teresa Vive -Movimiento Socialista de los Trabajadores) y configuraciones autónomas como Teresa Rodríguez y el Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados (MIJD).

35 Entre 1994 y 1997, la cobertura de los programas de empleo (considerados conjuntamente) aumentó de 40.000 hasta 130.000 beneficiarios.

Por su parte, dada su extensión, densidad poblacional y condiciones socio-ocupacionales, el partido de La Matanza ha sido también el de mayor concentración de beneficiarios de planes de empleo a nivel nacional. Según la última información obtenida sobre la distribución de los llamados *Planes Trabajar* (en mayo de 2000), 8.000 beneficiarios (aproximadamente el 10% del total nacional) residían en este partido, a quienes se sumaban los beneficiarios de otras modalidades de planes nacionales, y de planes provinciales y municipales. Posteriormente, al finalizar la primera inscripción, en mayo de 2002, fueron otorgados 22.000 subsidios sobre un total de 63.000 solicitudes de acceso al nuevo PJJHD presentadas en La Matanza. En mayo de 2006, se distribuían en el municipio aproximadamente 59.300 planes PJJHD.

### **Caracterización general de los trabajadores asistidos por políticas de empleo en el periodo**

En relación con los beneficiarios del *Plan Trabajar*, las fuentes producidas para la evaluación del programa nos permiten observar, en primer lugar, que los mismos fueron mayoritariamente varones (aproximadamente un 81%, según las distintas mediciones), jóvenes, con una mayor incidencia de aquellos de entre 24 y 39 años de edad (37,1%), jefes de hogar (64,7%) y con experiencia laboral previa. El 30% tenía un tiempo de desocupación previo al otorgamiento del beneficio relativamente corto (de 1 a 3 meses) y uno de cada cuatro estaba desocupado hacía más de un año.

De acuerdo a las fuentes secundarias disponibles se puede inferir que estos beneficiarios pertenecían a hogares ubicados en los estratos más bajos de la estructura social: de bajos ingresos (con una media *per cápita* que significaba algo menos que la quinta parte de la media nacional), con hogares más numerosos que la media (4,9 frente a 3,4 personas) y con niveles de instrucción formal relativamente bajos (uno de cada cuatro no había completado el ciclo primario y sólo el 8% había completado la escuela media) (Jalan y Ravallion, 1999; Cárcar, 2006; MTEySS, 1999).

Si bien (a nivel individual) existió continuidad entre los beneficiarios del último *Plan Trabajar* y los primeros PJJHD, la ampliación de la cobertura que significó este último, involucró la incorporación de otros grupos, lo que se expresa en diferencias entre la caracterización general de la población cubierta por uno y otro programa.

Por un lado, uno de los atributos que diferenciaron desde el inicio a la población del PJJHD con relación a la del *Plan Trabajar*, fue la decisiva presencia femenina y, en forma consistente con ello, el mayor porcentaje de cónyuges.<sup>36</sup> Al respecto, el estudio de las transiciones ocupacionales inmediatamente anteriores de un grupo de estos beneficiarios (Cortés, Groisman y Hosowszki, 2003),<sup>37</sup> permite especificar que una

36 Según la primera evaluación del PJJHD el 64% de la población beneficiaria eran mujeres, porcentaje que varía al 71% en la segunda evaluación (MTEySS, septiembre de 2002 y junio de 2004, respectivamente).

37 En el citado estudio se analizaron (a través de la Encuesta Permanente de Hogares - INDEC) los beneficiarios del plan en octubre de 2002 y, retrospectivamente, la información sobre los mismos relevada en

porción importante de tales mujeres se encontraban al margen del mercado de trabajo al momento de ingresar como beneficiarias de dichos planes.

Así como señalamos en el caso de los beneficiarios del PT, podemos decir en principio que también los trabajadores insertos en el PJJHD presentaban características sociodemográficas que (independientemente de su situación puntual en el mercado de trabajo) permitían inferir que se inscribían entre los estratos socialmente más débiles de la clase obrera. Particularmente para el Área Metropolitana, en la que centramos nuestra atención, la información relevada por la EPH-INDEC para octubre de 2003 indica que prácticamente nueve de cada diez beneficiarios tenían niveles educativos inferiores a secundario completo. Asimismo, quienes tenían los más bajos niveles de escolarización (hasta primaria incompleta) triplicaban su presencia relativa entre los beneficiarios, en comparación con el conjunto de asalariados de la región.<sup>38</sup> El porcentaje de migrantes (fundamentalmente de otras provincias) era también mayor que entre el resto de los activos. Sin embargo, se trata en casi todos los casos de antiguos residentes en el área. Los beneficiarios conformaban hogares de mayor tamaño y con mayor cantidad de niños menores que el resto de los asalariados.<sup>39</sup>

Por otro lado, en la medida que la crisis de empleo se había profundizado, encontramos aquí una mayor presencia de desocupados de larga data: 46,8% de los varones y el 63,6% de las mujeres había perdido su último empleo hacía más de un año. En el 70% de los casos, el último había sido un empleo informal, mayormente en la construcción y el servicio doméstico (según se trate de varones o mujeres respectivamente).

Pero, además de su última ocupación, el 44,8% de los beneficiarios tuvo una ocupación anterior de mayor duración. Entre los varones, este porcentaje se eleva al 60,2%, con un promedio de permanencia en el mismo de seis años y dos meses y una relevancia algo mayor de inserciones en la industria y el comercio (17% y 10% sobre el total de empleos de mayor duración) en comparación con la última ocupación antes del desempleo. Asimismo (tanto entre varones como entre mujeres) entre la ocupación de mayor duración y la última, hay un aumento sensible de los niveles de no registro e informalidad (MTEySS, 2004).

Existen, por tanto, elementos que permiten inferir que, en parte de estos beneficiarios, sus posiciones inmediatamente anteriores al ingreso al plan, expresaban ya un nivel de deterioro en comparación con una mejor inserción pretérita. La reconstrucción de las trayectorias socio-ocupacionales de largo plazo de un grupo de beneficiarios y su comparación con la de obreros estables del mismo territorio (que

---

las ondas de mayo de 2001, octubre de 2001 y mayo de 2002. Es decir, que se describen las transiciones ocurridas en el año y medio anterior a la percepción del plan.

38 Estas tendencias son a su vez confirmadas por información sobre beneficiarios de la provincia de Buenos Aires provista por el MTEySS.

39 El tamaño medio de los hogares de los beneficiarios era de 4,5 frente al 3,5 para el resto de los asalariados y el promedio de menores en el hogar de 1,23 frente al 0,67 del resto de los asalariados.

presentamos en el siguiente punto), nos dará elementos para explorar en profundidad este deslizamiento.

*Trayectorias socio-ocupacionales de trabajadores beneficiarios*<sup>40</sup>

Las trayectorias socio-ocupacionales son marcadamente diferentes (y a la vez internamente homogéneas) según la edad de los entrevistados.

▪ Los entrevistados mayores de cuarenta y cuatro años son principalmente migrantes internos.<sup>41</sup> La mitad de este gran grupo etario es de origen rural y primera generación urbanizada, mientras que la otra mitad es, al menos, segunda generación urbana.

En términos generales, en las trayectorias de estas cohortes se destaca, en primer lugar, la continuidad en la fuerza de trabajo activa y, en segundo lugar, la permanencia en una o más ocupaciones, por un periodo relativamente prolongado.

La gran mayoría de las trayectorias son asalariadas. Junto con ellas, localizamos pocas trayectorias como autónomos en la construcción, de suerte diversa. Por lo menos la mitad de las trayectorias asalariadas pueden ser caracterizadas como relativamente estables, observándose un periodo relativamente largo de predominancia de empleos formales típicos, permanentes y con los beneficios correspondientes (que involucra el momento en que estos entrevistados estaban en sus edades centrales). Si bien localizamos trabajadores de distintas edades con historias de empleos estables, son los entrevistados de la cohorte más antigua (50 años y más), quienes han estado insertos (con mayor intensidad) en un sistema de empleos de muy larga duración. Por su parte, entre los desocupados que provienen de historias con más alta rotación, encontramos situaciones variadas, aunque es posible señalar que ha sido mayor su permanencia en puestos registrados que en puestos no registrados, y que la precariedad de los empleos recién se va acentuando en los tramos más reciente de sus trayectorias (con excepción de los inicios rurales y los interregnos en la construcción).

Se trata en su totalidad de trayectorias como trabajadores manuales, especialmente en la producción de bienes, centralmente como obreros fabriles, aunque también, en menor medida, en la construcción, el transporte, la limpieza no doméstica y el comercio. La mayoría de los entrevistados ha tenido experiencia en la construcción, trabajando en forma autónoma o asalariada, como refugio tanto en momentos de des-

---

40 Las entrevistas a beneficiarios PJJHD se tomaron luego de un interregno de dos años y medio. Por lo que, para formar estos grupos etarios, las edades de los entrevistados del *Plan Trabajar* se llevaron a las que tendrían al momento de nuestro último relevamiento, en 2004. Dado que el análisis no devuelve diferencias sustantivas entre los beneficiarios del mismo grupo etario de uno y otro programa, optamos en este trabajo por su presentación conjunta. Los entrevistados de 45 años y más son veinte; los entrevistados de entre 30 y 44 años son catorce y los más jóvenes son trece.

41 Este dato no deja de ser consistente con el periodo de formación de este área poblacional, producto de la sub-urbanización periférica característica del Gran Buenos Aires, posterior a la década de 1960 (Lattes y Recchini de Lattes, 1992). Es importante remarcar que se trata, en todos los casos, de antiguos migrantes, con más de quince años de residencia en el Área Metropolitana.

empleo anteriores de sus trayectorias como luego del último despido. En la mayoría de los casos (y tal como registran las estadísticas sobre beneficiarios), ésta es además la última ocupación precaria antes de ingresar al plan.

En el curso de estas trayectorias se han desempeñado predominantemente tareas operativas y, en menor medida, no calificadas, en establecimientos de distintos tamaños pero del sector formal.

En cuanto al sentido que asumieron estas trayectorias, es pertinente destacar que trece de los veinte entrevistados llegaron a mediados de la década de 1970 habiéndose ya insertado en puestos estables y protegidos, generalmente de calificación operativa. En todas ellas, la continuidad en empleos de estas características (aunque con distinto nivel de rotación en puestos y empresas, según los casos) y sin periodos prolongados de desocupación abierta, se mantuvo hasta por lo menos principio de 1990.

En relación con los recorridos de corto plazo transitados hasta la actual situación, la gran mayoría de los entrevistados de este grupo etario sufrió un quiebre abrupto de sus trayectorias laborales, perdiendo por despido (generalmente por quiebra o reducción de personal) una inserción ocupacional especialmente estable, con antigüedades que oscilaban entre los 9 y los 35 años. A partir del mismo, los trabajadores iniciaron un camino que los llevó desde empleos de mayor rotación y precariedad en otros sectores de actividad refugio, hasta changas de subsistencia. Podemos estimar que, en casi todos los casos, el punto de inflexión de estas trayectorias fue al menos dos años antes de realizada la entrevista, con un promedio de cinco años y llegando hasta ocho y diez años, en los casos de trabajadores de más edad.

Con respecto a sus hogares de origen, casi todos los entrevistados de estas cohortes provienen de hogares con jefes trabajadores manuales, aunque sólo tres son segunda generación de obreros industriales. En términos intergeneracionales, es posible localizar distintos sentidos en los procesos de movilidad, si bien el análisis indica que la mayoría de los entrevistados de este grupo etario lograban mantener (antes del quiebre de sus trayectorias) posiciones sociales que les garantizaban condiciones socioeconómicas similares o mejores que las de sus hogares de origen. Un conteo esquemático permite sintetizar entonces que la gran mayoría había logrado mantener o mejorar la posición socioeconómica de sus hogares de origen, con excepción de cuatro entrevistados, en los que se observa una poco exitosa urbanización.

▪ Los recorridos socio-ocupacionales de los entrevistados del segundo gran grupo etario (entre 30 y 44 años), así como sus trayectorias intergeneracionales, muestran parámetros generales diferentes de los analizados recientemente para los hombres mayores de nuestro universo. Estos rasgos indican su carácter de generación intermedia, al tiempo que presentan una importante heterogeneidad interna.

Como caracterización general señalamos que los entrevistados de esta cohorte tuvieron una inserción continuada en el mercado de trabajo, mayormente como asalariados, pero por periodos de menor duración que los observados en las cohortes

anteriores, seguidos, en muchos casos, por interregnos cortos como changuistas sin relación de dependencia formal. A pesar de la ya mencionada mayor rotación, en todos los entrevistados es posible localizar, al menos un puesto de trabajo en el que se ha permanecido por un periodo de cuatro años o más. El vínculo asalariado asume también características más heterogéneas, observándose distintas formas de vulneración del mismo. La mayoría registra desvinculaciones involuntarias previas seguidas de un episodio de desempleo.

La ocupación en la industria manufacturera, que era característica de las cohortes precedentes, se observa también aquí, aunque en ocho de los catorce entrevistados. En segundo lugar, se localizan con mayor fuerza trabajadores de la infraestructura y la construcción. En tercer lugar, adquiere mayor importancia relativa la prestación de determinados servicios, particularmente la limpieza no doméstica, la ocupación en gastronomía y hotelería y el comercio minorista. En cuarto lugar, aparecen marginalmente, ocupaciones de un carácter abiertamente diferente al observado en la cohorte anterior: de apoyo en la prestación de servicios sociales básicos, culturales o a la gestión jurídico-legal.

Los entrevistados de esta cohorte desarrollaron su historia laboral en unidades de los más diversos tamaños, con un peso mayor de los establecimientos informales que lo que observamos en la cohorte anterior. La mayoría de las ocupaciones siguen siendo de calificación operativa o no calificada pero con un peso mayor de estas últimas que en el grupo etario anterior.

Por último, un rasgo peculiar referido a la conformación de sus hogares contribuye a delinear el perfil de esta cohorte.<sup>42</sup> Si bien la presencia de menores es relevante (en forma consistente con todo lo relevado por las fuentes secundarias), en gran parte de los casos los beneficiarios mantienen con los mismos relaciones mediadas (esto es, son tíos, abuelos, etc., estando presente en el hogar al menos uno de los padres del menor en cuestión). La presencia relativamente baja de padres de niños menores en estos varones (que se encuentran en tramos centrales del ciclo reproductivo), puede ser considerada como un rasgo peculiar de estos entrevistados –que probablemente supone a su vez una menor presión a la hora de insertarse laboralmente.

Con respecto a las trayectorias del corto plazo antes del acceso al plan, es pertinente puntualizar que en gran parte de los trabajadores del *Plan Trabajar* de esta cohorte es posible establecer un punto de quiebre en las trayectorias, a partir del cual la misma derrapa hasta la solicitud del beneficio. Entre los beneficiarios del PJJHD de la cohorte que estamos analizando, si bien es posible visualizar uno o más puntos de inflexión en relación con sus trayectorias anteriores, los últimos despidos se imponen en el marco de inserciones ocupacionales ya precarias o que no tenían el nivel de continuidad que observamos en la cohorte anterior. En todos los casos, sin embargo,

---

42 Particularmente, para el caso de los beneficiarios del PJJHD, para quienes contamos con información detallada al respecto.

el año 2001 aparece como momento significativo a partir del cual se instala la desocupación abierta.

El sentido general de las trayectorias intrageneracionales de los hombres de este grupo etario era diferente, aún antes de su quiebre, de lo que observamos en los entrevistados más viejos. Contrastando con lo señalado para aquellos, digamos aquí, que hacia principios de 1990, nueve de los catorce entrevistados de esta cohorte estaban ya insertos en empleos temporarios o de corta duración, no protegidos o que involucraban una pérdida de competencias adquiridas en tramos anteriores de sus trayectorias.

Estos entrevistados provienen de hogares socialmente heterogéneos entre sí pero, en todos los casos, con jefes que tuvieron una inserción productiva en forma continuada. Menos de la mitad nacieron en familias cuyo jefe era un trabajador manual, asalariado de la industria, aunque en sólo cuatro de estos casos se trata de un productor directo de bienes. Junto con ellos, encontramos otros hogares con jefes asalariados, rurales, del comercio y de la construcción. Por otro lado, localizamos pocos entrevistados que provienen de hogares con jefes de mayores niveles educativos, ocupados en los servicios, o de trabajadores de la producción pero de calificación profesional.

Podemos concluir que, aún antes del quiebre, más de la mitad de las trayectorias de esta cohorte, mostraba indicadores que daban cuenta de estar inmersos en procesos de movilidad social descendente. En tres de estos casos los parientes coetáneos de los entrevistados (hermanos, cuñados, primos) han accedido a puestos también no manuales de igual o mayor calificación que las de sus padres, lo que expone con mayor claridad el sentido intergeneracional desfavorable que han asumido las trayectorias de estos entrevistados.<sup>43</sup>

▪ A pesar de los requisitos nominales de ambos programas, del total de trece entrevistados menores de treinta, sólo ocho son jefes de hogar.

Las trayectorias socio-ocupacionales de los entrevistados de esta cohorte presentan diferencias sustantivas con las que a su misma edad recorrían los entrevistados más viejos de este universo. En términos generales, gran parte de estos trabajadores tuvieron inserciones efímeras o ingresan al mercado como desocupados. Entre los que han tenido alguna experiencia laboral continuada, la nota saliente de este conjunto es la inexistencia de ocupaciones industriales y la ocupación exclusiva en unidades del sector informal o empresas relativamente pequeñas.

Sin embargo, lo que quizás resulta de mayor interés es que las trayectorias de nuestros entrevistados mayores también son algo distintas, tomadas conjuntamente, de las de los jefes del hogar de origen de los entrevistados jóvenes (de quienes son coetáneos). En efecto, sólo uno de los padres de los entrevistados ha sido un obrero

---

43 Esta relación entre coetáneos ha sido considerada en términos de movilidad social relativa (Goldthorpe et al., 1968).

industrial, ocupación que caracterizaba en términos generales las trayectorias de los primeros entrevistados.

Esta primera aproximación sugiere la hipótesis de que los entrevistados de distintas cohortes reunidos aquí por su calidad común de perceptores de un subsidio gubernamental, se inscriben, sin embargo, en grupos algo distintos en el interior del universo de trabajadores de esta región, proviniendo los entrevistados más jóvenes de hogares más vulnerables que los constituidos por los beneficiarios mayores.

En concordancia con esto y, en sintonía con lo establecido a través de las fuentes secundarias, los niveles de escolarización de los entrevistados de esta cohorte son especialmente bajos, en relación con el progreso en los niveles de retención escolar y los logros educativos de la población del área de referencia. En efecto, el único ciclo completado en este grupo es el primario, en once de los trece casos.

### **Comparación entre las trayectorias de beneficiarios y trayectorias de los trabajadores ocupados incorporados a este estudio<sup>44</sup>**

Cotejando los rasgos generales de las trayectorias socio-ocupacionales de los trabajadores amparados en planes de empleo con la de trabajadores regulares,<sup>45</sup> surgen semejanzas y diferencias según sus distintos grupos etarios.

---

44 Las edades de nuestros entrevistados ocupados se distribuyen de la siguiente manera: nueve tienen entre 45 y 59 años de edad; siete tienen entre 31 y 44 años de edad y cuatro son menores de 30 años.

45 Presentamos los rasgos centrales de las trayectorias de los ocupados, como parámetros a partir de los cuales contrastar las propias de los desocupados: a) Cinco de los ocho trabajadores metalúrgicos entrevistados ingresaron al sector metalúrgico directamente a través de su empleo actual. Entre los metalúrgicos mayores de 45 años y los más jóvenes, la inserción metalúrgica es prácticamente excluyente a lo largo de sus trayectorias, mientras que entre los entrevistados de edad intermedia se registran inserciones prolongadas (que llegan hasta ocho años) en otras ramas de actividad. Excluyendo los tramos iniciales de la trayectoria laboral, el conjunto de puestos que componen las historias metalúrgicas son mayormente registrados y formales. Si bien tres de los ocho metalúrgicos registran desvinculaciones anteriores no voluntarias, las mismas no resultaron en periodos prolongados de desempleo abierto. En términos de sus trayectorias intergeneracionales, los trabajadores metalúrgicos son (a diferencia del resto de nuestros entrevistados –ocupados y desocupados) segunda generación de obreros industriales, y en tres de estos casos los padres fueron obreros del mismo sector; b) Entre los trabajadores textiles, la rotación previa a la entrada al puesto actual ha sido variable aunque acotada, yendo de un solo puesto anterior a cinco. En todo caso, todos tienen una antigüedad no menor a los diez años en su empleo actual. Sin embargo, los trabajadores menores de 45 han preservado la estabilidad de sus actuales puestos a costa de tolerar un deterioro sistemático de su relación salarial. En dos de estas trayectorias se registró un episodio de desvinculación forzada. En términos intergeneracionales, solo dos ocupados insertos en las industrias menos dinámicas provienen de hogares cuyo jefe era obrero industrial; c) Los trabajadores de la construcción entrevistados muestran una importante discontinuidad, traspasando con frecuencia las fronteras entre registro/no registro, formalidad/informalidad y trabajo asalariado/cuentapropismo. En sus inserciones actuales, la antigüedad media del conjunto es de cinco años y seis meses. Se registran episodios anteriores de desvinculación forzosa, en la mayoría de los casos seguidos de desempleo de larga duración. Los mayores de 45 años han desarrollado tramos sustantivos de sus trayectorias en otros sectores de actividad, y luego de su despido no han logrado reinsertarse en el mismo sector. En estos casos observamos trayectorias que están sufriendo un claro proceso de movilidad social descendente. En tanto, entre los asalariados de la construcción de la cohorte intermedia

Las trayectorias de los desocupados de 45 años y más compartían, hasta principios de la década de 1990 (esto es, antes del quiebre de las mismas), características generales pero sustantivas con las de los trabajadores ocupados del mismo grupo etario entrevistados para este estudio: por ejemplo, la inserción en un puesto registrado, con relativa estabilidad, después de una trayectoria con una rotación generalmente acotada a no más de cinco puestos de trabajo previo. En el marco de esta apreciación general, es también cierto que las trayectorias de parte de estos desocupados presentaban ya una rotación mayor entre distintos sectores que las observadas particularmente entre los entrevistados de la manufactura coetáneos y un promedio mayor de desvinculaciones forzosas anteriores. Asimismo, es posible encontrar semejanzas entre las trayectorias de los beneficiarios mayores de 45 años y los ocupados en la industria de la construcción al momento de estudio, particularmente en lo que respecta a la experiencia de una inserción de largo plazo seguida por un quiebre de trayectoria.

Tomados conjuntamente, los trabajadores ocupados de estas cohortes difieren de los beneficiarios en términos intergeneracionales, dada la mayor presencia de obreros fabriles de segunda generación (atributo que caracteriza a la mitad de los ocupados de 45 años y más frente a sólo tres de los veinte desocupados de ese grupo etario). Sin embargo, esta apreciación general encubre a su vez un gradiente en el interior del grupo de ocupados: mientras los trabajadores metalúrgicos pertenecen a un segmento obrero más antiguo, la procedencia de los trabajadores de la construcción es más heterogénea y ninguno creció en hogares con jefe asalariado fabril. En esa dirección, entonces, las trayectorias intergeneracionales del grupo de beneficiarios de las primeras cohortes, no diferirían abiertamente de las presentadas por sus coetáneos insertos en la industria de la construcción e incluso de parte de los trabajadores de las industrias menos dinámicas entrevistados.

Por su parte, los desocupados del grupo etario de entre 30 y 44 años, tienen trayectorias cuyos rasgos los asemejan a parte de los ocupados entrevistados de su mismo grupo etario, particularmente a algunos trabajadores de las ramas menos dinámicas y especialmente, a los trabajadores de la construcción. Esto es así, en la medida en que es posible distinguir entre los ocupados de esta cohorte, una porción de trayectorias con mayor rotación y frecuencia en las transiciones entre registro/no registro, formalidad/informalidad y trabajo asalariado/cuentapropismo.<sup>46</sup>

En términos intergeneracionales, ocupados y beneficiarios de esta cohorte muestran una intensidad relativamente similar en la presencia de hogares de origen obrero urbano, aunque los desocupados presentan una más amplia heterogeneidad social de

---

se destaca la alta rotación laboral, desarrollándose estas trayectorias como sucesión de inserciones de corta duración, registradas pero temporarias, o bien no registradas, en establecimientos formales pero también como cuentapropistas de bajas calificaciones y sin capital. Los padres de los trabajadores de la construcción eran mayormente asalariados pero, en ningún caso, obreros industriales.

46 En esta cohorte incluso los obreros metalúrgicos presentan una mayor rotación, lo que los diferencia de los trabajadores de la misma actividad de otras generaciones.

origen. Finalmente, mientras la mitad de los beneficiarios experimentaban (aún antes del quiebre de trayectorias) procesos de movilidad descendente intergeneracional, dos de las trayectorias de los ocupados de esta cohorte son indicativas de una dirección similar.

Los ocupados más jóvenes presentan trayectorias socio-ocupacionales que se diferencian de las de aquellos amparados por programas de empleo. Básicamente porque se trata de trayectorias con ocupaciones fabriles e inserciones registradas, (además del empleo actual), todo lo cual es una excentricidad para el universo de los desocupados de esta cohorte.

Dada la juventud de muchos de nuestros entrevistados, para su caracterización es más sustantivo la actividad de los jefes de sus hogares de procedencia que la propia trayectoria. En esa dirección, se torna un dato relevante la notoria mayor intensidad de las ocupaciones fabriles en los hogares de origen de los jóvenes ocupados. Mientras la totalidad de los jóvenes ocupados son hijos de obreros de la manufactura, esta situación se reconoce en tres de los ocho jóvenes entrevistados que recibían el *Plan Trabajar* (justamente a su vez, aquellos que habían tenido alguna experiencia laboral) y en uno solo de los jóvenes receptores del PJJHD entrevistados. Estas diferencias incidieron en los tramos iniciales de estos jóvenes, definiendo formas distintas de reclutamiento y de entrada al mundo del trabajo. Estas diferencias se expresan también entre sus respectivos perfiles educativos.<sup>47</sup>

### **Absorción de población excedente y diferenciación social en la fase de reactivación**

Tras la crisis de 2001 y la abrupta salida del régimen de convertibilidad vía devaluación, entre mayo y octubre de 2002 se registró un punto de inflexión en la caída sistemática del empleo. Esta variación se debió, en una primera instancia, a la ampliación del PJJHD distribuido por el gobierno. Es a partir de 2003, con la disminución en el número total de planes otorgados, que las variaciones en las tasas se deben a la creación de empleo en correspondencia con la recuperación del nivel de actividad.<sup>48</sup> Es relevante señalar, para contextualizar nuestras observaciones, que a diferencia del periodo 1996-1997, esta fase de crecimiento económico hizo pivote especialmente en el sector manufacturero y la construcción, destacándose asimismo la creación de puestos de trabajo en los sectores más estructurados del mercado. En esta fase de expansión tiene sentido, de acuerdo a los objetivos de nuestra investigación, localizar un nuevo momento de la indagación.

47 Mientras la mitad de los jóvenes ocupados entrevistados terminaron el ciclo secundario, ningún joven incorporado a programas de empleo entrevistado (ni del *Plan Trabajar* ni de los PJJHD), lo había hecho.

48 Para el total de aglomerados urbanos, la tasa de empleo aumentó del 39,1% al 42,1% en tres años (octubre de 2003 a octubre de 2006) mientras que en el mismo periodo la tasa de desempleo descendió del 14,5% al 8,7%.

Como señalamos en la introducción, entendiendo entonces que la caracterización de un estrato o grupo dentro de la clase no está dada solamente por las trayectorias de las que provienen los trabajadores sino también por su papel en el proceso de acumulación, exploramos la dinámica de absorción/no absorción que experimenta este segmento desplazado de la producción durante los años 1990.

Para ello reconstruimos, a partir de los microdatos de la Encuesta Permanente de Hogares-INDEC, la totalidad de paneles posibles entre octubre de 2003 y octubre de 2006, a través de los cuales localizamos las transiciones punta a punta del conjunto de la población activa del Área Metropolitana y, en particular, de los perceptores de planes de empleo del área.<sup>49</sup> De acuerdo con el esquema de rotación y solapamiento de la EPH, resulta posible reconstruir un total de ocho paneles en el periodo señalado, cada uno de los cuales sigue a los entrevistados durante un año y medio. Dada la escasa cantidad de beneficiarios de planes de empleo en la muestra y para darle robustez a nuestras conclusiones, las mismas consideran los resultados que arrojan dichos paneles en forma agregada, a partir de la construcción de un panel hipotético constituido por los ocho paneles.

En términos generales, un cuarto de los beneficiarios de planes se reinsertaron laboralmente, mientras que la mitad de los mismos permanecieron como tales en la última medición en la que fueron registrados, al cabo de un año y medio (Cuadro II 1). Sin embargo, las transiciones de destino son ampliamente diferentes entre varones y mujeres y entre jefes y no jefes de hogar (Cuadro II 2 y II 3 respectivamente).

Mientras que poco menos de la mitad de los varones se reinsertan laboralmente, tres de cada cuatro mujeres permanecen como beneficiarias o pasan a la inactividad. Esto último, permite cerrar el círculo de observaciones abierto hacia el inicio de este capítulo, con respecto a estas beneficiarias: se trataría de población inactiva que se incorpora al plan para sumar este necesario ingreso al pobre presupuesto familiar, y en la nueva etapa lo mantiene (en caso de ser posible), o en su defecto vuelve a ser registrada como inactiva.

Los jefes de hogar tomados separadamente (discriminación de especial interés por las razones apuntadas en la introducción), muestran una dinámica similar a la de los beneficiarios varones, aunque con una reinserción laboral menos importante (vinculada a la presencia de jefas mujeres con alta carga doméstica) (Cuadro II 3). Particularmente, entre los beneficiarios jefes de hogar varones (que por su posición en el hogar y por pautas culturales son quienes tendrían la propensión más alta a la actividad) se enfatiza en forma consistente, el abandono del plan y el pasaje a la ocupación (uno de cada dos beneficiarios) aunque se mantiene un núcleo duro de varones que no se reincorporaron al mercado laboral (Cuadro II 4).

---

49 A los efectos de esta investigación, restringimos el análisis al conjunto de activos de 14 años y más y menores de la edad jubilatoria obligatoria, considerando como tal los 65 años en el caso de los varones y los 60 años en caso de las mujeres. De esta manera, se minimizó el sesgo hacia la inactividad que resultaría de incorporar individuos de edades más avanzadas.

En nuestro trabajo de campo, distinguimos distintas cohortes de varones trabajadores de planes de empleo, de acuerdo a las pautas generales de su ciclo de vida familiar y sus trayectorias socio-ocupacionales. Queremos especificar el análisis de las transiciones ocupacionales, sintetizando y estilizando, con la información proveniente de la EPH, el distinto destino ocupacional probable de nuestros entrevistados, según su grupo etario.

Con respecto a los beneficiarios mayores de 30 años, los indicadores construidos dan cuenta tanto de un flujo importante hacia la ocupación cuanto de la ya mencionada existencia de un núcleo duro de beneficiarios que permanece en el programa. En ese sentido, poco menos de la mitad logra reinsertarse en otra ocupación mientras que cuatro de cada diez permanecen en su última medición como beneficiarios del plan. Este núcleo duro de varones está conformado, en gran medida, por trabajadores mayores que, sin entrar todavía en la edad pasiva, encuentran mayores dificultades para emplearse, aún en el sector menos estructurado. De esto da cuenta contundente, el importante envejecimiento de la estructura etaria de los beneficiarios del plan en general y de los beneficiarios jefes varones en particular (Cuadros II 10 y II 11).

Con respecto a los más jóvenes, distintos indicadores van dando cuenta de la retirada paulatina de los mismos del marco del programa. En primer lugar, a partir del cuarto trimestre de 2004, el relevamiento de la EPH no ha registrado más varones menores de 30 años como beneficiarios de programas. En segundo lugar, las transiciones de quienes fueran registrados como beneficiarios en alguna de las mediciones consideradas, muestran que sólo uno de cada tres permaneció como beneficiarios al cabo de un año y medio (Cuadro II 9). Por último, además del ya mencionado envejecimiento de la estructura etaria de los beneficiarios en general, particularmente la presencia de varones jefes de hogar menores de 35 años entre los beneficiarios de planes se torna prácticamente inexistente en las últimas mediciones analizadas (Cuadros II 10 y II 11).

Siguiendo nuestras preocupaciones en cuanto a la caracterización de los niveles de segmentación entre estos trabajadores y el resto de los del área, es igualmente relevante entender cuáles son los atributos de los puestos en los que se insertan los otrora beneficiarios. La conclusión al respecto es que los beneficiarios que se ocupan lo hacen mayormente en el segmento menos estructurado del mercado: como trabajadores no registrados o en menor medida en la informalidad, como trabajadores autónomos.<sup>50</sup>

50 Considerando exclusivamente a los beneficiarios que se reinsertaron, observamos que el 70% lo hizo como trabajador no registrado y el 20% como cuentapropista. Siguiendo los parámetros generales en esta materia, entre los destinos ocupacionales de las mujeres que se reinsertan se sobre enfatiza el empleo no registrado (un 80%) mientras que entre los varones, el cuentapropismo (un 31% de los que se reinsertan). (Cuadro II 5). La dinámica observada se da en un contexto en el que continúa la fuerte segmentación de la fuerza de trabajo entre inserciones registradas y no registradas, que muestran las diferencias características en sus pautas de movilidad. Mientras el 82% de los asalariados registrados permanecen en su posición al cabo de un año y medio, solo uno de cada dos asalariados no registrados mantienen su puesto. Asimismo, las transiciones desde el segmento no registrado hacia el registrado

Por su parte, la ocupación de beneficiarios en el sector registrado es marginal: sólo el 2% promedio durante el periodo tanto para el conjunto de beneficiarios como para los jefes de hogar. Si bien la entrada al sector registrado es algo mayor entre los varones, la misma no supera en conjunto al 5% de las transiciones de beneficiarios varones relevadas en el periodo (Cuadros II 6, II 7 y II 8).<sup>51</sup>

Nuestras observaciones con respecto al destino y probabilidad de reinserción de los trabajadores de planes de empleo, confluyen con las realizadas en estudios anteriores sobre la dinámica general de reabsorción de la población expulsada del sector registrado (Castillo et al., 2005). De acuerdo a los mismos, el grueso de los trabajadores que se reincorporan a la actividad registrada, una vez expulsados de la misma, lo hacen en los primeros años posteriores a la expulsión, en una magnitud que varía de acuerdo a la etapa del ciclo económico. Podemos inferir entonces que, aquellos que se encuentran con posibilidades de ser reabsorbidos por el sector formal son, en el mejor de los casos, un contingente de los expulsados producto de la crisis de 2001, pero la reactivación posterior no logrará alcanzar (en el sentido de incorporar como trabajadores formales) a aquellos expulsados en el largo periodo de contracción del empleo anterior.

Comprobada la reinserción de una parte de los otrora trabajadores de los programas de empleo y habida cuenta de las restricciones para dicha incorporación, no es sorprendente que la población beneficiaria presente, hacia el final del periodo considerado, atributos de los que pueden inferirse mayores niveles de diferenciación social con respecto al conjunto de los asalariados del área.<sup>52</sup>

Para cerrar, es posible establecer que la reactivación involucró también una ampliación de las brechas de ingreso individuales entre los perceptores del plan y el resto de los trabajadores.<sup>53</sup> Sin embargo, no se amplían al mismo tiempo las brechas en el

son de aproximadamente el 17% de los trabajadores no registrados (Cuadro II 6), porcentaje ciertamente acotado, pero que al mismo tiempo muestra la expansión del sector más estructurado.

- 51 Este porcentaje es algo menor pero tendencialmente similar al observado en una evaluación realizada por el Ministerio de Trabajo, en base a la cual se puede concluir que aproximadamente un 7% de los varones beneficiarios de planes de empleo, se incorporaron a un puesto de trabajo registrado entre septiembre de 2002 y septiembre de 2003. Asimismo, una evaluación posterior del mismo organismo, realizada entrada ya la fase de reactivación (entre junio de 2004 y febrero de 2005) ha concluido que un 3,7% del total de beneficiarios encuestados logró incorporarse en el mercado de trabajo formal. Por otro lado, en el mismo estudio se estima la probabilidad media de inserción laboral en el mercado formal de la población beneficiaria masculina en un 8,4% (MTEySS, 2004; Roca, E., et.al 2005).
- 52 El porcentaje de beneficiarios que completaron el ciclo medio pasa del 14,9 al 11,3% entre 2003 y 2006, contrastando con el 56,2% que representa este segmento educativo en el resto de los asalariados en el último año. Asimismo, en 2006, el 22,5% de los jefes beneficiarios presentan muy bajos niveles educativos (primaria incompleta), frente al 7,5% del resto de los asalariados.
- 53 Hacia el 2003, los trabajadores de los programas de empleo, recibían un ingreso individual por el plan que, en promedio, era el 22,3% del salario de la ocupación principal del resto de los asalariados y aproximadamente el 42% del salario de los no calificados. Esta brecha aumenta hacia 2006, cuando el ingreso de los beneficiarios es sólo el 14,2% del que reciben el resto de los asalariados en general y el 24% del que perciben en promedio los asalariados no calificados. Si restringimos nuestra mirada a

ingreso *per cápita* familiar.<sup>54</sup> Por lo tanto, las mayores brechas de ingreso individual pueden ser leídas como mayores diferencias entre trabajadores, pero no necesariamente tienen un correlato directo en la mayor desigualdad por ingreso entre sus respectivos hogares.

\*\*\*

Una primera caracterización de los trabajadores ocupados en programas de empleo realizada a través de fuentes secundarias, nos ha permitido concluir que los mismos fueron reclutados entre los estratos obreros socialmente más débiles de la región, lo que se expresaba a su vez, en brechas educativas y de ingresos y en diferencias en los tamaños de sus hogares, con respecto a los ocupados.

Pero, al explorar más detenidamente sus trayectorias laborales personales e intergeneracionales, entendemos que no se puede afirmar, en conjunto, que estemos en presencia de un típico segmento conformado por sectores de fuerza de trabajo supernumeraria de larga data.

En segundo lugar, una evaluación de la evidencia construida en relación con el destino de este segmento en el actual periodo de reactivación, indica que ciertamente parte de estos trabajadores no se han reinsertado y difícilmente se reinsertarán en el mercado laboral. Sin embargo, tanto por los atributos de los trabajadores que no logran reinsertarse como por sus relaciones con el resto de la clase obrera, dichas limitaciones no permiten concluir (hasta el momento y a nuestro entender) que se haya constituido una dinámica de absorción/no absorción que reproduzca la exclusión social definitiva de un segmento del ejército activo.

En esa dirección, recordemos que la consideración de un determinado sector como fracción que se desgaja de manera socialmente significativa, supondría a nuestro entender al menos dos condiciones: fractura social con respecto al resto de la clase, y reproducción social como segmento excluido.

Retomando estos ejes, remarcaremos entonces algunas de las conclusiones a las que arribamos con respecto a los distintos perfiles de beneficiarios.

Particularmente en el caso de las mujeres cónyuges, cuya presencia se profundiza en las últimas mediciones consideradas, tanto su procedencia de la inactividad como el hecho de que dos terceras partes de las mismas se mantengan en el plan o pasen a la inactividad, debe ser leído como indicador de que se trata de población

---

los jefes de hogar, las diferencias en este punto son mayores. En 2003, los trabajadores beneficiarios recibían sólo el 17% del salario del resto de los asalariados y la tercera parte que el salario de los jefes no calificados, proporciones que disminuyen en 2006, al 11, 8% y 23,7%, respectivamente.

54 El ingreso *per cápita* familiar de los jefes beneficiarios se mantiene en un 31,4% respecto del de los trabajadores no calificados y asciende levemente en relación al total de asalariados del 16% en 2003 al 17,6% en 2006.

inactiva, que sale y vuelve a la inactividad ante la posibilidad de sumar este pobre ingreso al también pobre presupuesto familiar.

Con respecto a los beneficiarios varones, focalizados en profundidad, precisamos nuestras conclusiones atendiendo nuevamente a las diferencias etarias.

En el caso de los trabajadores varones de las cohortes más antiguas, un primer nivel para su caracterización es, como señalara Wright retomando a Bertaux, el contenido de clase de sus trayectorias. Al respecto dejamos establecido ya, que las trayectorias de los desocupados de 45 años y más compartían hasta principios de 1990 (esto es, antes del quiebre de las mismas) características generales pero sustantivas con las de los trabajadores ocupados del mismo grupo etario: tales como la inserción en un puesto registrado, con relativa estabilidad, después de una trayectoria con una rotación generalmente acotada a no más de cinco puestos de trabajo previo. En el marco de esta apreciación general, es también cierto que las trayectorias de parte de estos desocupados presentaban ya una rotación mayor entre distintos sectores que las observadas particularmente entre los entrevistados de la manufactura coetáneos y un promedio mayor de desvinculaciones forzosas anteriores. Asimismo, dijimos que es posible encontrar semejanzas entre las trayectorias de los beneficiarios de más de 45 años y los ocupados hoy en la industria de la construcción, particularmente en lo que respecta a la experiencia de una inserción de largo plazo seguida por un quiebre de trayectoria. Por último, localizamos aquí también trabajadores que provenían de lo que podemos considerar como el *núcleo duro* de la clase obrera de la región, pero su presencia es excepcional en el conjunto.

Con respecto a estas cohortes más antiguas, podemos sintetizar entonces, que se trata de obreros envejecidos, que vieron interrumpidas sus trayectorias tempranamente, pero en edades lo suficientemente cercanas al retiro como para que sea difícil su reinserción en el periodo de expansión, más aún teniendo en cuenta la extensión de tiempo que media entre el quiebre de sus trayectorias y el inicio de la reactivación. De esto da cuenta la sobrerrepresentación relativa de las edades avanzadas en la estructura etaria de los beneficiarios en las últimas mediciones consideradas, manteniéndose un núcleo que no logra reinsertarse laboralmente.

Por su parte, los trabajadores varones de edades intermedias amparados en programas de empleo muestran trayectorias que se caracterizan por una mayor rotación y frecuencia en las transiciones entre registro/no registro, formalidad/informalidad y trabajo asalariado/cuentapropismo. En relativa sintonía, en parte de las trayectorias de los ocupados entrevistados de este grupo etario (en algunos trabajadores de los sectores menos dinámicos y especialmente en los asalariados de la construcción), se observa también este desplazamiento del empleo formal típico. De estas observaciones, concluimos que los recorridos de parte de los ocupados y de los desocupados comparten rasgos generales que los definen como trabajadores de un mercado secundario caracterizado por un régimen de precariedad, imperante en la región en la década de 1990.

Otro atributo de los entrevistados de esta cohorte colabora desmintiendo una fractura radical de este segmento con respecto al conjunto de los trabajadores. Nos referimos a la forma que asumen sus hogares: parte de estos varones conforman hogares en los que el resto de los miembros adultos son trabajadores ocupados asalariados relativamente regulares y en los que los menores no están directamente a su cargo. Por un lado, esto implica que conviven con trabajadores de fracciones estables del proletariado local. Por otro lado, esto parece indicar que estaríamos en parte, en presencia de casos particulares, en tanto se trataría de varones en edades centrales que, a diferencia de lo que es lo característico de ese momento del ciclo de vida, tienen una baja exigencia en cuanto a la provisión material de los hogares.

Evaluando lo dicho hasta aquí, podemos enfatizar que así como la tesis de la *underclass* americana fue cuestionada con base en la decisiva participación que resultaron tener los trabajadores retirados, la decisiva presencia en el grupo aquí estudiado de trabajadores secundarios del hogar (particularmente de las cónyuges); trabajadores próximos al retiro; y desocupados con nutridas trayectorias anteriores, cuyas relaciones familiares los inscriben a su vez en distintos segmentos de la clase; hace que difícilmente los beneficiarios de planes de empleo puedan ser considerados (en conjunto) como un grupo social diferente y separado del ejército de trabajadores activo. Si bien hemos señalado las ya mencionadas diferencias en atributos socio-demográficos y ocupacionales entre este conjunto sector y el resto de los trabajadores del área, tanto la historicidad de este segmento (observada a través de las trayectorias) como la estructuración de las relaciones que puede pesquisarse al nivel de los hogares (a través del análisis de las relaciones de parentesco y las características socio-ocupacionales del resto de los miembros del mismo), no permiten visualizar una *fractura* social de estos beneficiarios con respecto al resto de la clase obrera.

Por otro lado, información de contexto relevada, nos indica que la situación de pobreza de este segmento no asume (por lo menos en los estudios de casos analizados) rasgos de territorialidad, no pudiendo concluir que exista una segregación espacial marcada entre el mismo y el conjunto de los trabajadores regulares del área, rasgos que hubiesen reforzado<sup>55</sup> su diferenciación social. En efecto, sin negar las diferencias de localización y dotación de infraestructura que pueden existir puntualmente entre viviendas de los trabajadores de los programas de empleo y de los trabajadores regulares, es posible señalar que, además de aquellos casos en que unos y otros forman parte del mismo hogar, trabajadores ocupados y beneficiarios de planes de empleo pueden residir en el mismo barrio o en barrios contiguos y comparten los espacios públicos. En ese marco, es cierto también (y matiza la presente conclusión) que los jóvenes insertos en los programas de empleo muestran (al momento de la entrevista)

---

55 Como hemos visto en los antecedentes, autores como Giddens (1979) han destacado la segregación espacial como factor de estructuración inmediata de las clases sociales.

una reducida movilidad espacial, producto tanto de su falta de inserción ocupacional y educativa, como de lo limitado de sus recursos.

Justamente, son los beneficiarios más jóvenes entrevistados quienes muestran también mayores brechas con respecto a los ocupados entrevistados que son sus coetáneos.

En esta dirección, recordemos que los ocupados más jóvenes tuvieron trayectorias socio-ocupacionales que se diferencian de las de aquellos amparados por programas de empleo, básicamente por la presencia de ocupaciones fabriles y empleos registrados.

Asimismo, señalamos que dada la juventud de muchos de nuestros entrevistados, para su caracterización es quizás más sustantiva la actividad de los jefes de sus hogares de procedencia que la propia trayectoria. En esa dirección, verificamos también diferencias entre los jóvenes ocupados y desocupados, las que estriban en la notoria mayor intensidad de las ocupaciones fabriles en los hogares de origen de los jóvenes ocupados y como contraparte, la mayor presencia de trabajadores cuentapropistas de subsistencia entre los jefes de hogares de los jóvenes que reciben el plan. De acuerdo con lo señalado, mientras los ocupados y desocupados mayores de 30 años presentan perfiles educativos relativamente similares, es entre los más jóvenes que se abren diferencias más relevantes al respecto, dado el bajo nivel educativo relativo de los beneficiarios.

Pero, así como la identidad de los viejos se define de cara al pasado, la de los jóvenes lo hace de cara al futuro. De esta forma, sin desmedro de sus trayectorias intergeneracionales, es la reinserción productiva de los varones de edades centrales y fundamentalmente de los más jóvenes la que indica cuál es la dinámica de reproducción de este segmento (si lo hace o no en condiciones de exclusión) y define finalmente cuál es la magnitud de la cesura que los años 1990 han significado en la formación de la clase obrera de la región.

En ese sentido entonces, nuestras conclusiones aparecen como paradójales: aquellos trabajadores que aparecían como los socialmente más diferentes y más vulnerables son a su vez los que, en razón de su juventud, tienen mayores oportunidades de reinsertarse (y de hecho se reinsertan en mayor medida) en la fase de reactivación. Ciertamente esta reinserción se dará (cuando así sea) de manera prácticamente excluyente en el mercado secundario.

**Cuadro II – 1**  
**Total de transiciones ocupacionales. Población de 14 años o más (1)**  
**Aglomerado Gran Buenos Aires**  
**IV Trimestre 2003 - IV trimestre 2006 (2)**

Origen ocupacional	Destino ocupacional				Total
	Ocupado	Beneficiario (3)	Desocupado	Inactivo	
<b>Ocupado</b>	85,4	1,0	5,7	7,9	<b>100,0</b>
<b>Beneficiario (3)</b>	24,7	48,6	6,1	20,6	<b>100,0</b>
<b>Desocupado</b>	48,3	1,4	26,2	24,2	<b>100,0</b>
<b>Inactivo</b>	20,5	1,5	7,7	70,3	<b>100,0</b>
<b>Total</b>	<b>60,7</b>	<b>2,8</b>	<b>8,3</b>	<b>28,2</b>	<b>100,0</b>

**Fuente:** elaboración propia con base en EPH-INDEC.

**Notas:** (1) se excluyeron las transiciones ocupacionales de quienes exceden la edad jubilatoria al final del periodo en que fueron relevados (60 años para las mujeres, 65 años para los varones).

(2) sumatoria de transiciones ocupacionales para los ocho grupos de rotación que permanecieron escalonadamente en la muestra un año y medio cada uno, entre el IV Trimestre 2003 - IV trimestre 2006.

(3) se consideraron los ocupados que declaran planes de empleo como ocupación principal, así como los beneficiarios de planes de empleo considerados como desocupados o inactivos por la EPH por no realizar contraprestación laboral.

**Cuadro II – 2**  
**Total de transiciones ocupacionales por sexo. Población de 14 años o más (1)**  
**Aglomerado Gran Buenos Aires**  
**IV Trimestre 2003 - IV trimestre 2006 (2)**

<b>Varones</b> <b>Origen ocupacional</b>	<b>Destino ocupacional</b>				<b>Total</b>
	<b>Ocupado</b>	<b>Beneficiario (3)</b>	<b>Desocupado</b>	<b>Inactivo</b>	
<b>Ocupado</b>	87,6	0,6	6,1	5,7	<b>100,0</b>
<b>Beneficiario (3)</b>	44,8	40,6	8,2	6,4	<b>100,0</b>
<b>Desocupado</b>	58,1	0,7	27,5	13,6	<b>100,0</b>
<b>Inactivo</b>	21,0	0,6	10,2	68,1	<b>100,0</b>
<b>Total</b>	<b>73,4</b>	<b>1,3</b>	<b>8,9</b>	<b>16,4</b>	<b>100,0</b>
<b>Mujeres</b> <b>Origen ocupacional</b>	<b>Destino ocupacional</b>				<b>Total</b>
	<b>Ocupada</b>	<b>Beneficiaria (3)</b>	<b>Desocupada</b>	<b>Inactiva</b>	
<b>Ocupada</b>	82,2	1,5	5,0	11,3	<b>100,0</b>
<b>Beneficiaria (3)</b>	18,5	51,0	5,5	25,0	<b>100,0</b>
<b>Desocupada</b>	39,8	1,9	25,1	33,2	<b>100,0</b>
<b>Inactiva</b>	20,3	1,8	6,8	71,1	<b>100,0</b>
<b>Total</b>	<b>49,1</b>	<b>4,2</b>	<b>7,8</b>	<b>38,9</b>	<b>100,0</b>

**Fuente:** elaboración propia con base en EPH-INDEC.

**Notas:** ver Cuadro II 1.

**Cuadro II – 3**  
**Total de transiciones ocupacionales. Jefes de Hogar de 14 años o más (1)**  
**Aglomerado Gran Buenos Aires**  
**IV Trimestre 2003 - IV trimestre 2006 (2)**

<b>Origen ocupacional</b>	<b>Destino ocupacional</b>				<b>Total</b>
	<b>Ocupado</b>	<b>Beneficiario (3)</b>	<b>Desocupado</b>	<b>Inactivo</b>	
<b>Ocupado</b>	91,9	1,0	4,1	3,0	<b>100,0</b>
<b>Beneficiario (3)</b>	38,4	49,0	6,3	6,3	<b>100,0</b>
<b>Desocupado</b>	60,3	1,8	23,8	14,2	<b>100,0</b>
<b>Inactivo</b>	33,0	3,2	5,6	58,1	<b>100,0</b>
<b>Total</b>	<b>83,5</b>	<b>3,0</b>	<b>5,7</b>	<b>7,9</b>	<b>100,0</b>

**Fuente:** elaboración propia con base en EPH-INDEC.

**Notas:** ver Cuadro II 1.

**Cuadro II – 4**  
**Total de transiciones ocupacionales. Jefes de hogar varones de 14 años o más (1)**  
**Aglomerado Gran Buenos Aires**  
**IV Trimestre 2003 - IV trimestre 2006 (2)**

Origen ocupacional	Destino ocupacional				Total
	Ocupado	Beneficiario (3)	Desocupado	Inactivo	
Ocupado	92,2	0,7	4,4	2,5	100,0
Beneficiario (3)	51,5	41,1	4,8	2,6	100,0
Desocupado	61,0	1,8	26,5	10,7	100,0
Inactivo	32,5	1,0	7,3	59,1	100,0
<b>Total</b>	<b>87,1</b>	<b>1,7</b>	<b>6,1</b>	<b>5,1</b>	<b>100,0</b>

Fuente: elaboración propia con base en EPH-INDEC.

Notas: ver Cuadro II 1.

**Cuadro II – 5**  
**Distribución del total de beneficiarios de planes de empleo que se reinserstan,**  
**según destino ocupacional por sexo (1)**  
**Aglomerado Gran Buenos Aires. IV Trimestre 2003 - IV trimestre 2006 (2)**

Destino ocupacional de los beneficiarios (3) que se reinserstan	Distribución porcentual		
	Total	Varones	Mujeres
Asalariado registrado	8,2	11,2	6
Asalariado no registrado	68,6	53,7	79,6
Cuentapropia	20,3	31,6	11,9
Patrón	1,5	3,5	0
Otros ocupados	1,5	0	2,6
<b>Total</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>

Fuente: elaboración propia con base en EPH-INDEC.

Notas: ver Cuadro II 1.

**Cuadro II – 6**  
**Total de transiciones entre situaciones ocupacionales desagregadas**  
**Población de 14 años o más (1)**  
**Aglomerado Gran Buenos Aires. IV Trimestre 2003 - IV trimestre 2006 (2)**

Origen ocupacional	Destino ocupacional								Total
	Asalar. regist.	Asalar. no registr.	Cuenta-propia	Patrón	Otros ocupados	Benef. (3)	Desocupado	Inactivo	
<b>Asalariado registrado</b>	81,7	7,5	2,3	1,1	0,2	0,1	3,4	3,8	<b>100,0</b>
<b>Asalar. no registrado</b>	17,1	50,5	9,2	0,6	0,3	1,8	7,8	12,8	<b>100,0</b>
<b>Cuenta-propia</b>	6,3	16,1	53,8	5,3	0,9	1,7	7,2	8,7	<b>100,0</b>
<b>Patrón</b>	6,9	9,8	26,2	45,0	0,5	0,0	4,2	7,3	<b>100,0</b>
<b>Otros ocupados</b>	3,2	18,3	32,6	4,7	10,3	0,0	11,6	19,2	<b>100,0</b>
<b>Benef. (3)</b>	2,0	16,9	5,0	0,4	0,4	48,6	6,1	20,6	<b>100,0</b>
<b>Desocupado</b>	12,8	24,7	10,1	0,3	0,4	1,4	26,2	24,2	<b>100,0</b>
<b>Inactivo</b>	4,3	11,2	4,1	0,5	0,4	1,5	7,7	70,3	<b>100,0</b>
<b>Total</b>	<b>26,8</b>	<b>19,7</b>	<b>11,6</b>	<b>2,2</b>	<b>0,4</b>	<b>2,8</b>	<b>8,3</b>	<b>28,2</b>	<b>100,0</b>

**Fuente:** elaboración propia con base en EPH-INDEC.

**Notas:** ver Cuadro II 1.

**Cuadro II – 7**  
**Total de transiciones entre situaciones ocupacionales desagregadas, por sexo**  
**Población de 14 años o más (1)**  
**Aglomerado Gran Buenos Aires. IV Trimestre 2003 - IV trimestre 2006 (2)**

Origen ocupacional y sexo	Destino ocupacional								Total
	Asalar. regist.	Asalar. no registr.	Cuenta-propia	Patrón	Otros ocupados	Benef.	Desocupado	Inactivo	
<b>Varones</b>									
Asalariado registrado	81,3	8,0	2,7	1,2	0,2	0,2	3,3	3,2	100,0
Asalar. no registrado	18,0	49,6	11,9	0,8	0,1	0,5	9,1	9,9	100,0
Cuenta-propia	7,2	16,5	54,0	6,2	0,4	1,8	8,1	5,8	100,0
Patrón	8,1	11,4	24,5	48,0	0,0	0,0	4,9	3,0	100,0
Otros ocupados	10,4	33,3	14,6	8,0	0,0	0,0	17,3	16,5	100,0
Benef. (3)	5,0	24,1	14,2	1,6	0,0	40,6	8,2	6,4	100,0
Desocupado	13,8	29,2	14,2	0,5	0,4	0,7	27,5	13,6	100,0
Inactivo	4,0	12,6	3,9	0,3	0,4	0,6	10,2	68,1	100,0
<b>Total</b>	<b>33,7</b>	<b>21,1</b>	<b>15,0</b>	<b>3,3</b>	<b>0,3</b>	<b>1,3</b>	<b>8,9</b>	<b>16,4</b>	<b>100,0</b>
Origen ocupacional y sexo	Destino ocupacional								Total
	Asalar. regist.	Asalar. no registr.	Cuenta-propia	Patrón	Otros ocupados	Benef.	Desocupado	Inactivo	
<b>Mujeres</b>									
Asalariado registrado	82,4	6,6	1,5	0,9	0,2	0,0	3,6	4,8	100,0
Asalar. no registrado	16,1	51,6	6,1	0,4	0,5	3,1	6,3	15,9	100,0
Cuenta-propia	4,6	15,3	53,4	3,5	1,7	1,7	5,6	14,1	100,0
Patrón	3,4	5,0	31,5	35,6	1,9	0,0	2,2	20,4	100,0
Otros ocupados	0,0	11,6	40,7	3,2	14,9	0,0	9,1	20,5	100,0
Benef. (3)	1,1	14,7	2,2	0,0	0,5	51,0	5,5	25,0	100,0
Desocupado	12,0	20,8	6,5	0,2	0,3	1,9	25,1	33,2	100,0
Inactivo	4,5	10,7	4,1	0,6	0,4	1,8	6,8	71,1	100,0
<b>Total</b>	<b>20,6</b>	<b>18,4</b>	<b>8,4</b>	<b>1,1</b>	<b>0,6</b>	<b>4,2</b>	<b>7,8</b>	<b>38,9</b>	<b>100,0</b>

Fuente: elaboración propia con base en EPH-INDEC.

Notas: ver Cuadro II 1.

**Cuadro II – 8**  
**Total de transiciones entre situaciones ocupacionales desagregadas**  
**Jefes de Hogar de 14 años o más (1)**  
**Aglomerado Gran Buenos Aires. IV Trimestre 2003 - IV trimestre 2006 (2)**

Origen ocupacional	Destino ocupacional								Total
	Asalar. regist.	Asalar. no registr.	Cuenta-propia	Patrón	Otros ocupados	Benef.	Desocupado	Inactivo	
Asalariado registrado	85,6	6,4	2,5	1,6	0,0	0,2	2,2	1,6	100,0
Asalar. no registrado	15,9	58,6	13,0	0,7	0,0	1,7	5,6	4,6	100,0
Cuenta-propia	6,1	17,1	58,3	6,0	0,2	2,2	6,5	3,7	100,0
Patrón	7,5	11,4	23,8	49,7	0,0	0,0	4,3	3,2	100,0
Otros ocupados	0,0	39,0	30,4	0,0	30,6	0,0	0,0	0,0	100,0
Benef. (3)	2,2	26,8	9,4	0,0	0,0	49,0	6,3	6,3	100,0
Desocupado	11,7	27,5	19,5	1,2	0,4	1,8	23,8	14,2	100,0
Inactivo	7,1	14,6	10,0	1,4	0,0	3,2	5,6	58,1	100,0
<b>Total</b>	<b>38,6</b>	<b>22,1</b>	<b>18,3</b>	<b>4,3</b>	<b>0,1</b>	<b>3,0</b>	<b>5,7</b>	<b>7,9</b>	<b>100,0</b>

Fuente: elaboración propia con base en EPH-INDEC.

Notas: ver Cuadro II 1.

**Cuadro II – 9**  
**Varones beneficiarios de programa de empleo por grupo de edad,**  
**según destino ocupacional (1)**  
**Aglomerado Gran Buenos Aires**  
**IV Trimestre 2003 - IV trimestre 2006 (2)**

Grupo etario	Destino ocupacional				Total
	Ocupado	Beneficiario (3)	Desocupado	Inactivo	
18-29	40,4	34,0	19,8	5,8	100,0
30-44	45,8	41,6	9,8	2,8	100,0
45 y más	44,1	43,9	9,4	2,6	100,0
<b>Total</b>	<b>44,0</b>	<b>41,0</b>	<b>11,7</b>	<b>3,3</b>	<b>100,0</b>

Fuente: elaboración propia con base en EPH-INDEC.

Notas: ver Cuadro II 1.

**Cuadro II – 10**  
**Asalariados y beneficiarios según grupos de edad**  
**Población de 14 años o más**  
**Aglomerado Gran Buenos Aires. II Semestre 2003 - II Semestre 2006**

Grupos de edad	2003		2006	
	Total asalariados	Beneficiarios	Total asalariados	Beneficiarios
14 a 34	45,5	48,9	48,6	37,2
35 a 44	22,2	22,8	21,9	26,6
45 a 59	24,8	22,7	22,1	32,0
60 y más	7,6	5,6	7,4	4,2
<b>Total</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>

Fuente: elaboración propia con base en EPH-INDEC.

**Cuadro II – 11**  
**Asalariados y beneficiarios varones jefes de hogar, según grupos de edad**  
**Población de 14 años o más**  
**Aglomerado Gran Buenos Aires. II Semestre 2003 - II Semestre 2006**

Grupos de edad	2003		2006	
	Total asalariados	Beneficiarios	Total asalariados	Beneficiarios
14 a 34	30,3	29,8	33,6	5,3
35 a 44	27,6	27,8	25,7	25,0
45 a 59	31,8	28,9	30,3	56,9
60 y más	10,2	13,5	10,3	12,9
<b>Total</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>	<b>100,0</b>

Fuente: elaboración propia con base en EPH-INDEC.



## CAPÍTULO III

### Formas de conciencia social<sup>56</sup>

**E**ric Hobsbawm señalaba que para el “estudioso de la historia tal como sucedió, en comparación con los modelos generales y abstractos de las transformaciones históricas de las sociedades, la clase y el problema de la conciencia de clase son inseparables” (1987: 30). En esa dirección, habiendo explorado ya los niveles de diferenciación social que se hacen presentes entre los trabajadores incorporados a este estudio, entendemos que la siguiente cuestión sociológicamente relevante es establecer en qué medida tales niveles de heterogeneidad involucran diferencias significativas en las orientaciones obreras y afectan los niveles de solidaridad entre los distintos sectores.

Recordemos al respecto que, justamente los puntos de ruptura en su inserción en la estructura productiva fueron factores explorados prioritariamente por los analistas a la hora de explicar las divergencias en las orientaciones y la división en las metas de distintos sectores de la clase obrera. Particularmente, en el caso de los grupos con una débil vinculación con el mercado de trabajo, señalamos ya, que una de las hipótesis centrales debatidas postulaba que estos trabajadores presentaban una tendencia a adherir a metas “más altas o más bajas” que las típicamente corporativas, a las que tenderían a orientarse espontáneamente los obreros estables. Lo que significa que oscilarían entre reivindicaciones meramente personales y la politización directa de sus aspiraciones (Nun, Murmis y Marín, 1968).

En este campo, nuestra perspectiva se inicia en las sugerencias clásicas de Marx con respecto al estudio de las clases *para sí*. Este estudio remite al análisis de los procesos a través de los cuales los grupos sociales que comparten intereses permanentes en función de su posición en un sistema productivo históricamente determinado, conocen las contradicciones sociales sustantivas de dicho sistema y se posicionan al respecto (Marx, 1983b: 115 y 116).

El desarrollo de la conciencia, en tanto proceso, asume distintos momentos así como formas culturalmente distintas de articulación, y a ello nos referimos cuando en este trabajo hablamos de las *formas de conciencia social*. En este sentido, cada nuevo momento de la conciencia implica una verdadera y nueva estructuración ya que, como señalara Thompson (1979: 293), el “desarrollo de la conciencia social, como el pensamiento del poeta, no puede, en última instancia, planearse”. A nuestro entender, estas

---

56 Parte de este capítulo fue publicado como “Segmentación de la fuerza de trabajo e identidad obrera en Argentina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, julio-septiembre de 2009, pp. 491-524.

formas de conciencia se encuentran, al mismo tiempo, amarradas estructuralmente a las posiciones de los agentes históricos, correspondiéndose con determinadas formaciones de clase. Entendemos con Carchedi (1990: 120) que el estudio de la conciencia de clase no consiste en descubrir la forma inmutable de la conciencia o en ubicar a los sujetos estudiados de acuerdo a un gradiente, sino que su riqueza radica justamente en localizar y analizar estas formas dominantes en circunstancias concretas.

La subjetividad obrera (como identidad social) es ella misma territorio de confrontación, siendo entonces el contenido de clase de las formas de conciencia también contradictorio (Maceira, 1996). Gramsci enfatiza que esta contradicción puede localizarse también en la distancia entre la acción y la conciencia de la acción. Señalaba que “el hombre activo, de masa, obra prácticamente, pero no tiene clara conciencia teórica de su obrar, que sin embargo es un conocimiento del mundo en cuanto lo transforma. Su conciencia teórica puede estar, históricamente, incluso en contradicción con su obrar” (Gramsci, 1986: 20). Ya Marx había introducido esta advertencia con respecto a este desfasaje.<sup>57</sup> Desfasaje que es, a la vez, un operador relevante en términos teórico-metodológicos, en tanto nos señala la productividad de observar tanto la acción como el conocimiento sobre la acción.<sup>58</sup>

En la contradictoria concepción espontánea del mundo de las clases subalternas Gramsci localizaba “un sentimiento elemental de separación”, “sentido de distinción, de separación, de independencia instintiva”.<sup>59</sup> El proceso que se abre a partir de este “principio de separación”, es el que recorre la distancia desde la *experiencia* de la explotación (Thompson, 1979)<sup>60</sup> hacia el conocimiento sobre las condiciones que la

57 En ocasión del tratamiento del proceso a través del cual se ponen en correspondencia crecientemente los trabajos del conjunto de los productores privados señala: “...por consiguiente, el que los hombres relacionen entre sí como valores, los productos de su trabajo no se debe al hecho de que tales cosas cuenten para ellos como meras envolturas materiales de trabajo homogéneamente humano. A la inversa, al equiparar entre sí en el cambio como valores sus productos heterogéneos, equiparan recíprocamente sus diversos trabajos como trabajo humano. No lo saben, pero lo hacen” (Marx, 1975: 90 y 91).

58 Esta advertencia se articula, como lo hiciera notar reiteradamente Marín (1995), con otras provenientes del campo de la epistemología genética. Piaget ha establecido en sus investigaciones que “no hay correspondencia entre la acción y la conciencia de la acción, sino que por el contrario hay un desfasaje, e incluso un retrotraimiento, en el sentido de no reconocer y deformar los observables que surgen de la propia acción. La conciencia surge de la interacción, sin embargo no es solamente un reflejo de la propia acción sino una reestructuración que supone la conceptualización”. Por otro lado, enfatiza que “la acción constituye por sí sola, un saber autónomo y de un porvenir ya considerable, porque si solo se trata de un *saber hacer* y no de un conocimiento consciente en el sentido de una comprensión conceptualizada, constituye, sin embargo la fuente de ésta última, dado que la toma de conciencia se halla en casi todos los puntos, retrasada –y a menudo de manera muy sensible– respecto a ese saber inicial que tiene una eficacia notable, aunque no se conozca” (Piaget, 1976: 268).

59 Gramsci retoma esta noción de Sorel (1976: 67 y 68). Al respecto, véase Nun (1989a).

60 Es en la obra de Thompson que el concepto de *experiencia* adquiere relevancia, entendida como el “medio por el cual los hombres y las mujeres convierten las determinaciones objetivas en iniciativas subjetivas”. Asimismo, Perry Anderson (1985) problematizó este concepto en una dirección con la que coincidimos, al distinguir que la experiencia no siempre inspira una conclusión cognoscitiva o moralmente válida.

determinan. Se trata de un proceso de construcción de autonomía social que no es en absoluto lineal ni necesario. La autonomía social supone, como inicio, el reconocimiento de este principio de separación entre grupos sociales pero, haciendo pie en tal diferenciación, involucra la reapropiación del poder social de la propia acción y la disputa por la conducción del proceso de producción de lo social.

A la hora del análisis social, entendemos que este hipotético eje heteronomía-autonomía puede ser pesquisado a través de distintas dimensiones, algunas de las cuales abordaremos en este capítulo.

Como adelantamos en la introducción y desarrollamos en los capítulos precedentes, nuestra perspectiva de la segmentación incorpora explícitamente una mirada diacrónica, en el entendimiento de que las clases y las fracciones de clase no se definen solamente por su actualidad y coyuntura sino también por su historicidad. Para ello partimos de la consideración de las trayectorias personales e intergeneracionales. Digamos ahora que localizamos conceptualmente estas trayectorias al nivel de la *experiencia* de clase, y nos convoca la exploración de la relación entre tal experiencia y la construcción de formas de conciencia social. Las trayectorias sociales son abordadas no sólo como recorridos biográficos sino como personificaciones de un proceso de transformación histórica de los regímenes sociales de producción material y de las ideologías que fueron producto (a la vez que condición de posibilidad) para su reproducción. Es esta articulación más amplia la que se expresará, según veremos, a través de marcadas diferencias en las representaciones y orientaciones de las distintas generaciones de trabajadores. Las generaciones funcionan, entonces, a la manera de indicador sintético de un conjunto de procesos económicos, políticos y culturales compartidos, anclados temporalmente y difíciles de escindir en su gran complejidad, que intervienen en la constitución identitaria produciendo configuraciones subjetivas específicas.

Cobra relevancia al respecto el reconocimiento de los contextos históricos que fueron centrales en la socialización diferencial (Zeitlin, 1967) de estas generaciones y la pesquisa de la dinámica a través de la cual estos contextos se actualizan en las orientaciones presentes.

La articulación entre patrones de trayectorias y formas de conciencia social no será requerida en nuestra investigación en términos de una correspondencia unívoca a nivel individual. En primer lugar, por el carácter mismo del objeto: en la medida en que lo social participa de lo fortuito, la explicación en sociología es más compleja y supone la posibilidad de encontrar correspondencias más o menos probables en el interior de agrupamientos y no necesariamente en lo que concierne al detalle de las relaciones entre elementos (Piaget, 1986: 48). En segundo lugar, porque cada individuo expresa conjuntos de relaciones sociales, a su vez contradictorias, cuya génesis y desenvolvimiento no se agota ni descifra a escala individual (Gramsci, 1986: 37).

En este estudio hemos pesquisado estas configuraciones en sus manifestaciones individuales, en acciones verbales y no verbales que se registraron a través del dis-

positivo de la entrevista en profundidad.<sup>61</sup> Desde nuestro punto de vista y siguiendo a Carchedi (1990: 123), una conciencia individual aparece como la particular y contradictoria internalización, a nivel individual, de configuraciones realizadas socialmente. Asimismo, puede ser vista como una condición individual para la potencial reproducción o desplazamiento de las relaciones sociales dominantes.

Como señalamos en los capítulos precedentes, las entrevistas se realizaron entre 2001 y 2004 y en este periodo están ancladas las configuraciones subjetivas analizadas. Para conformar los grupos etarios, las edades de los entrevistados se unificaron al momento de las últimas entrevistas.<sup>62</sup>

### **Presentación de las dimensiones abordadas y resultados generales**

La primera pregunta específica del estudio refiere a los cambios en la identidad social subjetiva que pueden obrarse a partir del desempleo prolongado y, en esa dirección, a las correspondencias que pueden establecerse entre la heterogeneidad de la condición obrera y la diversidad de las formas de autoidentificación social.

La segunda, busca explorar los contornos de esta construcción identitaria (la mayor o menor inclusividad que la misma asume en la representación de los trabajadores), y los niveles de solidaridad que se establecen (o no) con los otros grupos o fracciones en el interior de las clases subalternas. Al respecto, será particularmente significativo localizar las orientaciones recíprocas entre trabajadores objeto de este estudio, esto es, entre ocupados y desocupados beneficiarios de programas de empleo. Nos preguntamos entonces si la diferenciación social que se abre actualmente entre los distintos segmentos ha operado debilitando la solidaridad de clase.

En estrecha relación con las anteriores, la tercera pregunta refiere al desarrollo diferencial en ambos grupos, de una orientación hacia la defensa colectiva de intereses comunes.

Por último, el principio de identidad se implica con el de oposición. Esto es, la propia identidad social se construye escindiéndola de aquellos grupos sociales que se consideran como alteridad y según sea el carácter que se atribuye a tal oposición. Entonces, se trata de explorar la intensidad que asume, en los distintos grupos estudiados, aquel *sentido de distinción, de separación, de independencia instintiva* del que

---

61 Las prácticas, representaciones y orientaciones observadas han sido producidas en el marco de este dispositivo específico con el que contamos los cientistas sociales, la entrevista. Los resultados obtenidos no son ajenos a este encuadre y deben ser valorados como evidencia histórica interpretable en el marco de tales limitaciones. En la construcción del instrumento utilizado, se incorporaron sugerencias teórico-metodológicas provenientes de estudios antecedentes y de otros campos disciplinarios, como el examen clínico piagetiano y los estudios de historia oral. El dispositivo diseñado favorecía una entrevista que seguía inicialmente los lineamientos de una historia de vida, en el curso de la cual se incorporaron un conjunto de situaciones, entendidas como disparadoras, tras las cuales se desarrollaba un diálogo abierto, con repreguntas consideradas pertinentes por el entrevistador.

62 Los entrevistados de 45 años y más fueron veinte; los entrevistados de entre 30 y 44 años, catorce y los más jóvenes, trece.

hablaba Gramsci (1986) y la medida en que, en este universo, el mismo se resuelve o no en una conciencia del antagonismo social. En esta dirección, nos preguntamos si la situación de desempleo prolongado, y la crisis que tal situación ha significado en la trayectoria de un grupo de nuestros entrevistados, podrían contribuir u obstaculizar esta construcción.<sup>63</sup>

Entendemos que la conciencia debe ser abordada como totalidad, en el sentido en que es el carácter del todo lo que impregna el significado a sus partes. A partir de esto, advertimos que las dimensiones que discriminamos a fines analíticos, no sólo se encuentran imbricadas, sino que la vección de estos contenidos se define recíprocamente.

#### *Pertenencia social y autoidentificación*

Podemos adelantar que las formas de autoidentificación social de los trabajadores se diferencian según la situación ocupacional actual, pero se vinculan también, de manera más amplia, con las trayectorias sociales como un todo.

Prácticamente todos los trabajadores *ocupados* definen su identidad en relación con el mundo del trabajo. Se pueden observar diferencias en estas representaciones, según la mayor o menor inclusividad de distintos grupos o estratos de la clase en el proceso de identificación de intereses comunes. Al respecto, dos son las representaciones dominantes entre los ocupados: mientras la mitad incluye en esta identificación a todos aquellos que viven de su salario, una proporción algo menor restringe dicha identificación a los trabajadores de su mismo sector de actividad o de su mismo tipo de empresa. Son solo unos pocos entrevistados quienes proponen un tipo de identificación más amplia, que no se restringe a los ocupados y que incorpora al conjunto de los trabajadores (ocupados y desocupados, activos e inactivos).

En contraste con lo señalado para los actualmente ocupados, entre los *desocupados beneficiarios de programas de empleo*, la referencia al mundo del trabajo como autoidentificación pierde su exclusividad, adquiriendo centralidad otras formas. Básicamente tres son las más relevantes que asume la autoidentificación social de los entrevistados desocupados: quienes se consideran entre los pobres o humildes de este país (una primera minoría de veinte entrevistados); quienes construyen una representación de su identidad ligada a su pertenencia o exclusión del mundo del trabajo (trece entrevistados),<sup>64</sup> quienes restringen su identificación a sus vecinos o a los beneficiarios del plan asistencial (seis entrevistados).

63 A este respecto y para evitar lecturas erradas, es pertinente discriminar con claridad el alcance de nuestras observaciones. Los desocupados participan en acciones colectivas involucrándose en confrontaciones sociales cuyo carácter objetivo no estamos dirimiendo aquí. Nuestra indagación se localizó al nivel de la subjetividad obrera, preguntándonos en todo caso en qué medida estas acciones se articulan en un proceso a través del cual estos trabajadores llegan a entender las relaciones de poder en términos de una confrontación que tiene carácter de clase. Se trata, por tanto, de dos niveles distintos de la cuestión: la acción y la conciencia de la acción (Marx, 1975; Piaget, 1976; Marín, 1995).

64 Ya sea considerando entre sus iguales al resto de los trabajadores u obreros o bien a los que no tienen

Las dos últimas formas mencionadas son aquellas autoidentificaciones que más abiertamente se distancian entre sí, en términos del conjunto de relaciones que involucran como referencia. Una, supone la construcción de una identidad en referencia al *mundo del trabajo*, mientras que la otra, habla de subjetividades marcadas por la exclusión de ese mundo y por las relaciones actuales que se establecen tanto entre los mismos *perceptores de subsidios* como en relación con el estado. Tienden a ser también expresiones de los desocupados con trayectorias más diferenciadas. En efecto, quienes se identifican con el resto de los trabajadores son personas de 45 años y más, que han tenido una trayectoria laboral estable, como productores de bienes. Por el contrario, quienes se identifican acotadamente con los beneficiarios del plan o con el barrio, son exclusivamente personas muy jóvenes, con trayectorias laborales discontinuas o tempranamente frustradas.

Unos y otros (quienes se identifican como trabajadores y quienes lo hacen como beneficiarios de planes) son a su vez sesgos, que se diferencian de una representación más dominante en este universo de desocupados: la que remite al conjunto de *pobres y humildes*. En tanto dominante, esta representación se articula con una heterogeneidad social mayor.

Estas autoidentificaciones refieren entonces a pertenencias subjetivas que no son ajenas a la pertenencia social objetiva (presente e histórica) de estos trabajadores. Son asimismo, representaciones más o menos embrionarias de un territorio social que se considera propio o de iguales. Sin embargo, si bien la identificación de aquellos con los que se comparten intereses y problemas define un campo de solidaridades dentro de esa pertenencia, no implica un correlato unívoco con menores niveles de solidaridad con respecto a quienes se encuentran en situaciones que se entienden como diferentes. Sobre estos niveles de solidaridad en relación con otros grupos de la clase, nos detendremos seguidamente.

#### *Representaciones sobre el desempleo y la pobreza: solidaridades entre grupos*

Los trabajadores ocupados y desocupados se diferencian también de manera relevante en sus maneras de entender las causas de la pobreza y la desocupación.

Entre los *desocupados*, siete de cada diez consideran que la pobreza y la desocupación son productos sociales, causados por malas políticas del gobierno (en la mitad de los desocupados)<sup>65</sup> o por la acumulación de riquezas de otros grupos sociales.<sup>66</sup>

---

trabajo, a los desocupados.

65 La siguiente cita ejemplifica esta posición: “Esto todo por las malas gobernaciones, porque quedamos sin nada, vaciaron al país, las malas organizaciones, los malos negocios de los gobiernos, llevaron toda la plata para afuera, que privatizaron, que afanaron con las empresas que privatizan, si no les convienen no van a comprar, entonces el gobierno hace un tratado, lo vende todo, y nos quedamos sin nada”.

66 Ejemplificaciones de este tipo de respuestas pueden leerse en lo siguiente: “Es el capitalismo salvaje! el capitalismo, desde que yo me doy cuenta. Incluso vivimos en una democracia y no somos libres, prácticamente vivir así es una esclavitud”. “Mire, no asumen el porcentaje que tienen que asumir ellos, por eso es el estancamiento que hay, el culpable de todo esto es el capitalismo, y en una parte el gre-

Un conjunto mucho menor muestra cierta naturalización o más bien una falta de problematización sobre las causas de la propia situación, mientras que sólo marginalmente se apela a explicaciones que tienden a una culpabilización de los pobres mismos o a la sacralización de la pobreza.

Por su parte, entre los *ocupados*, adquieren relevancia las respuestas que culpabilizan a los mismos grupos desaventajados. Para la mitad de los mismos la supuesta falta de predisposición para el trabajo pasa a ser un elemento central en la explicación.<sup>67</sup> La responsabilización de los gobiernos nacionales es también importante entre las explicaciones de los ocupados, aunque su presencia es menor, y se observa no tanto como un posicionamiento general sino como una crítica a políticas específicas.<sup>68</sup> Algunos pocos ocupados hacen referencia a un problema económico estructural, si bien en estos casos, las explicaciones tienden a ser convencionales y de tipo circular.

Los trabajadores ocupados y desocupados son vecinos de las mismas localidades, a veces hasta de los mismos barrios, y comparten, como tales, espacios geográficos y sociales. Sin embargo, la referencia espontánea a los desocupados por parte de los ocupados, raramente se hace en términos interpersonales. Por el contrario, *los desocupados* son considerados mayormente en sus identidades de *piqueteros* y de perceptores de *los planes*. Identidades con respecto a las cuales difícilmente los ocupados muestran una solidaridad activa.

Seis de cada diez ocupados se posicionaron abiertamente en contra de la política de asistencia gubernamental a los desempleados, mientras que la oposición a la forma que han asumido las acciones de lucha de las organizaciones de desocupados durante el periodo, fue presentada en forma espontánea por una mayoría absoluta de los ocupados.<sup>69</sup>

---

mialismo y después la inocencia del pueblo”.

- 67 Ejemplificación de este tipo de respuesta: “Ahora en este momento hay gente desocupada porque no quiere trabajar, porque si vamos al caso en este momento hay trabajo para todos...”.
- 68 Ejemplificaciones al respecto: “Algo de lo que ayudó mucho fue haber abierto las exportaciones, sin hacer un plan previo, por lo que podría suceder por la falta de competencia de las empresas argentinas con las extranjeras”. “Otro factor fueron las privatizaciones, no haber tomado los recaudos necesarios, que tanta gente quedo sin trabajo”.
- 69 Algunas ejemplificaciones pueden leerse en lo que sigue: “Lo veo mal porque es perjudicar básicamente al que va a trabaja. Si a mí me llegan a cortar el puente para venir a trabajar, me da treinta cuabras de tierra. A quién perjudica? a un obrero que va a trabajar. No le perjudica a los grandes diputados, concejales, senadores, que tiene que hacer la ley, nos perjudicamos entre nosotros [...] No, a mí no me cabe, me pone mal porque es juntar vagos, encima, yo conozco gente que hizo plata con este asunto de los piqueteros [...] Yo tengo que trabajar, yo tengo trabajo, yo no estoy en contra de ellos pero que tampoco se pongan en contra mí. Yo lo veo así...”. “Eso es lo que no entiendo yo, porque yo en los momentos en que yo me quedé sin trabajo, siempre encontré algo para hacer, yo entiendo mucha gente que quizás dice: ‘eh! pero yo no consigo laburo, voy a seguir cobrando este Plan Trabajar’, pero yo cómo hice para conseguir trabajo? Está bien, tengo experiencia. Pero yo siempre me tome la molestia de salir a las cuatro de la mañana ir a tocar timbre en todas las fábricas, y mal que bien siempre alguno te atendía, y conseguía...”.

La solidaridad que se hace presente acotadamente entre los ocupados, se abre paso a costa de desarticular estas identidades de los desocupados como piqueteros o beneficiarios de planes sociales. En esa dirección, las expresiones solidarias que pueden localizarse involucran mayormente las siguientes restricciones: se dirigen a los desocupados en términos individuales y no como actor social o político; se dirigen a determinados desocupados en términos corporativos, entendiendo que la solidaridad activa se corresponde exclusivamente con aquellos que se identifican a partir de la proveniencia de un mismo sector de actividad; se expresan imponiendo las propias metas, y en forma condicionada a determinadas formas de acción. Estas operaciones suelen aparecer combinadas en el discurso de los entrevistados.

Un ejemplo del primer tipo de operación es el que se observa entre quienes proponen la instrumentación de bolsas de trabajo (mayormente por parte de los sindicatos). Un ejemplo del segundo tipo de razonamiento, es el que se hace presente entre los ocupados que critican la falta de acción de los propios sindicatos en relación con los desocupados y proponen que cada sindicato deba organizar y preocuparse por sus propios desocupados. En estos casos, no sólo la solidaridad activa se restringe a quienes provienen del mismo sector sino a reivindicaciones estrictamente corporativas y en algunos casos, expresamente a acciones gremiales que excluyan las medidas de acción directa.<sup>70</sup>

En tercer lugar, un hipotético apoyo a los desocupados acompañado, sin embargo, de la impugnación de sus metas y formas de lucha reales, es el que esgrimen aquellos ocupados entre quienes –como referimos anteriormente– opera con fuerza la responsabilización de los propios desocupados por su situación: en estos casos, la solidaridad se restringe a aquellos trabajadores que *demuestran* que no faltan a lo que se considera el imperativo moral del trabajo.<sup>71</sup>

De lo analizado podemos entonces concluir que, al menos en ausencia de políticas obreras que vayan en dirección opuesta, la segmentación del mercado de trabajo logra debilitar la solidaridad de la clase en su conjunto, lo que se expresa en una solidaridad acotada por parte de los segmentos más favorecidos con respecto a los más desaventajados.

70 Por ejemplo: “Yo, adoptaría a mis hijos expulsados, yo sindicato absorbería a mis hijos expulsados y trabajaría ahí, cuánta gente hay desocupada?, tres millones de personas que en algún momento trabajaron, tal o cual lados. Esos tal o cuales sindicatos: están?” “[El sindicato debería] por lo menos hacer algo, por ahí sale una fuente de trabajo por algún lado, llamarlo, decirle tengo trabajo, por lo menos [...] Pregunta: ¿Si hay una medida de fuerza que toman los desocupados, te parece que los gremios deberían solidarizarse? R: No, porque van directamente [...] bah, hay algunos pacifistas y otros que van [...] a romper todo, para mí no”.

71 Las siguientes citas ejemplifican esta posición: “Pregunta: Le parece justo los reclamos de los desocupados? Respuesta: Yo no lo veo justo, porque para qué, ahora sí me pondría de acuerdo que haya plan de trabajo, que haya trabajo que haya movimiento, ahí sí, estoy de acuerdo, lo apoyaría yo también, pero ganar plata así [...] de arriba...”.

A su turno, entre los *desocupados* entrevistados, la expectativa de recibir apoyo proveniente de los trabajadores ocupados es medida: un 65% de los desocupados entrevistados creen que los trabajadores ocupados se solidarizan con ellos. En el resto encontramos quienes advierten con distintos énfasis sobre el rechazo activo a sus métodos de lucha y sobre la estigmatización de la que son objeto.<sup>72</sup>

Las limitaciones de los apoyos esperados no determinan, sin embargo, los niveles de solidaridad con que los desocupados se orientan hacia los trabajadores ocupados en lucha: más del 80% de los desocupados presenta un apoyo activo hacia los reclamos de los ocupados. La solidaridad es casi total entre los beneficiarios de 45 años y más y se funda, en mayor medida que en el resto de los desocupados (aunque no exclusivamente), en un principio de pertenencia social común.<sup>73</sup> Entre los desocupados más jóvenes y los de la generación intermedia, la solidaridad es un poco menos intensa, pero igualmente dominante. En estos casos, las razones esgrimidas desplazan relativamente la idea de pertenencia al mismo grupo social, y se relacionan fundamentalmente con una reciprocidad posible y deseada o bien con la preservación de la fuente de trabajo de los ocupados, para evitar engrosar las propias filas del ejército de reserva.

#### *Antagonismo social*

Adelantamos ya una última pregunta: ¿La diferenciación entre las situaciones de estos trabajadores (particularmente, la experiencia del desempleo prolongado), involucra formas e intensidades distintas en la percepción de los conflictos sociales y en el posicionamiento al respecto?

Tomando como referencia las áreas más cercanas a la propia experiencia del trabajador (tales como la relación obrero-patronal en una empresa), casi la mitad de los ocupados y poco más de cuatro de cada diez desocupados, tienden a localizar intereses opuestos entre obreros y patrones, evaluando que los mismos están —en lo que a esta escala de consideración se refiere— *en veredas opuestas*.

Sabemos (Jelin y Torre, 1982; Nun, 1984) que de la representación de intereses divergentes en el ámbito de la empresa no debe derivarse, linealmente, una representación de la estructura social como un todo intrínsecamente contradictorio.

Al respecto, la mitad de los trabajadores de este universo (ocupados y desocupados) consideran que el origen de la riqueza remite a la explotación de los trabajadores o más ampliamente, a la expropiación del pueblo en su conjunto.<sup>74</sup>

72 Por ejemplo: “Somos las ovejas negras”. “Me ocurrió mucho en las marchas, que hay trabajadores que nos insultan, que nos digan que somos vagos, será que no le tocaron a ellos, el día que les toque, les van a pasar lo mismo, que están en la calle”. “[El apoyo es] a medias. Eso es todo a medias, como la clase media [...] se tiene que unir, que no hay que hacer diferencia. Sin embargo yo noté esa diferencia. Y cuando nos unamos todos a participar y no nos desconozcamos las cosas tiene que mejorar”.

73 Por ejemplo: “Ahí hay una cosa que ellos están trabajando y nosotros estamos desocupados, para eso tendríamos que ser unidos, si ellos tienen problemas tendríamos que estar para solucionar el problema de ellos”.

74 Posición que subtiende el siguiente comentario: “Yo digo (o decía, ahora son peor) que hay patrones

La otra mitad expresa representaciones variadas que no presuponen un orden social intrínsecamente contradictorio. Entre éstas se cuentan, en primer lugar, aquellas que localizan la acumulación de capital en el trabajo y el esfuerzo del propio capitalista. En segundo lugar, una visión típicamente funcional de las relaciones entre clases sociales, donde se torna observable que la ganancia de los patrones depende del trabajo obrero, pero se interpreta este hecho no en términos de explotación sino más bien de distribución de roles.<sup>75</sup> Finalmente, encontramos conceptualizaciones según las cuales los ricos o los empresarios hicieron su fortuna a partir de la corrupción, del tráfico de influencias, de su relación con los gobiernos de turno o bien no pagándole a los obreros lo que les corresponde, interpretando esto último como una conducta delictual particular, más que como un orden normal de las cosas en el capitalismo. Estas últimas interpretaciones, que tienen en común la apelación a cierta ruptura normativa a la hora de explicar la ganancia empresarial, no consideran las relaciones entre clase sociales como intrínsecamente contradictorias o explotativas. Parafraseando a Barrington Moore (1989: 449), lo que aquí parece cuestionarse es *la violación de un contrato* preexistente, pero este cuestionamiento no se hace desde la diferenciación con ese orden normativo, es decir, desde un principio de autonomía.<sup>76</sup>

Las distintas interpretaciones suponen definiciones diferentes del conflicto social. Mientras los trabajadores antagonistas definen sus posiciones en términos de las relacio-

---

que son malos y otros son menos malos, pero patrones buenos no hay ninguno. Porque mientras uno le sirve, mientras uno se rompe el lomo trabajando, es una buena persona, aunque no tenga botas para trabajar o ropa de trabajo, es una buena persona, porque esta trabajando igual. Cuando uno le pide ropa de trabajo o le exige, porque ya se cansó de pedírsela, ya dejó de ser buena persona. Hay fábricas grandes donde hay señores que dicen que es el que fundó a la empresa y hay monumentos, yo no he visto en ningún establecimiento un monumento de un obrero, aunque haya muerto dentro de una fábrica, no lo he visto. Yo tengo el compañero mío, éste que le comenté que le agarró el brazo la máquina. Por no ensuciar el coche los patrones lo tuvieron una hora sentado, desangrándose, hasta que vino la ambulancia. Esa es la realidad, aunque a uno le duela, pero es así, así, el capital no es humano”.

75 Citamos varias ejemplificaciones al respecto: “Por ahí esta mal decir explotar, capaz que es un poco fuerte, sí, es un poco fuerte, pero sí (decir) gracias al obrero, a sus logros, la meta que ellos se hacen”. “Y el punto de vista mío, es que la empresa sin los obreros no es una empresa, o sea que ellos tienen que tomarlo gran parte de verlo como una familia [...] porque sino, no sería una empresa, porque en sí la empresa la conforman con todo el grupo de los obreros y los administrativos, sino es algo que no va a funcionar.” “Nosotros éramos una familia, en una familia no hay un papá que gana mas y un hijo que gana menos, cuando el papá está bien el hijo está bien...”. “La empresa lo que pone es el nombre y las herramientas, y nosotros la mano de obra. Si esta empresa se sentara con el gremio y se llegara a un acuerdo, trabajan todos y se salvan los dos, se salva el trabajador y se salva la empresa, trabajamos en conjunto”.

76 Ejemplificaciones en ese sentido pueden leerse parcialmente en las siguientes citas: “. . . sin pagar impuestos, ni nada, y los mas perjudicados son las empresas chicas. Porque a ellos no los tocan. Ellos deben millones de pesos, y la empresa chica [...] si los tocan pero a las grandes no los tocan, ahí viene una evasión de impuestos, que esa plata se las llevaron ellos”. “La mayoría yo pienso que a alguien le robaron, hay empresarios que se hacen de abajo, que se hicieron hace bastante cuando la situación era buena, la hicieron bien, y ahora son exitosos, pero los empresarios que se hacen ahora porque le roban a alguien”.

nes entre las personificaciones del capital y el trabajo, dichas relaciones tienen una relevancia secundaria para quienes expresan interpretaciones no antagonistas, dado que no es en torno a las mismas que entienden las diferencias sociales sustantivas. Al respecto, observamos que la interpretación que localiza el origen de la riqueza en la corrupción o en las vinculaciones de los empresarios con el aparato del estado se articula, en muchos de estos trabajadores, con una referencia privilegiada al gobierno como causante de los problemas sociales fundamentales, definiendo a partir de este eje (y no en términos de las relaciones de clase) a su adversario social.

Tomando conjuntamente los posicionamientos de los trabajadores en las distintas escalas de las relaciones obrero-patronales ya mencionadas, observamos que sólo uno de cada tres entrevistados tiene una representación consistentemente antagónica de las relaciones entre clases sociales. Esta observación puede realizarse tanto para los ocupados como para los desocupados. Por lo tanto, no sería posible concluir que el desempleo prolongado y aún la participación en organizaciones sociales necesariamente contribuyan a desencadenar, de por sí, un proceso de radicalización.

Por otro lado, será nuevamente la consideración de las diferencias etarias la que introducirá una clave de inteligibilidad respecto a la heterogeneidad interna con la que ocupados y desocupados se orientan en esta dimensión. Volveremos sobre esto, en el próximo punto, al describir los perfiles presentes en el área.

#### *Intereses comunes y acción colectiva*

Decíamos que nos interesa conocer la intensidad que puede asumir en estos grupos la construcción subjetiva de una comunidad de intereses y la conciencia de una necesidad de defensa colectiva de los mismos. Es en esta dimensión, que podemos localizar la conciencia corporativa o *trade-unionista* de la que nos hablaba Lenin (1974), “es decir, la convicción que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc.”.

Ciertamente, para una clase obrera incorporada, la acción sindical es el medio normal para bregar por sus intereses económicos y la existencia del sindicalismo es una conquista irreversible. Al respecto, el caso argentino presenta antecedentes significativos: por condiciones que hicieron tanto a la estructuración social de la clase obrera como por su articulación política, el sindicalismo logró convertirse en un actor central de la historia política nacional desde los años 1940 en adelante. Sin embargo, las transformaciones sociales y políticas de las últimas décadas significaron, como señalamos, una pérdida de gravitación del sindicato. Asimismo, la manera en que estas transformaciones se encarnaron en los trayectos biográficos de quienes forman esta clase, instala la cuestión de hasta qué punto estaríamos en presencia de un proceso regresivo también al nivel de la subjetividad obrera. Esto último, en el sentido del despliegue de una orientación que podríamos referir como pre-corporativa, en distintos sectores de la clase.

El universo que estamos investigando se caracteriza (en su diversidad) por su relación relativamente estrecha con las instancias organizacionales que defienden los intereses de sus respectivos grupos: los sindicatos (en el caso de los ocupados), y las organizaciones de desocupados (en el caso de los beneficiarios de planes de empleo). Sin embargo, sería errado derivar de esta vinculación, una orientación unívoca con respecto a dichas organizaciones o a la acción gremial reivindicativa de sus intereses corporativos.

Los desocupados entrevistados mantienen un altísimo nivel de participación en las acciones de lucha llevadas adelante por las organizaciones de desocupados, en especial de los sucesivos cortes de ruta (ocho de cada diez dicen haber participado de todos los cortes realizados por su organización, mientras que los que no participaron, apoyan igualmente su realización), las movilizaciones (ocho de cada diez participan de todas las marchas) y las reuniones de distinto carácter (ocho de cada diez participan aunque sea algunas veces en las reuniones de desocupados).

Aún cuando a través de su acción colectiva los desocupados han logrado imponerse como interlocutores importantes en la escena social y política, no necesariamente esta participación es el producto (ni ha impactado aún) de una toma de conciencia con respecto a la fuerza social de la propia acción colectiva organizada y, en esa dirección, en un fortalecimiento de la autonomía de los trabajadores. Indicador de esto último es el hecho de que sólo un tercio de los entrevistados desocupados valoran la conveniencia de contar con organizaciones gremiales fuertes, mientras que el resto confiaría en mayor medida en la acción de un gobierno *honesto* para obtener la concreción de sus demandas.

Asimismo, esto se articula con el hecho de que generalmente esta participación tiene, desde la significación otorgada por los entrevistados, un carácter acotado, en tanto se considera como condición necesaria para la obtención de un plan de empleo. En esa dirección, gran parte de los beneficiarios consultados<sup>77</sup> afirman que no continuarían participando en la organización si consiguiesen una inserción laboral. El carácter instrumental de esta participación se enfatiza entre los beneficiarios de las cohortes intermedias, quienes en menor medida muestran interés en continuar con la experiencia en las organizaciones sociales que los nuclean, con independencia de la recepción del actual beneficio del plan.

Probablemente por la distancia que muchos establecen entre sus intereses puntuales y los de los actualmente ocupados, menos de la mitad de los desocupados consideran que los sindicatos puedan contribuir de alguna manera a mejorar su propia situación. Menor aún es la confianza en la representatividad de estos sindicatos con respecto a los intereses de los trabajadores en general. El nivel de cuestionamiento

---

77 Esta observación se hace sobre los últimos veinte beneficiarios entrevistados, ya que esta pregunta –cuya pertinencia nos fue sugerida a partir del análisis de las primeras entrevistas– fue incorporada recién en la segunda etapa del trabajo de campo.

sobre la representatividad de las cúpulas sindicales asciende a las dos terceras partes de los desocupados entrevistados.

Dicho cuestionamiento debe significarse, sin embargo, en el contexto más amplio de las orientaciones diversas de estos entrevistados. Observamos que esta posición crítica se conjuga, en rigor, con dos orientaciones opuestas con respecto a los sindicatos y la acción colectiva en general. La crítica a la burocracia sindical es, por un lado, la demanda de quienes se orientan a la construcción de una mayor autonomía social de los sectores dominados y, en esa dirección, exigen que las conducciones sean realmente democráticas y representativas. Este primer tipo de articulación la encontramos en parte de los entrevistados más viejos, entre quienes el cuestionamiento suele basarse en una crítica concreta a lo actuado por los sindicatos que los nuclearon a lo largo de sus trayectorias socio-ocupacionales. Por otro lado, esta crítica también puede articularse en una desestimación en general del papel de tales organizaciones, en lo que podríamos referir una posición anti-sindicatos, apareciendo más bien como indicio de una orientación pre-corporativa. Este segundo tipo de articulación se observa más frecuentemente entre desocupados de la cohorte intermedia.

En el contexto de interpretación ya señalado, se puede afirmar también que la consideración de que la actuación sindical puede ser provechosa para mejorar la propia situación se acrecienta con la experiencia del entrevistado como afiliado sindical. Menos de un tercio de quienes nunca tuvieron un sindicato que defendiera sus intereses, considera que estos pueden colaborar, frente a más de la mitad de quienes estuvieron sindicalizados al menos la mitad de sus trayectorias laborales. Asimismo, quienes muestran una tendencia mayor a valorar la importancia de la construcción de sindicatos representativos y fuertes son desocupados que provienen de la producción de bienes, con experiencia fabril.

Será pertinente considerar las tendencias observadas entre los trabajadores ocupados, como marco de referencia para la interpretación de los resultados anteriores. Contrastando con lo hasta aquí señalado, los trabajadores ocupados valoran en conjunto (nueve de cada diez) el papel que les cabría a los sindicatos en el mejoramiento de su propia calidad de vida. Asimismo, tienden a evaluar positivamente la acción de los sindicatos en el nivel de la seccional del gremio respectivo (ocho de cada diez). Sin embargo, la evaluación positiva se restringe a este nivel de representación.

En efecto, al mismo tiempo los ocupados entrevistados expresan en general un nivel de cuestionamiento importante (seis de cada diez entrevistados) con respecto a la representatividad de las cúpulas sindicales, y una fuerte crítica a lo actuado por las mismas en los años recientes (siete de cada diez). La desconfianza en relación con este nivel de representación es similar a la observada –también en términos agregados– entre los desocupados.

La mayor valoración de los sindicatos expresada por los ocupados no supone necesariamente que los mismos estimen la intervención de las propias organizaciones

gremiales por sobre la agencia estatal. Al respecto sólo un tercio de los ocupados (similar porcentaje que entre los desocupados) prioriza a las propias organizaciones.

Por otra parte, y con respecto a su relación concreta con el sindicato y su involucramiento con la acción colectiva, señalamos ya, en primer lugar, que se trata de una población de trabajadores ocupados afiliada a sus organizaciones respectivas.

En segundo lugar, analizando en profundidad el conjunto de respuestas sobre la participación en acciones colectivas y formas de resolución de los conflictos obrero-patronales, podemos sistematizar que la mitad de los trabajadores ocupados entrevistados son proclives a una resolución colectiva de los conflictos, incorporando en ello —en caso de ser necesario— al conjunto del sector y su representación gremial. Un 15% se inclina por una resolución colectiva, pero que involucre sólo a su nivel más cercano de relaciones (esto es, medidas que se planteen y discutan estrictamente al nivel de la planta). Por su parte, un cuarto de los trabajadores, desestiman la acción colectiva y plantean y discuten sus reivindicaciones exclusivamente a nivel individual.

Como en el caso de los desocupados, estas valoraciones y posicionamientos son heterogéneos en el interior de los ocupados y tienden a corresponderse con las diferencias generacionales entre los trabajadores, las que involucraron contextos de socialización en los que, tanto el papel de los sindicatos como la acción colectiva en general, tuvieron dispar valoración. Al respecto, son sintomáticos los cambios que también aquí pueden observarse en la conciencia corporativa de cada cohorte.

Por un lado, la pertinencia del sindicato como tal es sostenida por el conjunto de los trabajadores viejos y los hombres de la generación intermedia pero se reduce entre los más jóvenes. Por el otro, mientras mayoritariamente los trabajadores más viejos se inclinan a la resolución colectiva de los conflictos obrero-patronales, entre los trabajadores de la generación intermedia gana terreno en forma sustantiva el planteo y la resolución individualista de los mismos. Entre los más jóvenes, junto con la orientación individualista, vuelve a hacerse presente una tendencia a la resolución colectiva de los conflictos pero que se limita al nivel de la planta, en el marco de un discurso fuertemente anti-burocrático. Volveremos sobre esto al delinear los perfiles presentes en el área.<sup>78</sup>

Podemos concluir esquemáticamente entonces que, tanto entre ocupados como desocupados, la valoración del papel de las organizaciones gremiales y la acción colectiva como herramientas para defender los intereses económicos de la clase, es más fuerte entre las cohortes más antiguas y aparece fuertemente erosionada entre los más jóvenes. Sin embargo, entre los ocupados estudiados, esto no llega a constituirse en

---

78 Asimismo, entendemos que esta dimensión está fuertemente influenciada por el sector de actividad en el que se inserta el trabajador, en tanto síntesis de las condiciones de inserción del mismo así como de la actuación sindical y las diferentes tradiciones sindicales de cada sector. Lamentablemente nuestro reducido número de entrevistados, nos inhibe de avanzar conclusiones sobre las correspondencias en este orden de relaciones.

una orientación anti-sindical, como sí parece expresarse entre los beneficiarios de las cohortes intermedia.

Por último, es posible observar que la valoración de la presencia de sindicatos y la orientación a la acción colectiva se enfatizan entre los trabajadores –tanto ocupados como desocupados– que tienen una representación antagónica de las relaciones entre clases. Sobre este tópico, comentamos en los antecedentes de este libro que Lenin (así como otros autores posteriores entre los que se destaca Giddens) desanudaba la conciencia de clase o revolucionaria de la conciencia corporativa, diferenciando las condiciones que propiciaban sus desarrollos respectivos. Nuestra investigación no pretende poner en cuestión esta aproximación, simplemente nos interesa establecer aquí el hecho de que al menos en este universo, una orientación antagonista en términos de las relaciones entre clases se desarrolló en forma imbricada con la fortaleza de la identidad sindical. Hecho del que da cuenta la configuración subjetiva de parte de los obreros más antiguos entrevistados en este territorio.

### **Configuraciones dominantes y perfiles generacionales**

Así como los distintos tipos de trayectorias se recortan según la edad de los trabajadores, no es sorprendente que la consideración de estos grupos etarios descubra patrones y articulaciones en el campo de las representaciones y posicionamientos de los trabajadores de este universo. Entendemos que este conjunto de correspondencias nos habilita a pensar en lo que llamaremos perfiles generacionales.<sup>79</sup>

#### *Los trabajadores de 45 años y más*

Señalamos que una porción importante de los beneficiarios mayores han compartido con los ocupados de sus mismas cohortes las experiencias que hacen a la estructuración inmediata de la clase obrera. Lo dicho se expresa también en una relativa comunidad de la matriz con las que estos hombres interpretan estas experiencias pasadas y presentes, lo que permite observar *configuraciones comunes a ocupados y desocupados beneficiarios*.

---

79 Los perfiles generacionales han sido contruidos a partir de la observación de regularidades y articulaciones en las dimensiones anteriormente presentadas. Si bien no es nuestro objetivo presentar una caracterización de rigor de los momentos formativos de los agrupamientos aquí delineados, sí será de utilidad, ubicar temporalmente dichos periodos. Tomando como indicador aproximado la edad de 18 años, podemos estimar que el momento formativo de las primeras cohortes fue aproximadamente desde principios de 1960 hasta mediados de 1970 (cubriendo, como eventos relevantes, la dictadura de Onganía hasta la vuelta de Perón y terminando con el último golpe militar. Comprende, a su vez, uno de los periodos más largos de expansión económica del país); el periodo formativo del segundo grupo recortado es aproximadamente desde principios de 1980 hasta principios de 1990 (cubriendo desde la guerra de Malvinas y la salida de la última dictadura, el primer gobierno del estado de derecho hasta los primeros años del menemato); y para la generación más joven, desde la segunda mitad de 1990 hasta el momento de la entrevista (básicamente desde el segundo gobierno menemista hasta la debacle de 2001).

La pertenencia obrera objetivamente más intensa de estas cohortes se expresa en una conciencia mayor de la identidad como trabajadores, del papel de los mismos en la sociedad capitalista y de la necesidad de una defensa colectiva de sus intereses comunes. En esa dirección, se hace presente con mayor claridad –tanto entre ocupados como entre desocupados– lo que entendemos como un principio de separación social (Gramsci, 1986) entre dominantes y dominados, que puede asumir la forma de una autodiferenciación social positiva y conjugarse incluso, en algunos casos, con una mayor autonomía con respecto a quienes detentan el poder social.

Dos perfiles son los dominantes en estas cohortes, expresándose tanto entre ocupados como entre desocupados –con las especificidades que hacen a su situación actual– y con igual intensidad en el interior de cada grupo.

El primer perfil es el de los trabajadores que entienden las relaciones entre el capital y el trabajo en términos contradictorios. Esto involucra un conjunto de explicaciones con respecto a las causas actuales de la desocupación y la pobreza: estos trabajadores tienden a considerar que la pobreza de muchos es producto de la riqueza de pocos, excluyendo la culpabilización de los pobres y desempleados. Los desocupados incorporan a otras clases sociales como causantes de la actual situación social, mientras que los ocupados apelan mayormente a las políticas económicas. A su vez, tanto los ocupados como los desocupados de este perfil, muestran una fuerte identidad sindical: suelen ser críticos de las conducciones gremiales pero reivindican la importancia que tienen los sindicatos para los trabajadores y priorizan decididamente la acción colectiva a la hora de plantear sus demandas.

En sintonía con esto último, entre los ocupados de este perfil, encontramos el más alto nivel de solidaridad con los desocupados que se ha hecho presente en este estudio. Como contrapartida, los desocupados muestran un alto nivel de solidaridad con las luchas gremiales de los trabajadores ocupados, operando en los mismos un principio de identificación (por pertenencia común) con aquellos.

Asimismo, entre los desocupados de este perfil localizamos la configuración más consistentemente radical, en términos de su antagonismo de clase, de todo este universo. Son estos desocupados quienes, a pesar de los años transcurridos en situación de desempleo, tienden a continuar significando su identidad a partir de su relación con el mundo del trabajo y muestran además convicción sobre la necesidad de construir organizaciones de trabajadores independientes de la tutela de otros grupos sociales. Los mismos experimentan en mayor medida la injusticia social a la que están sometidos y expresan juicios menos matizados con respecto al carácter contradictorio de las relaciones entre clases sociales. Esta conjugación entre autoidentificación como trabajadores, reivindicación positiva del principio de separación entre clases, orientación a la acción colectiva e interpretación del orden social como contradictorio, no volverá a presentarse. En la mayoría de estos casos, dicha orientación aparece como construida a lo largo de la vida laboral de estos hombres y la actual situación de desempleo no parece operar significativamente al respecto. Aunque presentes, son menos los casos

en los cuales esta radicalización es disparada por el quiebre de trayectoria y la participación en los movimientos de desocupados.

El segundo de los perfiles observados entre los ocupados y desocupados de 45 años y más, tiende en mayor medida a una visión de las relaciones entre el capital y el trabajo como no contradictorias, e incluso como armónicas.

Ocupados y desocupados participan de un posicionamiento positivo en relación con los sindicatos y la acción colectiva, pero sus valoraciones al respecto no tienen la fuerza que presentara el perfil anterior. Esto es, los trabajadores actualmente ocupados de este perfil priorizan la acción colectiva como método de resolución de conflictos, pero esperan tanto de los sindicatos como de la buena disposición de los patrones una mejora en las condiciones de vida de los trabajadores. Por su parte, los desocupados de este perfil, si bien no presentan una orientación anti-sindical, valoran su papel en menor medida que el resto de los desocupados de estas cohortes y tienen una expectativa también menor con respecto a los mismos. Estas expectativas menores redundan en un menor nivel de criticismo con respecto a las dirigencias sindicales actuales.

En la explicación del desempleo y de la pobreza, los ocupados de este segundo perfil incluyen factores políticos y socioeconómicos pero también recurren a la responsabilización de los propios damnificados. Tienen con los desocupados una solidaridad *corporativa*, esto es, restringida a los despedidos del mismo sector, o bien condicionada al reclamo por fuentes de trabajo. Los desocupados de este perfil se identifican en mayor medida con los pobres y humildes y se caracterizan por una menor problematización sobre las causas de su actual situación, lo que se expresa en respuestas convencionales.

En ambos perfiles delineados para estas cohortes, es posible identificar un conjunto de rasgos que parecen remitir a una matriz común, aún cuando en este segundo perfil aparezcan desleídos los componentes clasista y corporativo que reconocíamos en sus coetáneos. Este desleimiento se corresponde además con una menor problematización de lo social en general y con cierto repliegue de sus áreas de relevancia a su ámbito de sociabilidad específico.

#### *La generación intermedia*

A pesar de la diversidad de sus trayectorias sociales, localizamos también aquí *tendencias comunes en las configuraciones subjetivas de ocupados y desocupados*, cuyas particularidades nos hablan de la importancia de ciertos contextos sociales y políticos compartidos, en la performación de sus orientaciones.

Se observan en esta cohorte formas de representación de la estructura y el conflicto social que desplazan la importancia que el clivaje de las clases sociales tuviera en las interpretaciones de las anteriores. Los entrevistados de esta generación tienden a entender la estructura social como un sistema de jerarquías y la relación entre las clases, como posiblemente armónica. El rasgo característico de esta cohorte, es que toda autonomía con respecto a quienes detentan el poder social, aparece como ajena

a sus orientaciones y aquel principio de separación social, que se hiciera presente (aunque con fuerza diversa) en las cohortes anteriores, aparece aquí especialmente desdibujado.

Es entre los entrevistados de este grupo etario que se abre paso con mayor fuerza otro tipo de explicación con respecto al origen de la riqueza, reseñada ya anteriormente: los ricos o los empresarios hicieron su fortuna basándose en la corrupción, el tráfico de influencias, en su relación con los gobiernos de turno o, en menor medida, no pagándole a los obreros lo que les corresponde. Nuestra hipótesis interpretativa al respecto es que, esta forma en que se pone de manifiesto el origen de la riqueza para estos trabajadores, se correspondería con lo que es una etapa de dominancia de valorización financiera del capital, en la que estos trabajadores han realizado su experiencia sustantiva como adultos. En ese marco, la corrupción no ha sido un agregado coyuntural, sino que se transformó en un factor intrínseco al patrón de acumulación dominante, mediante el cual se articularon el capital oligopólico y el sistema político, sellando la creciente intervención directa que ejercen los grupos económicos concentrados en la definición de las políticas públicas (Basualdo, 2001). A su vez, es probable que las apelaciones a la lucha contra la corrupción, en torno a las cuales se aglutinó la oposición moderada al menemato, actuaran en el sentido de una articulación y reforzamiento de este discurso.

Asimismo, la pérdida de gravitación política del movimiento obrero en las últimas décadas (consecuencia de los relativamente más cercanos cambios en el mercado de trabajo pero también, de la derrota del movimiento popular obrada por la última dictadura militar) se expresa a su vez, al nivel de la configuración subjetiva de estos trabajadores, en procesos regresivos en cuanto a la construcción y diferenciación de sus intereses corporativos.

En el caso de los *desocupados* de esta cohorte, lo dicho se articula con el corrimiento de la referencia al mundo del trabajo como contexto a partir del cual significar la propia identidad (en tanto la identificación con los pobres y humildes es excluyente). Al tiempo que, como comentamos, se desplaza en esta cohorte una interpretación clasista, sus acciones se orientan más directamente hacia el Estado, pero estableciendo bajos niveles de autonomía social con respecto al mismo, en la medida en que se prioriza el papel del gobierno por sobre el de las organizaciones sociales en la construcción de mejores condiciones para los sectores populares.<sup>80</sup> En esa dirección, su vinculación con las organizaciones de desocupados aparece como más claramente instrumental, acotándose a la medida que consideran necesaria para la obtención del beneficio del plan.

Por su parte, si bien en el caso de los *trabajadores ocupados* el cambio generacional no supone un desplazamiento de la propia identificación en relación con el

---

80 Así por ejemplo, a la hora de evaluar la necesidad de contar con organizaciones propias, los entrevistados de estas cohortes reflexionan: “Si hay gobernantes honestos ellos mismos tienen que poner un sindicato”, o bien, “Si el gobierno es honesto casi no necesitamos los sindicatos”.

mundo del trabajo, involucra sí una licuación del principio de separación entre clases y una erosión del componente sindical, que operaran en las cohortes anteriores. A diferencia de sus coetáneos desocupados, los ocupados de esta cohorte reconocen la colaboración de los sindicatos en la defensa de los intereses económicos de los trabajadores, pero en el planteo y resolución de conflictos obrero-patronales, se orientan tanto hacia la acción individual como colectiva (en una equiparación totalmente ajena a las cohortes anteriores) y rehúyen del uso de las medidas de fuerza.

Entre estos ocupados, podemos delinear dos perfiles que, si bien comparten los rasgos ya señalados, se diferencian en lo referido a la caracterización de su situación laboral inmediata y, fundamentalmente, a su relación con los otros grupos dentro de los sectores populares.

El primer perfil es el de quienes muestran una relativa conformidad y confianza con respecto a su inserción y su futuro ocupacional, y un alto nivel de involucramiento técnico en su trabajo. A pesar de interpretar en última instancia el orden social como armónico, no dejan de encontrar el origen de la desocupación y la pobreza en causas políticas y económicas de las que no responsabilizan a los mismos desocupados, mostrando con estos algún tipo de solidaridad. Este perfil es el que presentan tendencialmente los trabajadores metalúrgicos de esta cohorte.

El segundo perfil es el de quienes presentan una gran disconformidad con su situación actual de trabajo. Disconformidad que se dirige hacia la patronal, no en términos de un cuestionamiento de un orden de relaciones que consideran ilegítimo, sino en términos de una demanda de cumplimiento de las obligaciones que los mismos deben atender, en el marco de relaciones que se entienden como de dependencia recíproca. Expresan una ética del esfuerzo e interpretan, consistentemente, que una de las causas fundamentales de la desocupación es la poca disponibilidad de los desocupados para el trabajo, con los cuales se muestran especialmente poco solidarios. Este es el perfil que presentan tendencialmente los trabajadores de las industrias menos dinámicas de esta cohorte, afectadas por procesos críticos que comprometieron en mayor o menor medida la inserción ocupacional de estos entrevistados.

Por otro lado, *tanto los ocupados como los desocupados de esta cohorte* expresan una definida orientación cívico-democrática, que se expresa en una oposición a las experiencias políticas autoritarias, una condena bien informada a las violaciones de los derechos humanos en nuestro país, y en términos generales, en un alto nivel de incorporación de la esfera pública como área de relevancia en sus prácticas de razonamiento. Pensamos que tanto esta orientación sobre distintos tópicos del ámbito político como su peculiar conjugación con las representaciones y posicionamientos con respecto al resto de las dimensiones de lo social analizadas, no son ajenas al periodo formativo de esta generación. Se trata, como comentamos, de quienes experimentaron su socialización política durante la llamada *transición democrática*, contexto en que justamente la reivindicación de los valores democráticos y el respeto por los derechos humanos fueron eje central de la agenda política, pero en el que primó una concep-

ción procedimentalista de la democracia, desembarazada a la vez de las condiciones económicas y sociales que suponía su implementación (Nun, 2000). En este perfil *ciudadano* la relevancia de un ámbito político parece incorporarse de forma relativamente autónoma, desplazando no sólo la observabilidad del carácter social de tal ciudadanización sino también la reivindicación corporativa de los derechos sociales.

### *Los más jóvenes*

Entre los ocupados y los beneficiarios más jóvenes, se pronuncian los niveles de heterogeneidad social, considerando los atributos de sus inserciones ocupacionales anteriores y las trayectorias socio-ocupacionales de los jefes de los hogares de origen, diferenciándose también las orientaciones y representaciones sociales.

Los jóvenes *ocupados* entrevistados se caracterizan mayormente por una representación no antagonista de las relaciones entre clases sociales. Entre los mismos, se prolonga la presencia de rasgos ya delineados para los ocupados del grupo etario anterior a la vez que se va delineando incipientemente un perfil diferente. Este último se expresa en aquellos que vuelven a valorizar la importancia de organizaciones de los trabajadores con mayor autonomía social y se muestran partidarios de la acción colectiva pero ahora localizada a nivel de la planta. Si bien es prematuro cerrar conclusiones al respecto, podríamos hipotetizar que estamos frente al desarrollo embrionario de una orientación anti-burocrática.

Por su parte, los perfiles de los *desocupados* más jóvenes expresan una importante discontinuidad con respecto a los desocupados de la generación intermedia.

Entre los jóvenes beneficiarios se hace presente, en muchos casos, una fuerte experiencia de las diferencias sociales. Esta experiencia es la que se juega en los espacios públicos antes que en los lugares de trabajo (si bien no los excluye), significándose las diferencias en clave de discriminación o exclusión y no en términos de explotación. Esta significación contrasta con lo observado entre los trabajadores más viejos, quienes hacían presente este principio de separación también en forma intensa pero lo leían desde otra clave de interpretación. Esta significación se corresponde con la posición actual de estos desocupados en tanto oprimidos en general antes que estrictamente explotados a través de la apropiación por el capital de los frutos de su trabajo (Nun, 2001). De esta experiencia parece derivarse más el resentimiento que la reafirmación positiva de una identidad alternativa. En este sentido, nuestro trabajo parece apoyar lo que señalan los textos clásicos en esta materia, cuando enfatizan que sin una experiencia de agregación y formación de intereses, los sectores subalternos pueden experimentar fuertemente las barreras sociales pero más en términos de “una jerarquía de órdenes que bajo la forma de un conflicto de clases” (Touraine y Pecaut, 1966).<sup>81</sup>

81 Como vemos en las siguientes citas: “Conozco personas de plata, mucha gente, toda la vida, les pedís una ayuda, no las dan, que son negritos de mierda, que sos vago, y esas cosas no me gustan [...] me presentaron amigos de ellos y cuando son nariz parada, chau, yo soy como soy, soy pobre y se terminó,

En este marco general, pueden delinearse dos perfiles distintos entre los *jóvenes desocupados*.

El primero es el de aquellos que tienen una representación no contradictoria de la estructura social. Estos jóvenes son quienes parecen tener una subjetividad más ligada a la recepción de asistencia gubernamental y en esa dirección una construcción identitaria producida de cara al Estado, expresando niveles menores de autonomía social. Estos desocupados no presentan una orientación abiertamente anti-sindical (en tanto entienden que los sindicatos podrían colaborar en mejorar su propia situación), sin embargo, sólo la tercera parte estaría de acuerdo con formar un sindicato de desocupados. Tampoco se orientan en contra de la acción colectiva (participando de las marchas y los cortes de ruta), sin embargo, parecen adherir en la medida en que es estrictamente necesario para la obtención del beneficio, en tanto que prácticamente no concurren a las reuniones organizadas por las organizaciones de desocupados. Son quienes expresan en sus representaciones lo que podríamos considerar un mundo más restringido de relaciones sociales, tanto reduciendo su ámbito de identificación a los beneficiarios del plan o su localización geográfica, como no incorporando la esfera pública como área de relevancia en sus prácticas de razonamiento. Será oportuno mencionar aquí, que este subgrupo está formado en mayor medida por quienes prácticamente no han tenido ninguna experiencia laboral anterior.

En segundo lugar, algunos jóvenes, que participan más activamente en las organizaciones territoriales, van elaborando una visión más conflictiva de las relaciones sociales y desarrollan embrionariamente márgenes más amplios de autonomía social. Esta mayor autonomía se prolonga en una revalorización de la acción colectiva en el interior de las organizaciones sociales. Probablemente en este caso, su orientación antagonista se conjuga con su juventud, de resultas de lo cual este sub-grupo es el que se muestra como más activo dentro de las organizaciones de desocupados.

---

aunque sea bruto, no me sé expresar, 'éste no sabe hablar' [...] te digo que tengo familiares que han trabajado cama-adentro, que cómo la maltrataban, a mí no me gusta, a mí me pasó también. Porque sos de provincia, no te tratan...". "Uno como es acá, de provincia, va a Capital y la gente, parece [...] voy caminando, yo personalmente, te lo juro, voy caminando, una señora mayor aprieta la cartera como si fuera un bebé y trata de desaparecer...".



## CAPÍTULO IV

### Identidad peronista<sup>82</sup>

**H**eterogeneidad social e identidad peronista son dos términos frecuentemente enlazados en la interpretación y análisis sobre las orientaciones obreras en nuestro país.

Por un lado, como señalamos reiteradamente ya, los puntos de ruptura en la inserción en la estructura productiva, fueron factores explorados prioritariamente por los analistas a la hora de explicar las divergencias en las orientaciones de los distintos sectores de la clase obrera y la división en sus metas. Por otro lado, sin embargo, los estudios sobre el impacto de la heterogeneidad social en las orientaciones de los trabajadores (realizados con anterioridad a la última dictadura militar), rechazaron toda determinación unívoca y señalaron la mediación operada por el peronismo.

En este capítulo retomamos este aspecto, explorando la vinculación que se establece entre diferenciación social e identidad peronista en el marco del proceso de diferenciación estructural de los trabajadores urbanos en la Argentina que estudiamos. Nos propusimos para ello, indagar sobre las continuidades y cambios en los niveles de adhesión y los significados atribuidos al peronismo que se registraban al momento de la investigación, entre los trabajadores ocupados y desocupados que componen nuestro universo.

El capítulo recorre, en primer lugar, brevemente algunos antecedentes bibliográficos específicos sobre la vinculación entre identidad peronista y heterogeneidad social de los trabajadores. Luego se adentra en los resultados de nuestro estudio: nos referimos a los niveles de adhesión al peronismo encontrados y presentamos los significados atribuidos al mismo localizados en este universo. Finalmente, se ofrece una síntesis de los principales resultados y conclusiones.

#### **Antecedentes**

La vinculación entre heterogeneidad social de los trabajadores e identidad peronista, ha sido un nudo relevante en los estudios interpretativos sobre el peronismo en particular, y sobre las orientaciones obreras en general. Retomaremos aquí brevemente ese recorrido, sin un afán exhaustivo, sino más bien con el fin de presentar, a partir de algunas intervenciones especialmente importantes, las maneras en que se fueron entretejiendo los términos de una relación, que indagamos en este capítulo.

---

82 Una versión preliminar de algunos resultados de este capítulo fue publicada como “Heterogeneidad social e identidad peronista entre los trabajadores del conurbano bonaerense”, en *Estudios Sociales*, núm. 21, Universidad Nacional del Litoral, diciembre de 2006, pp. 69-94.

La heterogeneidad social de los trabajadores observada en las primeras fases de la industrialización sustitutiva fue considerada como uno de los elementos a partir de los cuales explicar el surgimiento mismo del peronismo, y sus atributos específicos. El corte entre una fracción de la clase obrera mayormente de origen europeo y otra, producto de la migración interna reciente, se convertiría en la piedra angular de la que fuera posteriormente considerada la versión *ortodoxa* de la interpretación de los orígenes del peronismo. En esta caracterización, presentada en su versión clásica por Gino Germani (1962 y 1977), la heterogeneidad social de los trabajadores permitía explicar lo que aparecía, desde esta perspectiva, como una adhesión heterónoma a un régimen populista. Dicha heterogeneidad operaba un corte sustantivo al nivel de las orientaciones obreras: eran los nuevos trabajadores, provenientes de las zonas más periféricas y económicamente atrasadas, los que, por estos antecedentes y desde esta perspectiva, encontraban obstáculos para incorporarse a sus organizaciones gremiales respectivas, apareciendo como masas *disponibles* para la experiencia populista. Este énfasis en el protagonismo de los nuevos trabajadores en el origen del peronismo no fue exclusivo de los tempranos estudios académicos sino que, por el contrario, y como ha señalado la bibliografía sobre el tema, impregnaba también la imagen que el propio peronismo se daba de sus orígenes, en la voz de muchos de sus principales narradores.

Sabemos que esta perspectiva ha sido ampliamente debatida. Así por ejemplo, discutiendo esta distinción germaniana entre vieja y nueva clase obrera, Tulio Halperin Donghi (1977) concluye que la vieja clase obrera era menos *moderna* y los nuevos trabajadores provenían de regiones menos *tradicionales* que lo que Germani considerara, por lo que las diferencias entre unos y otros aparecen relativizadas.

Por su parte, Murmis y Portantiero (1971) criticaron el soslayamiento que en la visión clásica se hace del papel jugado por la organización sindical en la gestación del peronismo, afirmando que la intensa participación que tuvieron viejos dirigentes y organizaciones gremiales es un rasgo que distinguió en forma significativa al peronismo de otros populismos, e involucró, en términos de orientaciones, una vinculación relativamente más autónoma con la dirección política del movimiento. Esto no significaba desconocer los cambios en la composición interna del proletariado que acompañaron el proceso de industrialización ni negar el papel jugado por los obreros recién incorporados a la industria. Si se trataba de cuestionar el énfasis puesto en la división de la clase obrera, partiendo de un énfasis opuesto: el que llama la atención sobre la unidad de la clase obrera como sector social sometido a un proceso de acumulación capitalista sin distribución del ingreso durante el proceso de industrialización bajo control conservador que tuvo lugar precedentemente, durante la década de 1930.

Juan Carlos Torre (1989) retoma las tesis centrales del trabajo de Murmis y Portantiero, tanto en lo relativo al papel de las organizaciones sindicales y de los dirigentes sindicales formados en los años previos, como con respecto al énfasis en el señalamiento de un periodo de explotación sin distribucionismo bajo el régimen conservador, y avanza especialmente en la investigación historiográfica del papel central

jugado por la vieja guardia sindical en los orígenes del peronismo. Pero, a diferencia de Murmis y Portantiero, Torre intenta centrarse (como lo hiciera Germani, pero desde otra perspectiva), en el proceso de constitución de nuevas identidades y en la vinculación estrictamente política entre los trabajadores y el peronismo y es por esta vía que retoma la temática de la composición interna de la clase obrera. Así, en la *dobles realidad* que caracteriza los orígenes del peronismo, según la conclusión de Torre, el nivel de heterogeneidad u homogeneidad relativa de la clase obrera recobra protagonismo. Por un lado, dicha heterogeneidad se reconoce como presente, y el peronismo (en tanto intervención de una élite estatal) juega un papel decisivo en la confluencia de la vieja clase obrera y los nuevos trabajadores industriales en un movimiento sindical y político organizado nacionalmente, operando una *articulación política externa* que, en tanto tal, garantiza una incorporación obrera *subordinada y heterónoma*. Por el otro, se reconoce un nivel relativamente elevado de *consistencia como clase*, que diferencia a los sectores subalternos argentinos de otros en los que se asientan el resto de los nacionalismos latinoamericanos, concluyéndose que el mismo definiría a su vez, *el carácter de clase* de la acción obrera que se organiza.

Posteriormente, y en correspondencia con las características que iría asumiendo el proceso de industrialización sustitutiva hacia fines de los años 1960, se hace presente nuevamente esta vinculación entre peronismo y heterogeneidad estructural: el peronismo era presentado como instancia que amalgamaba una clase obrera que atravesaba nuevos procesos de heterogeneización social a partir del desarrollo de sectores capital intensivo y la presencia mayor de las inversiones directas de empresas extranjeras en la producción manufacturera. En este contexto, la tematización sobre la heterogeneidad ya no era la que refiere a una nueva y una vieja clase obrera, sino que señalaba una diferenciación entre trabajadores económicamente privilegiados, insertos en sectores de punta, y el resto de la clase. La preocupación pasaba por el aburguesamiento de un sector de la clase obrera, esto es, por su integración subjetiva y por el quiebre de la unidad de intereses y acción con respecto al resto de los miembros de los sectores populares. Sintetizando esta discusión, que recoge a su vez el debate internacional durante el mismo periodo (Goldthorpe et al., 1968), nuevamente Jelin y Torre (1982) rechazaban la determinación unívoca de las orientaciones por la situación de trabajo y advertían sobre la importancia de considerar la mediación operada por otras agencias de socialización política en la performación de estas orientaciones y en la homogeneización de las mismas, particularmente en el caso argentino, del papel jugado por el peronismo. Esto es, que lo que era heterogéneo en lo social podía encontrar una instancia de articulación en otro nivel. Aspecto enfatizado por Sigal y Torre (1979) cuando afirman en relación con América Latina que “mientras que en la tradición clásica, la fábrica operó como eje de agregación social de la clase obrera, en América Latina fue la plaza pública, el lugar de la movilización por la integración política a través del Estado, la que unificó a unas clases trabajadoras económicamente fragmentadas”.

De esto no debe desprenderse que la adhesión al peronismo tuviese una significación unívoca para los distintos sectores. Por el contrario, pocos pero importantes trabajos (D'Ipola, 1983; Nun, 1984), señalaron la multiplicidad de significaciones del peronismo. Al respecto Nun, advirtió sobre la ya documentada falacia de atribuir una significación única a la adhesión política al peronismo y derivar determinadas orientaciones y representaciones de dicha adscripción. En esa dirección, el autor localizó y reconstruyó distintos tipos de razonamiento de sentido común entre los trabajadores despedidos de la industria automotriz en los años 1970, a partir de los cuales torna inteligibles un conjunto, a la vez diverso y acotado, de significados otorgados al peronismo. En esa dirección, Nun hace observable la capacidad del peronismo de constituirse, en virtud de esta polisemia, en afiliación en la que confluyen orientaciones obreras abiertamente diferentes.

Posteriormente, en el importante trabajo de Martuccelli y Svampa (1997), que da cuenta de las transformaciones en la subjetividad popular a principios de 1990, la heterogeneidad de las posiciones sociales no es incorporada entre los ejes explicativos, como sí lo fuera en los estudios antes mencionados. Los autores hacen presente la creciente heterogeneización de los sectores populares e incluso se detienen en el estudio de las configuraciones presentes en territorios socialmente heterogéneos, sin embargo, advierten que en el análisis propuesto se presta “muy escasa atención a las posiciones sociales de los actores, en la medida en que la experiencia popular –sea de los tradicionales sectores populares o incluso la de ciertos ‘nuevos pobres’– todavía se refleja a través de un conjunto fuertemente homogéneo de representaciones”. En esa dirección, los autores retoman la noción de sectores populares, para insistir en lo que afirman es “el peso predominante de las categorías políticas sobre las categorías sociales en Argentina” (Martuccelli y Svampa, 1997: 21).

Más recientemente, dos tipos de trabajos aportan elementos que interesan a la discusión que planteamos. Por un lado, los trabajos que exploran en la identidad peronista de los sectores populares, centrados fundamentalmente en el mundo de los pobres (Auyero, 2001) o de las organizaciones de desocupados (Svampa y Pereyra, 2003), esto es, exclusivamente en las fracciones de alguna manera más débiles de la clase obrera, cuyas tesis retomaremos más adelante en el marco de nuestra caracterización.

Por otro lado, el importante trabajo de Steven Levitsky (2004) avanza sobre las transformaciones en el Partido Justicialista, tanto en términos de su organización interna como con respecto a su relación con sus bases sociales de sustentación. En esta investigación, el nuevo escenario de heterogeneización social de los trabajadores, vuelve a ser un disparador sustantivo para la explicación. El autor señala que los cambios en la composición social de los trabajadores, en términos de aumento de la desocupación e informalidad, presentaban un desafío para el Partido Justicialista, de fuerte base sindical. En correspondencia con ello y a partir de 1983,

“...el peronismo experimentó un intenso proceso de desindicalización impulsado por una corriente de líderes reformistas que desmantelaron los mecanismos de participación obrera tradicionales en ese movimiento y poco a poco las redes clientelistas reemplazaron los vínculos del partido con la clase obrera y la clase baja a través de los sindicatos. Ya a comienzos de los años 1990, el PJ había dejado de ser un partido dominado por los sindicatos y se había convertido en un partido clientelista en el cual aquellos cumplía un papel relativamente marginal” (Levitsky, 2004: 4).

### **Autoidentificación peronista y trayectorias electorales**

En tanto La Matanza es considerada una zona tradicionalmente peronista del conurbano bonaerense, no resulta sorprendente corroborar la alta presencia de aquellos que se reconocen como peronistas entre los trabajadores entrevistados. Tomados en conjunto, aproximadamente el 60% se autoidentifica abierta y claramente de esta manera. Al respecto, existen diferencias entre trabajadores de ambos grupos, ocupados y desocupados, pero las mismas no pueden ser consideradas como significativas en los pequeños números que estamos manejando: la presencia de trabajadores autoidentificados como peronistas es algo mayor entre aquellos insertos en planes de empleo (64%) que entre los obreros regulares (50%).

Esta autoidentificación como peronistas tiende a involucrar también la delimitación de un espacio político dentro del cual se realizan las opciones electorales. También cerca del 60% de los trabajadores de ambos grupos, muestran trayectorias electorales netamente peronistas. Por su parte, la presencia de otros patrones de trayectoria electoral, como por ejemplo, el voto netamente radical o el voto inclinado a la confluencia con las mayorías, no es significativo.

Este señalamiento sobre un nivel de adhesión relativamente similar entre ambos grupos se revela, sin embargo, como parcialmente incorrecto al introducir una consideración generacional, o si se quiere (más prudentemente en principio), un corte etario.

En efecto, por un lado, la autoidentificación como peronistas es sustantiva entre los trabajadores mayores de ambos grupos (la totalidad de los ocupados de 45 años y más al momento del estudio y el 70% de los beneficiarios de ese grupo etario, son peronistas).

Por otra parte, sin embargo, los entrevistados más jóvenes se distinguen abiertamente según sus niveles de adhesión: sólo uno de los diez ocupados menores de 45 años se reconoce como peronista, identificación que alcanza, sin embargo, a seis de cada diez beneficiarios de planes de este mismo grupo etario.

Diferencias similares pueden pesquisararse en el terreno del comportamiento electoral. Mientras las trayectorias fuertemente peronistas se mantienen en torno al 60% entre los beneficiarios de los distintos grupos etarios, entre los ocupados, el voto pe-

ronista recurrente es un patrón excluyente entre los hombres de 45 años y más, que se hace presente en sólo dos de los entrevistados ocupados menores de esa edad.

Advirtamos que, al igual que lo que sucede entre los mayores, los entrevistados menores de 40 años (ocupados y desocupados), provienen también mayoritariamente y en igual medida, de familias peronistas. Esto revela otro elemento de importancia: un desgranamiento relativo muchísimo mayor de la identidad peronista familiar entre los obreros estables entrevistados. En efecto, gran parte de los desocupados de hasta 45 años que provienen de familias peronistas siguen siendo peronistas en la actualidad o bien lo han sido hasta una crisis reciente y los trabajadores nunca peronistas de este grupo provienen en parte a su vez de familias no peronistas. Por el contrario, los trabajadores regulares de estas edades, son no peronistas aún proviniendo mayoritariamente de familias peronistas. Esto es, no se trata de casos que provienen de familias ajenas a esta tradición sino de trabajadores para quienes esta tradición se vuelve ajena.

Si bien el número de casos de este estudio exploratorio no nos habilita a cerrar conclusiones al respecto, sugiere sí una línea de exploración, en particular considerando que no se trata de casos totalmente aleatorios sino más bien significativos para el tema que nos ocupa.

En efecto, por un lado, los trabajadores desocupados aquí entrevistados, entre quienes observamos una fuerte persistencia de la adhesión al peronismo, no fueron seleccionados en virtud de su relación con el PJ. Por el contrario, los mismos recibían planes de empleo, reclutados por organizaciones territoriales que hasta el momento de la entrevista se construían en competencia organizativa con respecto a dicho partido (Oviedo, 2001; Svampa y Pereyra, 2003; Delamata, 2004).<sup>83</sup> En esta dirección, la importante persistencia de la identidad peronista en la totalidad de estos entrevistados, pero especialmente entre los más jóvenes, es un hallazgo a enfatizar.

Por otro lado, los trabajadores regulares entrevistados fueron contactados, como indicamos, a través de sus sindicatos, con quienes tienen una activa vinculación, siendo o habiendo sido, en muchos casos, delegados de base. Se trata de sindicatos de histórica y presente adscripción peronista, encuadrados en la central obrera abierta y orgánicamente articulada con el PJ. En esta dirección, la contundencia de la adhesión peronista de los trabajadores más viejos era lo esperado, pero su total desgranamiento entre los entrevistados de hasta 40 años aporta evidencia relevante para los objetivos de este estudio.<sup>84</sup>

---

83 Distintas investigaciones han advertido sobre el cuestionamiento al peronismo que supondría el surgimiento de estas organizaciones sociales y políticas (Oviedo, 2001; Svampa y Pereyra, 2003).

84 En este sentido, y particularmente en lo que respecta a la hipótesis postulada sobre la vinculación entre heterogeneidad social y persistencia de la adhesión peronista, los trabajadores objeto de este estudio pueden ser considerados como casos críticos (en el sentido utilizado, por ejemplo, en el clásico estudio sobre orientaciones de Goldthorpe et al., 1968). La estrategia del caso crítico involucra justamente la exploración de aquellos casos más favorables para la comprobación de una hipótesis, bajo el supuesto de que si la vinculación propuesta no se observa en esos casos, difícilmente se observará en los casos más desfavorables. Lo inverso puede predicarse de la constatación de una vinculación propuesta en

Señalamos ya que la mayoría de los estudios sobre la identidad peronista en los sectores populares con posterioridad al menemismo, se han centrado fundamentalmente en la exploración de este fenómeno entre las fracciones si se quiere más débiles (en términos socioeconómicos) de los sectores populares. Así, Javier Auyero, entre otros investigadores enfocados al estudio de las redes clientelares peronistas del conurbano bonaerense, observó la persistencia de la adhesión al peronismo en poblaciones residentes en asentamientos precarios de la región. Al respecto, considerando aquellos de entre nuestros entrevistados que están inscriptos en territorios sociales relativamente similares a los explorados por estos autores, encontramos aquí también una importante persistencia de la adhesión al peronismo, aún cuando, y esto es lo que en este punto aportaría nuestro estudio, los casos que aquí nos ocupan, en tanto organizados territorialmente por el movimiento de desocupados, participaban de redes alternativas,<sup>85</sup> a la vez que su vinculación con las redes clientelares del Partido Justicialista era (al momento de la entrevista) relativamente periférica.

Por otro lado, nuestra investigación avanza sobre fracciones diferentes a las exploradas sobre estos tópicos en el postmenemismo, observando, como ya establecimos, la persistencia de dicha adhesión entre los viejos y su desgranamiento entre los jóvenes trabajadores sindicalizados.

Considerando en forma conjunta estos señalamientos, podemos sugerir que la vinculación que se observa en esta exploración entre la pertenencia a distintos sectores de la clase y la identidad peronista no es aleatoria. Por el contrario, creemos que la misma se corresponde al nivel de la subjetividad de los trabajadores, con lo comprobado por otras investigaciones, en términos de los cambios en la estructura político institucional del PJ en las décadas de 1980 y 1990.

En efecto, recordemos que el peronismo tiene históricamente una estructura institucional que ha trascendido los momentos en que el mismo está en el gobierno y que, en el Área Metropolitana, involucra —a grandes rasgos— la organización sindical de la fuerza de trabajo inserta en forma relativamente estable y la organización territorial, a través de las unidades básicas en el anillo industrial tradicional (Delamata, 2004). La investigación de Levitsky ya comentada, describe cómo, a partir de las transformaciones llevadas adelante desde 1983, el PJ fue adaptándose a lo que fueron los cambios sociales de su base tradicional de sustentación, expandiendo sus redes territoriales y dejando de estar fuertemente vertebrado en torno a los sindicatos.

Entendemos entonces que, mientras en la expansión del aparato territorial peronista se puede encontrar el soporte relacional en el que se reproduce la adhesión peronista de las fracciones más desaventajadas de los sectores populares (Auyero, 2001),

---

aquellos casos *a priori* más desfavorables para la comprobación de una hipótesis.

85 En nuestros estudios en terreno hemos comprobado que, como bien señala Delamata (2004), el resultado del proceso de organización de los desocupados de la última década no supone ciertamente el final de la red clientelar del peronismo o de las prácticas clientelares en general, sino el quiebre de su monopolio y el aumento de la competencia entre redes asistenciales alternativas.

la desindicalización del peronismo y la pérdida de poder económico y político de los sindicatos de la década de 1990, habrían involucrado, por el contrario, una crisis del sindicato peronista como espacio de reproducción de la identidad peronista de los cuadros sindicales más jóvenes y los jóvenes trabajadores sindicalizados.<sup>86</sup>

Lo dicho hasta aquí se sintetiza en la formulación de la siguiente hipótesis sobre la vinculación entre heterogeneización social de los trabajadores e identidad peronista en el conurbano bonaerense durante los noventa: la desindicalización y territorialización del peronismo bonaerense (constatada en otras investigaciones) se corresponde, al nivel –aquí analizado– de la constitución subjetiva de los trabajadores, con una pérdida de la adhesión al peronismo entre los jóvenes sindicalizados y la persistencia de significativos niveles de auto identificación como peronistas entre los trabajadores más vulnerables.

### **Significados del peronismo**

En el estudio empírico que ya citamos sobre lo que el autor llamó las “prácticas de razonamiento del sentido común” entre obreros automotrices a principios de 1970, Nun (1984) indagó la adhesión de los mismos al peronismo y advirtió que ésta tenía no uno, sino distintos significados. Estos significados se articulaban a su vez, de manera relativamente consistente, con las orientaciones políticas y sociales de los trabajadores. Este antecedente ha sido especialmente sugerente para nuestro estudio. Al respecto, nos preguntamos: ¿cuáles son las conjugaciones actuales del peronismo de los entrevistados que adhieren al mismo? Su diversidad, si es que la hubiera, ¿se imbrica con orientaciones distintas?, ¿se corresponde a su vez, de alguna manera, con la heterogeneidad social de estos trabajadores?

En primer lugar, observamos que en la representación de la gran mayoría de los *desocupados* de todas las cohortes, el contenido que asume el peronismo, es lo que podríamos llamar el peronismo de los humildes, ligado a la figura de Perón pero fundamentalmente a la presencia de Evita, y a su tarea de asistencia social directa. Se enfatiza aquí el carácter protector del estado hacia los sectores más desposeídos en los primeros gobiernos peronistas y su papel de garante del acceso a condiciones dignas de vida. Es también un peronismo que, en contraposición con otros significados posibles, nos presenta una imagen pasiva del papel de las clases subalternas en esa relación directa con sus líderes, una imagen de perceptores más que de actores del proceso histórico.

Algunos autores (Nun, 1984; Auyero, 2001) se han referido también a este tipo de contenido como el elemento *distribucionista* del peronismo. Ciertamente, entendemos que en estos casos es este elemento *distribucionista* el que se encuentra particularmente valorado, pero se presenta aquí, además, estrechamente imbricado con

---

86 Una investigación a futuro debería encarar en qué medida, el peronismo kirchnerista ha supuesto cambios posteriores relevantes con respecto a este proceso de desindicalización y a los niveles de adhesión peronista de las distintas fracciones de trabajadores del área.

el resto de los contenidos mencionados (la distribución tiende mayormente a ser una distribución de bienes para satisfacer necesidades concretas; se enfatiza la relación directa con los líderes, se valora especialmente la figura de Evita, etc.). De esta configuración particular, dominante en este grupo, pretendemos dar cuenta cuando nos referimos al peronismo de los humildes.

Por su parte, entre los peronistas *ocupados* entrevistados (todos ellos, recordemos, mayores de 40 años y trabajadores vinculados con sus sindicatos), también el distribucionismo aparece como el contenido más recurrente en la representación del peronismo, pero tiene un peso relativamente menor que entre los desocupados, y se presenta asimismo en una configuración algo distinta. Se expresa aquí más frecuentemente, como la valoración de un momento pasado de mayor bienestar económico, que como un énfasis en la relación con los líderes y la asistencia social directa.

Al respecto, es importante señalar que, si bien la adhesión al peronismo en un contingente importante de estos entrevistados (ocupados y desocupados) parece conjugarse como valoración de su componente distribucionista, está lejos de tener un carácter meramente instrumental. De lo cual, no cabe suponer que la continuidad de dicha adhesión en sí esté condicionada, de alguna manera más o menos directa, por la obtención actual de mejoras concretas.

Junto con este contenido encontramos otro menos recurrente, nunca expresado en forma aislada sino en conjunción con el significado dominante del peronismo ya comentado. Se trata de una valoración del peronismo como dador de derechos, específicamente como promotor de los derechos del trabajador. Esta caracterización es enfatizada exclusivamente entre los entrevistados mayores de 40 años, y tiene una presencia relativa cuatro veces mayor (así como una más clara articulación) entre los trabajadores ocupados que entre los desocupados.<sup>87</sup> Todos los entrevistados que reivindican este contenido del peronismo presentan, a su vez, una fuerte orientación hacia la acción colectiva como forma de dirimir los conflictos obrero-patronales y, más en general, lo que podríamos llamar una clara identidad sindical. Sin embargo, este peronismo puede conjugarse como la expresión de la lucha conjunta de los trabajadores organizados por la consecución de sus derechos, o bien (y esto es lo que aparece con mayor intensidad) como un énfasis en el papel de Perón como gran hacedor de estas transformaciones.

Son pocos (pero ciertamente también existen en este universo) aquellos trabajadores (ocupados y desocupados) que, en el marco de la valoración positiva del peronismo como promotor de los derechos de los trabajadores, destacan lo que se podría llamar el empoderamiento de los trabajadores. En estos casos, esto se despliega a través de formas cuya difícil lectura no hace sino expresar, según creemos nosotros, la complejidad del peronismo, esa *doble realidad* de la que hablara Torre (heteronomía

---

87 Entre los viejos trabajadores ocupados se hace presente incluso la mención a la inspiración socialista que habría tenido la legislación laboral incorporada en los primeros gobiernos justicialistas.

y carácter de clase de la acción). Esto es, en estos discursos, se destaca tanto el poder que asumían los trabajadores (fundamentalmente a través de sus organizaciones), como el hecho de que dicho empoderamiento se sostenía en el apoyo que significaron los gobiernos de Perón.<sup>88</sup>

De todo lo dicho anteriormente se infiere además que, en uno y otro grupo, la expresión de un *peronismo revolucionario*, es decir, su interpretación en términos que podríamos asir como abiertamente clasistas, es absolutamente marginal. Esto es así aún cuando, de acuerdo a nuestra propia investigación, la presencia de trabajadores con una visión de las relaciones entre clases como antagónicas adquiere significación en este universo, fundamentalmente entre las cohortes más antiguas, pero también en algunos jóvenes.

Sin embargo, sin desmedro de lo ya reseñado, es importante señalar un uso del peronismo que se hace presente con claridad entre trabajadores ocupados y desocupados, y es significativo desde la perspectiva del estudio de las orientaciones obreras. Nos referimos a los entrevistados para quienes el peronismo involucra y reviste un principio de separación social, aunque dicho principio de separación no necesariamente se exprese siempre en términos clasistas. Son estos entrevistados quienes entienden, por ejemplo, que la propia identidad peronista se explica “porque soy pobre, para ser radical hay que tener plata”, o señalan que “el peronismo es para el obrero”, o bien que “el peronismo siempre tira para el pueblo” o “siempre estuvo del lado de los pobres, de los trabajadores”, o que el peronismo es “para los cabecitas negras, toda La Matanza, porque en la Capital eran todos radicales”. O quienes más claramente señalan que “el gobierno peronista siempre va a pelear por el pobre, ésa es la lucha del peronismo, el peronismo, en contra de quién está? De los radicales, los radicales son todos oligarcas, todo para ellos, para ellos, y migajas para los demás, y nosotros?”

Podemos decir que si bien esto no se hace presente en forma articulada en todos nuestros entrevistados, sí parece estar operando entre ocupados y desocupados: si se es pobre, si se es trabajador, si se es de La Matanza, si se es de “acá”, entonces se es peronista. Como diría un entrevistado: “acá no vas a encontrar ningún radical”.

Avanzando un paso más, en algunos pocos entrevistados el peronismo es (o mejor dicho *fue*, como veremos inmediatamente) la expresión política de relaciones más justas entre las clases.

Son estos entrevistados los que claramente conjugan el peronismo en términos de justicia social. Este significado, que se expresa en términos que en una primera aproximación pueden parecer muy cercanos al peronismo de los humildes, guarda con él, sin embargo, una distancia significativa en términos de las orientaciones obreras. Se trata aquí no de un peronismo benefactor con los excluidos, sino de la expresión política de los trabajadores, o bien de los pobres y humildes (según las distintas interpretaciones). En este criterio de justicia opera tanto un principio más fuerte de

---

88 Sobre este punto es insoslayable la riqueza del análisis de Daniel James (1990).

distinción entre clases sociales como un embrionario desarrollo de autonomía. Esta conjugación del peronismo no es tampoco dominante entre los entrevistados más antagonistas de nuestro universo, pero es sólo entre estos entrevistados antagonistas que se hace presente.

Por último, es relevante introducir aquí el rasgo tal vez más frecuente en la significación otorgada (tanto por ocupados como por desocupados) al peronismo con el que se consideran vinculados.

El peronismo con el que se identifican nuestros entrevistados es un peronismo *volcado hacia el pasado*. Esto se expresa sintética y recurrentemente: son “peronistas de Perón”. El peronismo de Perón, más como conjugación de peronismo que como localización de un período específico,<sup>89</sup> se presenta, desde la perspectiva de gran parte de los trabajadores, como un momento de realización de valores que han sido desplazados y condiciones que no han vuelto a repetirse en la historia posterior.

Entendemos que este último rasgo del peronismo de nuestros entrevistados, sobre el que profundizaremos en el próximo capítulo, ayuda también a comprender por qué su articulación con sus orientaciones actuales, si bien puede ser rastreada, es menos estrecha que lo que el investigador pudiera hipotetizar y también menor que aquella observada en investigaciones sobre este punto, realizadas en otro momento histórico (Nun, 1984). Esto es, este peronismo de Perón no se conjuga estrictamente como proyecto (independientemente de que los trabajadores entrevistados puedan, por otro lado, definir sus metas futuras individuales o colectivas y orientarse hacia la acción), por lo que el diálogo con el presente de este peronismo volcado hacia el pasado, es poco intenso.

En esta dirección, el peronismo parece haber perdido fuerza como ideología. Si bien seguramente ha sido significativa su intervención en la modelación de las orientaciones de muchos de nuestros entrevistados, (fundamentalmente de aquellos de las cohortes más antiguas), difícilmente se actualiza hoy como matriz de interpretación del presente.

Este “peronismo de Perón”, que en gran parte de las entrevistas se presenta abiertamente diferenciado del peronismo de los dirigentes posteriores, es el que mantiene un papel legitimante de la propia identidad peronista. El rasgo señalado no implica que la identidad peronista de estos trabajadores deje de operar efectos presentes, tal como observamos al reconstruir sus trayectorias de voto. Sin embargo, y retomando aquí lo señalado por Martuccelli y Svampa (1997), lo dicho nos habla del debilitamiento de su capacidad para articular y expresar las transformaciones socioculturales que se operan en los sectores populares.

En el marco de esta diversidad, nuestros entrevistados muestran un acuerdo general sobre quiénes fueron los sujetos representados por este “peronismo de Perón”.

---

89 En el siguiente capítulo exploramos sobre los períodos de la historia peronista que son incorporados por las prácticas de historización de estos trabajadores.

Desde su perspectiva, los representaba a ellos, esto es, respondía a sus aspiraciones e intereses. Por esto mismo y en tanto las formas de autoidentificación entre los distintos grupos son diversas, los sujetos representados por el “peronismo de Perón” son caracterizados de distinta manera según el grupo de entrevistados al que interpelemos. En efecto, entre los entrevistados peronistas ocupados, representaba a los trabajadores u obreros (8 de cada 10 entrevistados) mientras que entre los entrevistados desocupados o con relaciones extremadamente lábiles con el mercado, representaba en gran parte a los pobres o humildes (cuatro de cada diez entrevistados) y, en menor medida a los trabajadores u obreros (dos de cada diez).<sup>90</sup>

\*\*\*

Hemos señalado que los hombres mayores involucrados en este estudio compartieron experiencias significativas del mundo del trabajo y esto se expresa, al nivel de sus representaciones y orientaciones sobre lo social, en una relativa comunidad de las matrices con las que ocupados y desocupados interpretan estas experiencias pasadas y presentes.

De acuerdo a lo dicho, observamos que no se presentan diferencias significativas en términos de los niveles de adhesión al peronismo entre ocupados y desocupados de las cohortes más antiguas, si bien pueden advertirse diferentes intensidades en cuanto a los distintos significados atribuidos a la experiencia peronista.

Con respecto a los entrevistados más jóvenes, y en el marco de los señalamientos ya realizados sobre los niveles de diferenciación que se abren entre las configuraciones de ocupados y desocupados, valoramos especialmente dos observaciones realizadas en este capítulo.

En primer lugar, junto con discontinuidades intergeneracionales sustantivas en términos de sus orientaciones con respecto a la identidad de clase y la identidad sindical, observamos la fuerte persistencia de la autoidentificación como peronistas entre los entrevistados jóvenes de las fracciones obreras más vulnerables.

En segundo lugar, advertimos la rotunda diferenciación entre este nivel de adhesión y el desgranamiento de la identidad peronista entre los trabajadores ocupados de las mismas cohortes. Este señalamiento, unido a la constatación de la filiación peronista de los hogares de origen de estos asalariados, sugiere también una crisis de las formas de reproducción de esta adhesión que fueran tradicionales entre los traba-

---

90 Esto se articula estrictamente con las formas de autoidentificación dominantes en ambos grupos analizadas en el capítulo anterior: recordemos que, en el caso de los ocupados regulares la propia identidad se define casi con exclusividad en relación con el mundo del trabajo mientras que, entre los desocupados, la autoidentificación dominante es la de aquellos que se reconocen como formando parte de los pobres y humildes de este país, y la referencia directa al mundo del trabajo en la definición de la propia identidad ocupa un lugar secundario.

jadores más viejos: nos referimos tanto al ámbito familiar como las organizaciones sindicales mismas.

Lo observado en nuestro estudio con respecto a los trabajadores desocupados abona en parte los señalamientos realizados por Oviedo (2001), quien afirmaba que los cortes de ruta fueron protagonizados por aquellos que mantuvieron su opción electoral por el peronismo aún después del primer periodo del menemato. Pero, si bien el surgimiento de estas organizaciones se entramó con la crisis del peronismo en los sectores populares que parecía alcanzar su punto más alto hacia 2001, lo que nuestras entrevistas a desocupados nos advirtieron tempranamente, fue que no era pertinente vincular la expansión de estas organizaciones con un derrumbe próximo de la hegemonía política del justicialismo en el conurbano bonaerense. Ciertamente, dadas las coordenadas políticas y sociales que definen la situación de estos desocupados, ellos mismos aparecían frente al investigador (en el momento de auge de sus organizaciones sociales) como el territorio de la lucha cuerpo a cuerpo que, siguiendo a Svampa y Pereyra (2003), se entabló entre las organizaciones de desocupados y la estructura del Partido Justicialista bonaerense. Sin embargo, es relevante considerar que, desde la perspectiva subjetiva de estos trabajadores, su participación en dichas organizaciones no involucró en aquel momento una contradicción con su autoidentificación como peronistas.

La incorporación –posterior al momento de nuestras entrevistas– de parte de las organizaciones sociales (entre ellas, algunas de las que formaron parte del *eje matancero*) a la construcción política kirchnerista, es un corolario no sorprendente a estas observaciones, a la vez que funciona como prisma a través del cual, estas conclusiones toman un cariz más definido.

Por otro lado, esta exploración nos advierte también, que si bien la discusión sobre la crisis de hegemonía se ha centrado en los trabajadores desocupados y los habitantes de los barrios periféricos, quienes aparecen en nuestro estudio como políticamente *vacantes* son los jóvenes trabajadores regulares, sindicalizados e, incluso los jóvenes delegados sindicales. Espacio sobre el cual, la investigación sobre la construcción de identidades se ha detenido con menor frecuencia en los últimos años.

A partir de lo observado, hemos propuesto una hipótesis interpretativa sobre la vinculación entre heterogeneidad social de los trabajadores e identidad peronista en el conurbano bonaerense durante los años 1990: la desindicalización y territorialización del peronismo bonaerense –constatada en otras investigaciones– se corresponde, al nivel de la constitución subjetiva aquí analizado, con una pérdida de la adhesión al peronismo entre los jóvenes sindicalizados y la persistencia de significativos niveles de autoidentificación como peronistas entre los trabajadores más vulnerables.

Como señalamos, esta hipótesis convoca también a una investigación nueva que encare el estudio de la persistencia o no de los fenómenos que le dieron origen y de las configuraciones subjetivas peronistas resultantes en el periodo kirchnerista.

En relación con nuestra exploración sobre los significados del peronismo podemos concluir que se hace presente también, aunque más restringidamente que en lo referido a los niveles de adhesión, una vinculación entre las maneras en que el peronismo es conjugado y la heterogeneidad de las experiencias de los entrevistados en relación con el mundo del trabajo.

Por otro lado, tales significados se articulan e imbrican sólo limitadamente con las orientaciones que asumen estos hombres en otras dimensiones, analizadas por nosotros en el marco más amplio de nuestra investigación sobre las configuraciones subjetivas.

Esta articulación también aparece aquí como más débil que la observada en estudios realizados con anterioridad a la última dictadura militar (Nun, 1984). En relación con aquel periodo, encontramos una conjugación en general más magra del peronismo, con una riqueza menor en los significados atribuidos y vinculada más con el pasado que con el futuro, con poca actualización del mismo como marco de inteligibilidad de la situación actual de los trabajadores entrevistados.

Localizamos una interpretación extendida del peronismo que valora sus contenidos distribucionistas. Ésta se enfatiza como peronismo de los humildes, particularmente entre los hombres desocupados y con trayectorias socio-ocupacionales más erráticas. Este tipo de significado del peronismo dominante en el universo de los desocupados sería actualizado, desde nuestra perspectiva, no solamente por la interpelación de la versión oficial del peronismo bonaerense y por el soporte relacional específico vinculado a la red clientelar del Partido Justicialista (Auyero, 2001) ya comentado, sino también por la experiencia actual de estos hombres como desplazados de la fuerza de trabajo activa y, por tanto, transformados en población asistida directa o indirectamente por el estado.

La valoración de estos contenidos se acompaña, en parte de los ocupados y desocupados mayores de 40 años, con una conjugación del peronismo como dador de derechos, particularmente como promotor de derechos del trabajador. Este significado es secundario en estas cohortes, pero es entre ellas que adquiere alguna relevancia. Es también entre los hombres de estas cohortes, ocupados y desocupados, que se expresa, como dijimos, una conciencia mayor del papel de los trabajadores en la sociedad capitalista y la necesidad de una defensa colectiva de sus intereses comunes. Entendemos que esta experiencia en el mundo del trabajo de los entrevistados de estas cohortes más antiguas, si bien ciertamente no determina, sí brinda un contexto a partir del cual el peronismo se decodifica en estos términos. Todos estos son contenidos que hablan de una matriz sociocultural que estaría siendo desplazada entre los entrevistados más jóvenes.

## CAPÍTULO V

### Prácticas de historización entre trabajadores desocupados<sup>91</sup>

Señala Andreas Huyssen (2002), que uno de los fenómenos culturales y políticos más sorprendentes de los últimos años es el surgimiento de la memoria como preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales. En nuestros países latinoamericanos, el surgimiento de dicha preocupación tiene un contenido político bastante más específico, vinculado con las luchas por la verdad y la justicia en relación con las dictaduras de los años 1970 y 1980 y sus políticas genocidas. Particularmente en Argentina, distintos actores sociales han asumido este mandato de *recordar*, que es, en rigor, asumir un lugar en la lucha por la interpretación y significación de ese pasado (Jelin y Kaufman, 2001). El trabajo que presentamos aquí busca, sin embargo, acercarnos a las prácticas de elaboración del pasado en otros territorios sociales y culturales no autoidentificados *a priori* como uno de estos actores de las luchas por la memoria de lo ocurrido en el pasado reciente de la Argentina y no interpelados usualmente al respecto. En esa dirección, hemos realizado una exploración sobre algunas de las formas de representación, elaboración y significación del pasado reciente, que se hacen presentes entre los trabajadores desocupados, población objeto privilegiada de nuestra investigación. En particular, el estudio que se presenta en este capítulo, se basa en las 30 entrevistas en profundidad realizadas en marzo y abril de 2001.

Las prácticas de historización se analizarán como parte del estudio sobre las orientaciones de los trabajadores. Esto es, nuestro interés no es la reconstrucción del pasado reciente a través de estos testimonios (objetivo que, por otro lado, supondría una metodología que compulse estos testimonios con otro tipo de fuentes historiográficas), sino que analizamos estos discursos, así como otros relevados, como indicadores manifiestos de la identidad presente de nuestros entrevistados.

En tanto la memoria es un determinante básico en la formación de las orientaciones sociales y políticas,<sup>92</sup> nuestra propuesta de investigación involucró no sólo el

---

91 Una versión preliminar de este capítulo fue publicado como “La recurrencia del recuerdo. Prácticas de historización entre trabajadores desocupados del conurbano bonaerense”, en *Prohistoria*, Año IX, núm. 9, Rosario, primavera de 2005, pp. 153-178. Agradezco a Elizabeth Jelin los comentarios realizados a la primera versión de este trabajo, presentada en el marco de su seminario de doctorado en la Facultad Ciencias Sociales, UBA.

92 Moscoso por ejemplo, señala que la memoria es el modo en que es procesado el resultado de confron-

interés de estudiar las formas de representación del pasado por parte de estos trabajadores sino también las formas de incorporación (o no incorporación) de la experiencia pasada al presente.

Asimismo, desde la perspectiva que guió este trabajo, no asumíamos a nuestros entrevistados como inscriptos en un territorio social que se limita a incorporar pasivamente representaciones y significaciones del pasado producidas por otros. Tampoco los presuponíamos como necesariamente portadores de una memoria subalterna espontánea, verdadera o resistente. Antes bien, nos preguntábamos justamente cuáles son las relaciones que se establecen entre culturas dominantes y subalternas en este campo. Entendemos que las memorias no se construyen por fuera o por arriba de las diferencias de clase, de género<sup>93</sup> y étnicas. Por el contrario, aquellos eventos que pudieron tornarse significativos para determinado grupo social pueden no serlo para otro o bien involucrar una significación distinta, por lo que las representaciones con respecto al pasado, como todas las representaciones sobre lo social, están siempre condicionadas por aquellas coordenadas que definen la propia identidad. En esa dirección, estuvimos atentos a localización de contenidos al menos parcialmente alternativos, esto es, a las maneras en que las narrativas de nuestros entrevistados pudieran ser una expresión de una experiencia *desde abajo* y cuál era el carácter de la misma.

Con esta serie de inquietudes abordamos este acercamiento a las prácticas de historización dominantes en este universo. Retomamos el término *prácticas de historización*, presentado por Roxana Guber (1996), para enfatizar con ella, los “aspectos creativos y procesuales de los usos del pasado, contrastando con la memoria considerada como contenido y archivo donde se almacenan hechos pretéritos”. Por *prácticas de historización*, Guber hace referencia a “la selección, clasificación, registro y reconceptualización de la experiencia, donde el pasado se integra y recrea significativamente desde el presente a través de prácticas y nociones socioculturalmente específicas de temporalidad, agencia y causalidad”.

Entendemos que estas prácticas involucran necesariamente una gramática temporal, esto es, una disposición de los hechos en un eje temporal que es lo específico de una práctica histórica (académica y no académica). Esta construcción no siempre supone lo que para el investigador pudiera aparecer como la *asignación correcta* de un antes y un después. Pueden, por el contrario, hacerse presentes criterios de tempo-

---

taciones sociales anteriores, pudiendo actuar durante generaciones (1992).

93 Dado que los desocupados entrevistados son varones, las observaciones realizadas no se extienden a trabajadoras mujeres. Estudios particulares sobre esta materia nos advierten sobre las diferencias entre las prácticas de historización de varones y mujeres, no sólo en cuanto a los contenidos específicos que tendencialmente serían materia del recuerdo y la significación otorgada a los mismos, sino fundamentalmente en cuanto a las formas de organización de las narrativas y a los referentes sociales y espaciales que se incorporan en el relato (Portelli, 1997; James, 2000). Algunos trabajos realizados sobre Argentina (Auyero, 2001; Jelin, 1996; Jelin y Kaufman, 2001; James, 2000) han avanzado en distintos tópicos referidos a las representaciones y significaciones del pasado entre las mujeres de los sectores populares de nuestro país.

ralidad no siempre idénticos y aún diversos de aquellos que operan en la representación lineal.

Asimismo, la práctica de historizar no es sólo la selección de hechos relevantes y su ordenamiento temporal, sino también la puesta en relación que puede establecerse entre los mismos, a la manera de un código cuyos pictogramas se tornan comprensibles en el marco del discurso que los incorpora y los relata. Por otro lado, pueden hacerse presentes formas distintas de organizar las propias narrativas, de acuerdo, entre otros elementos, a los referentes sociales y espaciales que se incorporen al relato (Portelli, 1997).

Del resultado de la observación de estos aspectos involucrados en las prácticas de historización de nuestros entrevistados, damos cuenta en este capítulo. En el mismo se analizan las formas que asumen las referencias al pasado, en términos de la organización del campo temporal y de los niveles de relaciones sociales involucrados en estas prácticas. Se observan, en particular, las articulaciones que se establecen entre un pasado común y la biografía personal, así como la intensidad con la que se incorpora subjetivamente la esfera pública como área de relevancia.

Asimismo, se localizan los contextos históricos concretos considerados recurrentemente como sustantivos y la significación otorgada a los mismos desde la perspectiva de los entrevistados. En este tópico, el análisis de las formas que asume la elaboración de la historia peronista, se engarza con lo presentado en el capítulo anterior, y lo profundiza, para el caso de los beneficiarios de empleo.

Por último antes de adentrarnos en nuestro análisis, es relevante enfatizar que el mismo está acotado y anclado al momento de las entrevistas: las memorias son ellas mismas históricas y, por lo tanto, abiertas. Otros contenidos y significaciones sobre los eventos del pasado pudieron producirse o activarse entre estos mismos hombres, a partir de nuevas experiencias posteriores.

### **Prácticas**

Como ha sucedido con otros aspectos explorados en este libro, las prácticas de historización observadas presentan regularidades y variaciones asociadas, en parte, a las diferencias etarias. Esta constatación no es ciertamente sorprendente en tanto sabemos que el momento del curso de la vida en que ocurrieron determinados acontecimientos es un factor crucial que marca la manera en que estos son vividos (Jelin y Kaufman, 2001), por lo que algunos contextos históricos tienden a tornarse significativos para las distintas cohortes y, en forma más general, pueden compartirse formas y claves interpretativas a través de las cuales se elabora el pasado. Por este motivo, y en concurrencia con lo realizado en los capítulos anteriores, organizamos nuestra exposición atendiendo justamente a las distintas edades de nuestros entrevistados.

*Las cohortes más antiguas*

Los desocupados mayores de 55 años al momento de la entrevista, son aquellos que vivieron los primeros gobiernos de Juan D. Perón siendo niños. Para ellos, el primer peronismo tiende a ser un contexto histórico significativo de sus propias biografías, cuya rememoración se produce en distintos momentos de las entrevistas:

“...en el tiempo de Perón, antes del ‘55, que yo me recuerdo que mandé una carta a Evita, me mandó dos bolsas llenas de ropa, zapatillas, una pelota de fútbol también me mandó. El peronismo de Perón, qué diría que fue lo más importante?, la mujer que tenía, él estaba bien por la mujer, lo ayudó mucho, diga que se murió, sino [...] Ojalá que hubiera otra mujer como esa, pero no [...], pienso yo [...] por lo que vi”.

“Cuando iba al colegio, estaba Perón y Evita. Si faltaba calzado, vos ibas al colegio, te miraban el que tenía roto el calzado y ya te entregaban otro. Te faltaba una hoja para terminar el cuaderno y ahí te daba otro cuaderno nuevo, así, que por lo menos morfi no te faltaba. Así que vos en esa temporada por el calzado, por los guardapolvos, por el calzado, no tenías problemas, y eso no sé qué año era, pero era la época de Perón y Evita.

P: ¿usted era muy chico?

R: sí, te daban galleta, te daban leche, si vos te ibas, si salías del colegio sin comer, ahí te hacían. Eso fue lo mejor y después empezó, cuando yo ya era más grande, empezó, si querías zapatillas, tenías que comprarte vos, si no tenías morfi, tenías que poner vos de tu bolsillo. Eso era antes, así que nosotros íbamos al colegio, comía o no comía, teníamos que comer.

P: ¿y recuerda algún otro hecho?

R: no.

P. así que ese es el único hecho importante para usted.

R: sí. Porque no pensábamos si nuestros viejos nos iban a comprar unas zapatillas, siempre íbamos al colegio y te miraban las zapatillas y ya a la tarde tenías zapatillas. Ahora no tenés cuaderno, no tenés libros, tenés que ponerte vos y con lo poco que ganás, por lo menos, un suponer, que yo tenga cinco o seis hijos, cómo le voy a comprar

un cuaderno, un libro, si tengo que mandar tres, cuatro, en el colegio. No le mando y ya está. Ese es el problema de ahora. Antes no. Vos tenías hijos, y eso es lo que tiene que hacer el gobierno, cuando ve que vos tenés cuatro o cinco hijos, que mande casa por casa, si tiene cinco hijos, cuánto ganás, tanto, bueno, ahí tenemos que darle la ayuda.

P: así que la época de Perón y de Evita, otro hecho no?

R: No, porque ahí se viene en pendiente. Se viene cayendo desde ahí”.

En estos casos, y en relación con los ámbitos de relaciones que se hacen presentes en la elaboración del recuerdo de los primeros gobiernos peronistas, los eventos de la esfera pública se entraman con la biografía personal, estableciendo una vinculación cuya intimidad y afectividad difícilmente se repita, en este universo, con otros eventos de la historia social y política del país.

Asimismo, el primer peronismo es un hito a partir del cual organizar la historia social del país o bien la historia de los trabajadores, es un punto de inflexión significativo que permite una periodización sintética. Porque, como dice nuestro segundo entrevistado, el primer peronismo es para muchos, un estado a partir del cual “se viene cayendo”.

Queremos hacer hincapié sobre esta capacidad *organizativa* del peronismo en relación con el campo temporal, dada la importancia que cabe a una periodización en toda interpretación del pasado. Si bien la periodización es uno de los procedimientos más comunes en la construcción de un discurso histórico (Portelli, 1997: 99), es también uno de los más comprometidos. Toda periodización involucra la puesta en relación de un evento con todo el campo temporal, y dentro de este campo, la localización de puntos de inflexión significativos, de continuidades y quiebres y, por lo tanto también, de posibles causas y consecuencias (Passerini, 1987).

Por último, el peronismo como contexto histórico significativo (con las características reseñadas), se circunscribe aquí a los años de los primeros gobiernos de Perón. Este elemento pone de relieve el trabajo de *selección* que tiene lugar en toda práctica de historización: en estas narrativas, ni el periodo de la llamada resistencia peronista, ni el camporismo, ni el tercer gobierno de Perón, son mencionados ni incorporados a la versión de la historia peronista que se entrelaza significativamente con las historias de vida de estos trabajadores. Este señalamiento cobra relevancia al considerar que estos últimos eventos sucedieron durante el periodo que sería considerado tradicionalmente como políticamente formativo en la vida de estos entrevistados, mientras que, por el contrario, los años del primer gobierno peronista son anteriores al mismo. Asimismo, esta observación ejemplifica sobre el juego entre aquello vivido y aquello transmitido, que opera en el trabajo de la memoria: si bien es innegable que la recepción de los útiles escolares y las zapatillas, son hechos vividos por estos entrevistados

como niños, la significación otorgada a los mismos supone, desde el inicio, un elemento de transmisión intergeneracional.

En las entrevistas de los trabajadores desocupados de la cohorte posterior, esto es, aquellos que siendo mayores de 45 años al momento de la entrevista no llegaron a vivir los primeros gobiernos peronistas en su infancia, el peronismo tiende a perder este carácter de contexto histórico significativo de la propia biografía. Este desplazamiento es absolutamente previsible en lo que concierne a los primeros gobiernos peronistas, en tanto responde naturalmente a la no contemporaneidad de estos y las biografías personales de esta cohorte. Sin embargo, con algunas excepciones a las que nos referiremos más adelante, los entrevistados de esta cohorte (tal como sus compañeros más viejos) tampoco tienden a incorporar otros eventos posteriores de la *historia peronista* como contextos significativos.

Para la mayoría de los desocupados entrevistados peronistas de esta cohorte, este desplazamiento involucra además, un doble movimiento. Por un lado, en tanto periodo no vivido personalmente, los años del primer gobierno peronista se retoman como referencia recibida a través de la transmisión (fundamentalmente la transmisión familiar) para preservar intensamente su carácter de legitimante de la propia identidad peronista.

Por otro lado, gran parte de estos entrevistados presentan una tendencia a la rememoración de la propia biografía en una clave eminentemente privada, no articulando ningún evento de carácter público como encuadre significativo de sus propias vidas. El eje a partir del cual estructurar su propia biografía está dado reiteradamente por su relación con el mundo del trabajo, que actúa como principio organizativo de una cronología construida en relación con logros o fracasos en este espacio de relaciones. La propia biografía se periodiza construyendo periodos positivos o negativos, determinados por si había *mucho* o *poco* trabajo y por el momento que, como consecuencia de los logros en ese campo, se accede al terreno y a la vivienda propia. Este ámbito de relaciones es representado, en algunos casos explícitamente, como ajeno a todo contexto político. Las referencias en ese sentido son abundantes.

“Yo, como siempre trabajé, yo nunca me puse a ver si tal gobierno o tal gobierno”.

“Lo importante para mí era querer trabajar y tener una casa. Cuando llegué acá y pude trabajar. Nunca pensé en la parte política. [...] vivía siempre pensando en lo mío”.

Será pertinente agregar que, independientemente de que pueda ser conceptualizada por nosotros como una relación de carácter político, la adhesión al peronismo es presentada, desde la perspectiva de la mayoría de estos entrevistados, como un hecho de la esfera privada. La misma es entendida como un sentimiento, ya sea negando la propia pertenencia a toda organización política al tiempo que se afirma la identidad

peronista, o bien remitiendo al famoso “yo, en política no me meto, soy peronista”. Por lo que esta adhesión parece apoyarse en lo que Nun (1984) ha referido como una *memoria privada* del peronismo.

Esta última forma de representación del pasado en clave privada parece contrastar con la de aquellos mayores, anteriormente mencionados, que han vivido una *época de oro* del peronismo y lo entran en su biografía personal. Unos y otros, sin embargo, forman parte de distintas cohortes de un mismo territorio social y cultural, fuertemente involucrado en los primeros años de la experiencia peronista y que probablemente no haya experimentado una interpelación posterior de igual intensidad por otro proyecto o acontecimiento político. En esa dirección, para quienes la vivieron en su infancia, la experiencia de los primeros años del gobierno peronista es un contexto histórico significativo que puede ser entramado cronológicamente en su biografía personal. No es audaz afirmar que los primeros años del peronismo involucran para estos sectores sociales, un canal abierto entre el mundo doméstico y comunitario y la esfera política nacional, una imbricación entre lo privado y lo público, entre la biografía y la historia. Por tanto, estos años aparecen subjetivamente, en las prácticas historizantes de estos trabajadores, como aquello que efectivamente fueron: una instancia decisiva en la ciudadanización e integración social de los trabajadores argentinos.<sup>94</sup> El peronismo de esos años es vivido, a diferencia de otros eventos de la historia posterior, no como algo que simplemente pasó, sino como aquello que *les* pasó a estos trabajadores,<sup>95</sup> ya sea en términos biográficos o en términos de una identidad transmitida intergeneracionalmente. Por su parte, para quienes no lo vivieron pero participan de una misma identidad política, el primer peronismo mantiene su papel legitimante de la propia identidad peronista, pero pierde naturalmente su carácter de contexto histórico de la propia vida, mientras que eventos públicos posteriores aparecen (por razones en las que nos detendremos más adelante) como experimentados con cierta relación de exterioridad, por lo que las narrativas tiende a construirse en clave eminentemente privada.

Por otro lado, encontramos excepcionalmente a dos entrevistados peronistas de esta segunda cohorte, para quienes el contexto histórico significativo de su propia biografía se traslada al tercer gobierno de Perón. Entre estos últimos entrevistados, aparece una forma de incorporación de la “época de Perón” a la propia biografía que,

94 Sobre el carácter social de este proceso ver Marín (1996). Sobre los rasgos particulares asumidos por este proceso en el marco de la experiencia peronista véase James (1990).

95 De los señalamientos aquí presentados dan cuenta tanto lo que dicen como lo que no dicen nuestros entrevistados al hablar de su vida y de la historia del país, así como una serie de situaciones que observamos y registramos a lo largo de las entrevistas. Por ejemplo, la protagonizada por un entrevistado, quien no había mencionado en ningún momento la última dictadura militar, por lo que hacia el final de la entrevista le preguntamos: “Recuerda Ud. el último golpe militar? R: Sí, el de 1955”. En el mencionado contexto, entendemos que la traslación de fechas es un síntoma de aquello que había quedado claro a lo largo de la entrevista: lo sustantivo desde la perspectiva de este entrevistado sucedió hasta el golpe de 1955, lo que vino después carecía de toda textura subjetiva.

con variaciones, encontraremos en algunos entrevistados más jóvenes: la “época de Perón” no tiene una temporalidad muy clara y puede asimismo, condensar los distintos gobiernos de Perón. Ciertamente esto no es un error de quienes así elaboran sus recuerdos sino más bien una forma característica del trabajo de la memoria sobre el pasado. Como señala Portelli, distintos hechos discriminados por los historiadores pueden condensarse y existir simultáneamente en la *Gestalt* de la memoria y una vez que un determinado evento ha sido seleccionado como significativo, detalles de otros eventos o situaciones se incorporan a estos (1997: 101). Asimismo, esta temporalidad indefinida, que a su vez puede condensar la época dorada peronista con el último gobierno del líder, es incorporada a la propia biografía personal, sin precisar ciertamente su pertinencia cronológica, pero como claro indicador de cómo aquel periodo ha operado en la construcción de la propia identidad del entrevistado.

Retomando lo señalado en el capítulo anterior, digamos que el contenido que asume el peronismo en la representación de los entrevistados de las dos cohortes más antiguas es mayormente el del peronismo de los humildes que, en contraposición con otros significados posibles (en parte visitados en el capítulo anterior) nos presenta una imagen pasiva del papel de las clases subalternas en esa relación con sus líderes, una imagen de perceptores más que de actores del proceso histórico. Al respecto, es pertinente advertir que, en la rememoración del periodo fundante del movimiento peronista, no aparece enfatizado entre estos entrevistados desocupados el papel de los trabajadores ni el de sus organizaciones corporativas.<sup>96</sup>

Ahora bien, en tanto estimamos que uno de los aspectos más relevantes de los estudios de la memoria reside en entender la dinámica política que se establece entre pasado, presente y futuro, será pertinente avanzar algunas observaciones más en relación con cómo opera esta memoria extendida de aquel periodo añorado, especialmente entre los entrevistados que se reconocen como peronistas. Ciertamente, como ya comentamos, es una memoria que legitima la propia adhesión al peronismo. En rigor, la forma en que se relacionan con el peronismo la casi la totalidad de estos entrevistados dista de poder ser conceptualizada como una *adhesión*: no es una opción entre otras sino un alineamiento que aparece con el peso de lo estructural. Todos nuestros entrevistados peronistas de estas dos cohortes han *nacido* peronistas, son peronistas por *descendencia*, sus padres fueron peronistas, y hasta hay quienes asumen que sus abuelos (a quienes no conocieron) fueron peronistas porque “qué otra cosa podrían ser?”

La memoria de los primeros años peronistas es la del momento fundante de esa identidad. Desde la perspectiva de estos trabajadores, se presenta como un momento de realización de valores que han sido desplazados y condiciones que no han vuelto a repetirse en la historia posterior. Se trata de un pasado que contrasta con el presente de

---

96 Al respecto, véase Torre (1990, 1995).

la entrevista y que, en las mismas representaciones de estos hombres, aparece como difícilmente integrable a la cultura política en ese momento dominante.

Sin embargo, no por ello se presenta como activamente alternativa a esta cultura<sup>97</sup> y raramente se actualiza como matriz de interpretación del presente. Como adelantamos ya, quizás el elemento clave al respecto sea que, en la representación de estos entrevistados, no había ninguna expectativa de un horizonte futuro<sup>98</sup> en el que se fuese a realizar este “peronismo de Perón”, por lo que, esta memoria de aquellos años dorados del peronismo no aparecía en diálogo con el presente de la entrevista.<sup>99</sup>

Si bien no hay otro evento que se entreme tan compleja e íntimamente con la identidad de los sectores que estamos estudiando como los gobiernos de Perón, algunos trabajadores peronistas y no peronistas de estas cohortes, traen al momento de la entrevista otros contextos también considerados significativos.

Es el caso de la última dictadura. Al respecto, nos interesa presentar algunos comentarios referidos a la intensidad con que este periodo es considerado espontáneamente como un encuadre relevante desde las representaciones de estas cohortes, y a la forma en que el mismo es conjugado en una gramática temporal, esto es, de qué manera se articula, en la representación de estos trabajadores, con otros eventos anteriores y posteriores, articulación que puede involucrar una significación e interpretación.

Entre las dos cohortes más antiguas, que son quienes vivieron la dictadura como adultos, ésta es actualizada como un evento contemporáneo relevante por sólo cuatro de los trece entrevistados. En dos de los mismos, esto se vincula con la desaparición forzada de sus familiares no directos.

En estas menciones espontáneas la significación otorgada a este evento no es unívoca. Por un lado, la dictadura militar es evocada a partir de su contenido de muerte y terror, pero al mismo tiempo, se enfatiza con relativa independencia lo que son consideradas como condiciones relativamente favorables imperantes en el mercado de trabajo durante ese periodo. Por ejemplo:

“Pienso que yo empecé a trabajar en tiempo de la dictadura, en ese tiempo se podía trabajar bien, yo por lo menos tuve trabajo y el tiempo de la dictadura era jodido, sin embargo trabajé muchos años. Lo único que me acuerdo bueno de la época de ellos es que había trabajo, otra cosa, no, porque mataron a gente, gente que no tenía nada que ver, eso me acuerdo malo de ellos”.

---

97 Para las distinciones que aquí realizamos ha sido sugerente Williams (1980).

98 Sobre la dinámica entre pasado, presente y futuro, y en particular la relación entre el *espacio de experiencia* y el *horizonte de expectativa*, véase Koselleck (1993: 333-358).

99 Ciertamente, al momento de la presente publicación, es oportuno avanzar la hipótesis que esta expectativa pudo transformarse a partir de la experiencia abierta en 2003, lo que convoca a la investigación con respecto a los cambios posteriores en algunos de los rasgos centrales de las formas de historización del peronismo que hemos localizado en este estudio.

“Yo trabajé tranquilo, tuve trabajo todo el tiempo del gobierno militar. Yo, durante el gobierno militar, siempre tuve trabajo. También se podía estar bien porque teníamos trabajo y teníamos un poco más de seguridad, pero no para todos. La seguridad era para algunos [...] Porque no había tanta gente desocupada, el que quería trabajaba, realmente trabajaba, y aparte el que no quería trabajar, que era vago, lo obligaban a trabajar. Yo tengo personas conocidas que vivían en la villa, y dice que entraban los militares muchas veces y al que no quería trabajar, lo llevaban preso, así que tenía trabajar obligado, obligado tenía que ir a trabajar”.

Debemos señalar que la vinculación que aquí se establece entre la dictadura y condiciones relativamente mejores en el mercado de trabajo forma parte de un discurso especialmente difundido entre las cohortes que estamos estudiando. En esta dirección, y a contramano de las consideraciones que han llevado a reflexionar sobre el carácter de revancha clasista (O'Donnell, 1997; Basualdo, 2000) que tuvo la última dictadura militar, un entrevistado asegura:

“Para un obrero, los militares estuvieron bien y encima el patrón tampoco, no verdugueó a los obreros, les pagaba como correspondía, les pagaba en término, el obrero no se podía quejar. El sindicato también, el sindicato venía, te defendía como correspondía. Así que yo los militares no tengo nada que quejarme, yo, personalmente”.

Por un lado, entendemos que la recuperación del pasado centrada en estas dimensiones se ve en parte propiciada por la situación de desempleo prolongado y extrema necesidad que experimentan estos trabajadores. Asimismo, frente al deterioro de sus inserciones en el mercado de trabajo, los contextos en los que las propias trayectorias laborales aparecían como promisorias o relativamente estables son, por contraste, valorados positivamente.

Por otro lado, sin embargo, este tipo de recuperación se vincula con un rasgo ya comentado, presente en algunos de nuestros entrevistados. Nos referimos a la primacía otorgada a la propia situación laboral inmediata como parámetro para la significación de los distintos momentos de la historia social que les ha tocado vivir.<sup>100</sup> Será pertinente adelantar aquí que este rasgo, difundido entre los entrevistados mayores de 40 años será desplazado en la cohorte siguiente.

Nuestra interpretación es que tal primacía podría no ser ajena a la clausura unilateral de la escena pública y la compulsiva privatización de la vida (Ozłak, 1984)

100 En el análisis de las formas de conciencia social del conjunto de los trabajadores de esta cohorte, presentado en el capítulo cuarto, habíamos localizado a estos desocupados como expresando un perfil en el que aparecían desdeñados los componentes clasistas y corporativos que reconocíamos en sus coetáneos, a la vez que se caracterizaban, en general, por una menor problematización con respecto a la estructura y el conflicto social.

operada, en su momento, por el mismo poder dictatorial, y que puede ser interpretada dentro de sus efectos de larga duración sobre la subjetividad de quienes fueron sus contemporáneos.

En un estudio exploratorio sobre los efectos *microsociales* del poder dictatorial llevado a cabo en aquel periodo, O'Donnell observaba que las acciones que el régimen desplegaba para lograr la despolitización de la sociedad realizaban sus objetivos en la extrema privatización de las preocupaciones: desde la perspectiva de los entrevistados para aquel estudio “la vida se trataba del trabajo y la familia y de manera eventual, con suerte, de comprar los objetos electrónicos que el gobierno permitía importar como pan para sus súbditos” (O'Donnell, 1997: 154). A nuestro entender, esta suerte de “aprimamiento de la visión” que refiere el autor es la que se expresaría también aquí, permeando todavía las prácticas de historización de los trabajadores. Digamos, además, que el éxito de tales políticas puede rastrearse en los únicos apoyos abiertos a la dictadura que aún encontramos entre nuestros entrevistados, y que se hacen presentes, exclusivamente, en estas cohortes.

Por otro lado, si bien el gobierno militar trató de legitimar su propia intervención, y aún su práctica genocida, como salida única frente a lo que presentaba como el “caos” de la movilización popular combativa anterior, son pocos los entrevistados que espontáneamente conjugan la dictadura con imágenes del carácter armado que asumió la confrontación política en los tempranos años 1970. Y las mismas no operan aquí legitimando tal intervención.<sup>101</sup>

En el otro extremo cronológico, en dos de los entrevistados contemporáneos a los hechos, este periodo es conjugado con la reinstauración posterior del estado de derecho, valorada positivamente.

Por último, el conjunto de los trabajadores de estas cohortes no parece establecer espontáneamente, en términos generales, ninguna relación de causalidad entre el gobierno militar y sucesos posteriores en la historia contemporánea. Consistentemente, ninguna periodización se inicia en el relato de nuestros entrevistados a partir de la dictadura militar. Esta ausencia de una consideración espontánea de las consecuencias a largo plazo de la dictadura se observa independientemente de las heterogéneas posiciones que al respecto sustentan los trabajadores.

Tomando el conjunto de las observaciones realizadas en torno a las representaciones sobre la dictadura militar entre estas cohortes, nos interesa agregar algunos últimos señalamientos.<sup>102</sup>

101 Un trabajador no peronista de 45 años al momento de la entrevista, es el único de todos nuestros entrevistados (de todas las cohortes) que espontáneamente hace presente la actuación de las organizaciones político-militares como hecho relevante. Esta referencia marginal contrasta fuertemente con lo reseñado en una investigación realizada en la provincia de Tucumán por Isla y Taylor (1999).

102 Nos basamos para ello no sólo en las observaciones realizadas entre los entrevistados que han mencionado espontáneamente a la dictadura militar sino en lo explorado con respecto al conjunto de los trabajadores de estas cohortes. En tanto la exploración sobre el posicionamiento en relación con la última dictadura militar y la desaparición forzada de personas, así como la significación otorgada a los

Sabemos que si bien la historia de la República Argentina del siglo XX se ha caracterizado por sistemáticas interrupciones del estado de derecho, la dictadura militar de 1976 se diferenció de los anteriores golpes de estado. Las políticas llevadas adelante durante la misma se orientaron a producir un quiebre histórico en el modelo económico-social vigente hasta ese momento, como vía para el disciplinamiento social. Aunque no llegó a delinear una estrategia alternativa a la de la sustitución de importaciones, impuso sí una alteración en las relaciones de fuerza entre el capital concentrado (que vio fortalecido su poder económico social) y las otras fracciones del capital, así como entre el capital y la clase obrera, más vulnerable a los nuevos requerimientos de la acumulación capitalista.

En contraste con esta caracterización (sobre la que existe amplio consenso en las ciencias sociales)<sup>103</sup> observamos en la representación de nuestros entrevistados, una débil vinculación de la dictadura con otros procesos posteriores. En todo caso, la dictadura puede ser considerada un evento desgraciado, pero del que no se derivan, como tendencia dominante en la significación dada por estos hombres, consecuencias actuales de gran relevancia.

En segundo lugar, y más específicamente, no observamos una tendencia dominante a la atribución de un carácter social específico a las políticas dictatoriales.

En tercer lugar, hemos visto que, si bien la gran mayoría de los entrevistados contemporáneos a los hechos son peronistas, fueron especialmente pocos quienes significaron la dictadura militar como particularmente enfrentada a esta identidad política de la que participan. En particular, si bien un porcentaje sustantivo de los desaparecidos reivindicaban su carácter peronista, este rasgo es mencionado sólo marginalmente por nuestros entrevistados al ser consultados al respecto, aún por aquellos contemporáneos a los hechos.

Las representaciones al respecto no son homogéneas, pero los elementos recién destacados pretenden enfatizar lo que debemos reconocer como cierta relativa ajenidad (social y política) con la que gran parte de los hombres entrevistados se relacionan con los hechos de referencia, aún entre quienes adoptan una posición condenatoria basada en una sentida defensa de los derechos humanos. Esta ajenidad última se nos aparece, en su pesadez, no tanto como resultante de una reelaboración posterior, sino como expresión de una perspectiva desde la cual los hechos fueron vividos, que las sucesivas coyunturas de reprocesamiento de los mismos, por lo menos hasta el momento de la entrevista, no lograron desarticular.<sup>104</sup>

---

mismos, era uno de los objetivos específicos de nuestro programa de investigación de más largo plazo, se incorporó una guía de preguntas hacia el final de la entrevista para conversar con los entrevistados sobre el periodo. De tal manera que, cuando los entrevistados no hubiesen considerado estos eventos de forma espontánea durante la entrevista, se los inquirió directamente al respecto.

103 Véase especialmente Azpiazu, Basualdo y Khavisse (1987) y Basualdo (1996).

104 Estas observaciones son coincidentes con lo señalado por O'Donnell, al afirmar que el repliegue político de una parte importante de sus entrevistados se localiza temporalmente con anterioridad a la emergencia del régimen dictatorial de 1976. Sin embargo, no interpretamos este repliegue como la

Estos señalamientos abren también el interrogante sobre la medida en que las representaciones sobre la dictadura militar de estos trabajadores fueron a su vez conmovidas y transformadas a partir de la política de la memoria desplegada posteriormente por el kirchnerismo. La pregunta es relevante en tanto se trata de una política activa, implementada desde el estado, y originada en un gobierno peronista, identidad compartida por una mayoría de estos trabajadores.

Para finalizar el análisis de las prácticas de historización de esta cohorte, digamos que los últimos contextos relevantes considerados son la hiperinflación de fines del gobierno alfonsinista y su articulación con el programa de estabilización macroeconómica menemista. Estas menciones son menos frecuentes que la de los contextos ya comentados. La rememoración del gobierno alfonsinista cobra mayor intensidad dramática en los pocos casos en que los entrevistados sufrieron la pérdida económica de aquello que habían logrado durante largos años de trabajo y ahorro. Por su parte, el primer periodo del menemato es valorado positivamente, en contraste con el contexto anterior, pero se significa también como causante del posterior contexto de hiperdesocupación.

En relación con las representaciones sobre el menemato, la mayoría de nuestros entrevistados, preguntados puntualmente al respecto, consideraron que la situación de su familia fue relativamente mejor durante el primer gobierno de Menem en comparación con el resto de los gobiernos de las últimas tres décadas anteriores al estudio. Los criterios que operan en esta evaluación son una valoración positiva del plan de estabilización macroeconómica y lo que consideran mejores condiciones relativas del mercado de trabajo durante el periodo. Es pertinente agregar que, a pesar de la filiación peronista de dicho gobierno, esta evaluación no parece involucrar, como en el caso de los primeros gobiernos peronistas, un compromiso importante con el mismo por parte de nuestros entrevistados. Es interesante anotar que en las entrevistas realizadas posteriormente, en la segunda etapa de nuestro trabajo de campo, la evaluación relativamente positiva del primer gobierno de Menem se fue matizando y se presenta acompañada, con mucha mayor intensidad, de consideraciones acerca de las consecuencias negativas a más largo plazo que tuvieron las políticas implementadas en aquél periodo. Esto sugiere la presencia de un acelerado proceso de reinformación y reelaboración del pasado más reciente.

---

resultante de lo que el autor describe como una “tendencia psicológica y políticamente regresiva de aspirar a la emergencia de un poder supremo que garantice cierto orden”, después “de un periodo vivido como la suma del caos, la violencia y la incertidumbre” (O’Donnel, 1997: 141). Antes bien, consideramos que esta ajenidad sería expresión del éxito de una política más específica que buscó la neutralización de las fracciones ideológicamente más débiles de los sectores populares y el aislamiento de los cuadros sociales y políticos del movimiento popular, construyendo las condiciones en las cuales el genocidio iba a desenvolverse. Sobre esto es sustantiva la investigación de Marín (1996).

*La cohorte intermedia*

Entre los desocupados entrevistados de la cohorte intermedia, encontramos formas distintas de elaboración del pasado. Sin embargo, en esta diversidad, las prácticas de historización presentan algunas características comunes, que contrastan tanto con lo observado entre los entrevistados más viejos como con las formas de representación de los desocupados entrevistados más jóvenes.

En primer lugar, no se hacen presentes aquí los relatos del pasado en clave exclusivamente privada en los que nos detuvimos anteriormente y, en términos generales, es desplazada la evaluación de la propia situación laboral como prisma excluyente a través del cual se significan los distintos periodos vividos. En el mismo sentido, y contrastando especialmente con lo que veremos entre los entrevistados algo más jóvenes, observamos aquí un mayor nivel de incorporación de la esfera pública como área de relevancia en su elaboración del pasado reciente.

Dos son los contextos políticos y sociales significativos que estos hombres reconocen recurrentemente a través de sus rememoraciones: la muerte de Perón, vivida por una parte de esta cohorte durante su infancia, y el periodo que se inicia en estas rememoraciones con la dictadura militar e incorpora como hito sustantivo su finalización y la restitución del estado de derecho.

La muerte de Perón es rememorada por esta cohorte desde la mirada de aquellos niños que eran entonces, pero es significada también desde las posiciones políticas que posteriormente asumieron en su vida como adultos.

El impacto público del acontecimiento supuso un *asomarse* a un espacio más amplio que el de la esfera doméstica. A veces, los relatos conservan la atención en aquellos tópicos propios del mundo infantil, por lo que la muerte de Perón aparece en ellos como fuera de foco, y lo que era una tragedia para los mayores aparece como un momento de excepción, como un salirse de la rutina, y por lo tanto paradójicamente, como una suerte de fiesta, desde la perspectiva de los niños.

“...la muerte de Perón [...] era muy chico yo, no sabía nada de nada y, de repente, me sacan de la escuela porque había [...] mi papá era muy peronista [...] me pareció importante, porque ese día me dejó marcado, mi vieja me saca de la escuela [...], que es un día peronista, no sé, estaba en tercer grado, en el ‘74, puede ser?, estaba en tercer grado, creo que estaba, fue la muerte de Perón, me sacó de la escuela, y después me llevaron al velatorio, una amansadora!!!! pero nosotros éramos chicos y nos compraban helado, nos compraban de todo, estábamos de fiesta”.

La muerte de Perón fue también el momento en que comenzaron a ser incorporados a una tradición política que muchos asumirán posteriormente como propia.

“...y, te sentís peronista [...] yo te digo, porque yo veía las imágenes por televisión, veía a mis tíos, cuando llevaban el cuerpo de Perón,

los veía llorar, y me queda esa imagen de pibe, los vi a ellos, y digo:  
¿tan grande fue?”

Para algunos de estos entrevistados que participan de esta tradición, la muerte de Perón involucra también (como para sus mayores) un hito sustantivo a partir del cual organizar la historia social del país. Muy radicalmente incluso, dos de estos entrevistados entienden que todo lo sucedido posteriormente forma parte de una historia adversa o ajena.

“Lo poquito que yo tengo acá, desde el ‘73, tengo que marcar cuando falleció el general Perón y creo que ahí terminó la vida de los obreros, con él murió todo eso, ahí poquito, después ahí los obreros ya chau [...] y fijate después de eso, lo que fue trabajo, quedó toda la gente sin laburo, yo sé lo que es la historia. Después que se murió Perón, se volvió todo para atrás, lo que él había hecho avanzar. Estamos como estaba cuando asumió él ahora, estamos un poquito atrás del ‘73, ahora, estamos, o sea los poquitos pasos que él dio, retrocedimos para atrás de nuevo [...] me parece que fue el único que pensó en la gente”.

“Lo único que me acuerdo: cuando vivía Perón, que después murió, en el ‘73, ‘74. Después más adelante [...] no me acuerdo ninguno”.

El relato de un entrevistado, nos permite observar tanto el sentido y la importancia de la transmisión intergeneracional del peronismo como otros significados otorgados al mismo en este universo, que no habían aparecido como dominantes en las cohortes anteriores. Al respecto, nos dice que, ya en el contexto posterior de la dictadura:

“...se respiraba miedo, la gente mayor [...], no podías tener fotos, nada. Mi viejo que era mas tetero, le decían que no pegue y pegaba [las fotos]. Mi viejo decía que había que cuidarse mucho [...] para que no perdamos el orgullo de seguir siendo nosotros mismos. El seguía teniendo su foto”.

La foto en cuestión es la de Perón. El miedo es, aquí, el miedo a la desaparición física pero, sobre todo, el miedo a la desaparición de la propia identidad, frente al cual la mencionada terquedad paterna funciona como resistencia, a partir de la autoafirmación de esa identidad, que es tanto política como social y está simbolizada, en este caso, en la imagen del líder muerto.

No es casual la mención a la foto. Fue una foto (en rigor otra), la de Evita, la que, utilizada como *contraseña*, ha pasado a formar parte de la leyenda de la resistencia peronista.<sup>105</sup> La mención dislocada a la foto es la referencia a un peronismo de la resis-

<sup>105</sup> La fuerza de este ícono y su recorrido vinculado al peronismo resistente (James, 1990: 138) reaparece

tencia, no tanto como localización de un periodo determinado de la historia sino como significado otorgado al peronismo. Es un significado y una conjugación del peronismo que, como vimos en el capítulo anterior, es marginal en este universo y se diferencian claramente de lo observado, en este ejercicio, en las cohortes anteriores. La identidad peronista, en la visión de este entrevistado que parafrasea a su padre, involucra un carácter contracultural y no armoniza (replegándose en razones privadas) con la dictadura militar, sino que, por el contrario, aparece en solapada confrontación con ésta.

Por otro lado, la mayoría de los hombres de esta cohorte son aquellos cuya experiencia personal de *entrada* al mundo político coincide con la salida de la dictadura y la restitución del estado de derecho, momento en que lo sucedido durante el periodo anterior estaba siendo intensamente procesado en forma pública. No es una sorpresa entonces que, por un lado, este contexto sea mencionado como significativo tanto en términos sociales como personales y, por otro, que el *clima* político de aquel periodo haya dejado sus huellas en la manera en que estos entrevistados se representan y significan ese pasado.

Si bien las posiciones no son homogéneas y en algunos entrevistados encontramos apoyos parciales y vedados a la política dictatorial, las menciones espontáneas con respecto a la dictadura militar tienden a perder el carácter que tenían en las cohortes anteriores. Ciertamente, en tanto no vivieron aquel periodo como adultos, esta cohorte no se encuentra en la posición de tener que legitimar su propia actuación durante el periodo. En particular, observamos que tiende a ser desplazada aquí aquella valoración positiva a partir de la propia situación laboral que mencionábamos párrafos arriba. Es que, en definitiva, estos entrevistados parecen participar en mayor medida de una significación de la dictadura militar, que se torna dominante con posterioridad a la misma, en relación con la cual las valoraciones positivas con respecto a tal o cual aspecto de la política dictatorial, han perdido legitimidad. Si bien lo dicho no involucra a todos los entrevistados de esta cohorte, es una tendencia claramente presente y expresa, en términos de las representaciones individuales, un cambio de la cultura política que justamente tiene su génesis en el periodo formativo de esta cohorte.<sup>106</sup>

---

en otro entrevistado muy joven, poco informado con respecto a la historia reciente del país en términos generales, pero que, sin embargo, estima que los desaparecidos eran gente humilde que tenían “la foto de Perón y Evita” y “por eso, se los llevaron”.

106 Una anécdota sintomática puede ilustrar los señalamientos realizados. Preguntado por los acontecimientos relevantes que le tocaran vivir, un entrevistado de 37 años había señalado la dictadura militar, localizándola gráficamente en un eje cronológico y enfatizando su posición fuertemente crítica al respecto. Por otro lado, remarcó la importancia del Mundial 1978, como “una de las glorias más grandes que tuvo la Argentina” pero lo localizó gráficamente por fuera y a distancia del periodo de la dictadura militar. Nuevamente, esta traslación temporal no puede ser interpretada como un simple “error” de este entrevistado, que se mostró como un hombre “informado” sobre los eventos que comentaba. Creemos que puede ser leído más bien como una manera en que el trabajo de la memoria buscaba sortear una posible contradicción dada por la contemporaneidad de dos hechos relevantes pero de valoración totalmente opuesta desde la perspectiva de este entrevistado, preservando su recuerdo feliz como hincha de fútbol sin hacer mella en su enfática condena a la dictadura militar.

Con respecto a este periodo, en algunos de estos entrevistados opera un *darse cuenta* que no localizamos en los mayores y un distanciamiento sobre una posición simultánea a los hechos que es, a la vez, un distanciamiento de las posiciones de las cohortes mayores que valoraban el periodo tomando como eje una situación personal puntual. Así, un entrevistado, autocriticándose, señala: “yo con los milicos estaba bien’ decía, llegué a pensar que yo con los milicos estaba bien!!!!!!!, porque yo estaba bien, personalmente”.

Asimismo, las consecuencias de la dictadura militar tienden a ser consideradas con mayor severidad.

En este marco, un entrevistado hace referencia a la guerra de Malvinas, evento en el cual estuvieron compulsiva y directamente afectados otros individuos de la misma cohorte que estos entrevistados:

“Robaron más de lo que pudieron hacer y encima mandaron a todos esos pibes jovencitos a que los maten. Ahí destruyeron todo. Mandaron a pibes a pelear con machetes cuando le tendrían que haber dado un fusil, con palos”.

Entre estas consecuencias, un entrevistado incorpora justamente con impactante claridad la ruptura de la transmisión intergeneracional:

“...eso es el proyecto de reorganización que hicieron, el lavaje de cabeza, y te sacaban a los chicos, mas que nada, de la mentalidad de los grandes. O sea, te querían separar, eso con el tiempo lo asimilo. En ese tiempo te querían separar las décadas, yo lo veo así, hacer una mentalidad nueva sumida y separar como caudillismo de los viejos, separar. Por eso yo creo que la generación de los ochenta no tuvo, y yo me incluyo, no tuvo responsabilidad, no tuvo una idea fija, una base política, porque no tuvimos ideales. No tuvimos [...] no pudimos comprar algo nosotros, nos vendieron, nos vendieron, la música, el arte, nos vendieron, yo siempre me he manejado por ese lado [...] y la gente que abría su mente a los ochenta y la tenía vacía, la tenía vacía, y yo me incluyo, yo la tenía vacía...”.

La “vuelta a la democracia”, (como es referenciado este momento entre nuestros entrevistados), se torna en muchos casos el único momento considerado trascendente, o bien, un hito a partir del cual organizar toda la historia contemporánea. Para quienes, como parte de esta cohorte, este hecho coincide con el inicio de una nueva etapa en su ciclo de vida, la “vuelta a la democracia” es rememorada como un despertar, un doble pasaje que refuerza la valoración del momento. Ese retorno fue vivido como una fiesta, una murga, dicen nuestros entrevistados.

En resumen creemos que los elementos mencionados, sumados a lo que se presenta como una fuerte coincidencia relativa entre estos hombres con respecto a los

contextos considerados como relevantes, parecen estar hablando de una socialización política en acción. La misma opera ciertamente no sólo en la manera en que estos entrevistados elaboran el pasado que les ha tocado vivir y su relación con el mismo, sino también, más ampliamente, en sus orientaciones con respecto a lo social. Como comentamos en el Capítulo 4 y repetimos ahora, esta cohorte muestra homogéneamente un perfil que denominamos como *ciudadano*, atribuyendo a este término un contenido que fue también característico de una construcción de ciudadanía fechada en su periodo formativo. Periodo en el que primó una concepción procedimentalista de la democracia, desembarazada, a la vez, de las condiciones económicas y sociales que suponían su implementación, y en el que se internalizó la defensa de los derechos humanos, pero se tornó dominante una lectura de los mismos que los acotaba fundamentalmente a algunos derechos civiles y políticos.

### **Los más jóvenes**

En los registros de los entrevistados desocupados más jóvenes, la rememoración y la inclusión del pasado aparecen mucho más acotadamente que en las cohortes anteriores.

Esto se corresponde en primer lugar, con la corta edad de algunos de nuestros entrevistados, para quienes los eventos a rememorar forman parte en realidad de la misma coyuntura que se está desarrollando al momento de la entrevista. En ese sentido, los hechos pueden ser la reciente adquisición del beneficio del plan asistencial o a la incorporación de un nuevo ministro al gabinete ocurrida en la misma semana de la entrevista. En estos casos, el investigador tiene la impresión de que el cambio etario supuso también un cambio en el *dominio* de la elaboración histórica, en el sentido de un pasaje a otra escala en la rememoración del pasado. Y ciertamente, como señalara Levi-Strauss, los distintos dominios de la historia se corresponden con historias de potencias desiguales.<sup>107</sup> De resultas de lo cual, los entrevistados más jóvenes parecen otorgar significación a eventos puntuales que probablemente serían desplazados en una elaboración de larga duración.

Por otro lado, encontramos que, en algunos jóvenes, los relatos se centran en la inmediatez de su situación familiar y barrial, expresando una absoluta y total extrañeza en relación con la esfera pública que no sólo involucra sus prácticas de historiación sino que se observa ampliamente en sus representaciones y orientaciones con respecto a distintas dimensiones de lo social, contrastando con lo reseñado para la cohorte anterior.

Entendemos que este rasgo puede vincularse con las trayectorias de vida de estos jóvenes, y en particular con su incorporación tempranamente frustrada al mercado

---

107 “La historia biográfica y anecdótica, que ocupa un lugar muy bajo de la escala, es una historia débil, que no contiene en sí misma su propia inteligibilidad, pues la alcanza solamente cuando se la transpola, en bloque, al seno de una historia mas fuerte que ella, y esta última mantiene la misma relación con una clase de rango mas elevado” (Levi-Strauss, 1962: 270).

laboral. Si bien estos entrevistados comparten con los de otras cohortes su situación de desocupados, creemos que su extremadamente débil incorporación económica al momento de la entrevista produce efectos más sustantivos en la constitución identitaria de los más jóvenes, en tanto tiene lugar en el periodo formativo de esta cohorte. Advirtamos sucintamente que la incorporación subjetiva de un pasado *común* supone, por parte del individuo, la posibilidad de incorporar simbólicamente un conjunto de relaciones sociales como ámbito de referencia para su historización, de manera tal que la misma remita a hechos compartidos, de alguna u otra manera, con otros. En este sentido, estos jóvenes difícilmente han experimentado aquella ampliación de las relaciones sociales más allá de las relaciones primarias del ámbito doméstico restringido o extenso, que, desde distintas perspectivas se reconoce como una de las *funciones* (Jahoda, 1987) de la incorporación al mundo del trabajo.<sup>108</sup>

Tomando el conjunto de los jóvenes desocupados entrevistados, llama también la atención, la relativa dispersión de los contextos señalados, en contraste con la coincidencia en la relevancia otorgada a pocos contextos significativos por parte de la cohorte anterior. Cada uno de aquellos jóvenes que incorpora en su relato biográfico contextos públicos como relevantes, hace presente un evento distinto y sin mayor conjugación temporal. También en esa dirección, las formas de recordar de la cohorte anterior, aún en su diversidad, daban más la impresión de ser el resultante de una socialización política común en acción, frente a la cual, las representaciones del pasado de los más jóvenes aparecen como más fragmentadas.

De estos señalamientos generales se escapa el recuerdo del primer peronismo, en una doble excepción. Por un lado, el primer peronismo es el único hecho no contemporáneo recordado por miembros de esta cohorte. Por otro lado, es mencionado espontáneamente por varios jóvenes entrevistados. Una coincidencia que, como vimos, no se repite en la mención espontánea de ningún otro hecho. Esta doble excepcionalidad destaca la importancia que tuvo en estas fracciones la experiencia del primer peronismo y la fuerza con que su recuerdo se ha transmitido intergeneracionalmente. Pero pone de relieve también el medio de esta transmisión y el carácter que asumen estas memorias: se trata de una transmisión familiar de un *recuerdo de familia*, del que participan aún algunos de aquellos jóvenes cuya socialización política más amplia aparece como frustrada o postergada.

\*\*\*

Si bien las formas que asumen las rememoraciones varían de un individuo a otro y el acto de recordar es, en definitiva, un acto que se realiza individualmente, a lo largo

108 Ciertamente el mundo del trabajo mercantil no es el único espacio de socialización secundaria posible.

En los casos en que estamos comentando es pertinente recordar, sin embargo, otros elementos que van en la misma dirección, tales como su permanencia en el sistema educativo especialmente acotada en términos temporales.

de nuestro ejercicio fue posible observar que las prácticas de historización presentan algunas regularidades en el interior de cohortes determinadas. No sólo ciertos eventos se tornan contextos significativos en la rememoración de las distintas cohortes, sino también las formas mismas de incorporación del pasado, y las representaciones y orientaciones sobre lo social en general, aparecen condicionadas por estos contextos que sirvieron de marco a socializaciones particulares.

Hemos comentado que, en las formas de elaboración del pasado de los desocupados mayores, se destaca una referencia casi exclusiva a los años dorados del primer peronismo como encuadre biográfico sustantivo. Para aquellos que no los vivieron personalmente, estos años mantienen, sin embargo, su papel legitimante, y se torna dominante una representación eminentemente privada de la propia historia.

En la generación intermedia observamos una alta incorporación de la esfera pública como área de relevancia en las formas de representación del pasado, junto con la valoración de pocos y recurrentes contextos sociales significativos, entre los que se destaca el periodo de apertura democrática, momento que aparece como sustantivo en la formación política de esta cohorte.

En las prácticas de los más jóvenes enfatizamos, entre otros rasgos, un menor nivel de incorporación subjetiva del pasado y una mayor fragmentación en los sentidos y valoraciones de los contextos que han vivido.

## CONCLUSIONES

El objetivo central de esta investigación fue avanzar en la caracterización del proceso de diferenciación social interna de las clases subalternas. Para ello, exploramos la hipótesis de una reestructuración de las mismas a partir del surgimiento y cristalización de una fracción que se desgajaría de la clase obrera. Esta hipótesis se investigó acotadamente en un territorio, el Área Metropolitana, y para un sector determinado, los beneficiarios de programas de empleo. Estos últimos aparecían, en el contexto de mayor desempleo abierto, como personificación de la exclusión social.

En primer lugar, rastreamos esta hipótesis en sus aspectos más estructurales, a través de la caracterización de este segmento, atendiendo para ello a las condiciones de su formación, los niveles de su diferenciación con respecto al resto de la clase y a las posibilidades de su incorporación a la explotación capitalista. Lo hicimos a partir de su seguimiento tanto para el periodo de crisis como para el momento de reactivación post-devaluación. Articulamos en pos de tal objetivo, distintas metodologías.

En segundo lugar, nos interesó investigar en qué medida tales niveles de heterogeneidad se articulan con diferencias en las representaciones sobre lo social, en las orientaciones obreras o afectan la solidaridad entre los distintos grupos.

En relación con los aspectos más estructurales de nuestro objeto de investigación, presentamos una primera caracterización de los trabajadores ocupados en programas de empleo. Esta caracterización nos permite concluir que los mismos han sido reclutados entre los estratos obreros socialmente más débiles de la región. Pero al explorar más detenidamente sus trayectorias laborales personales e intergeneracionales, entendemos que no se puede afirmar, en conjunto, que estemos en presencia de un típico segmento conformado por sectores de fuerza de trabajo supernumeraria de larga data.

En segundo lugar, una evaluación de la evidencia construida en relación con el destino de este segmento en el posterior periodo de reactivación, indica que ciertamente parte de estos trabajadores no se han reinsertado y difícilmente se reinsertarán en el mercado laboral. Sin embargo, tanto por los atributos de los trabajadores que no logran reinsertarse como por sus relaciones con el resto de la clase obrera, dichas limitaciones no permiten deducir (hasta el momento del estudio) que se haya constituido una dinámica de absorción/no absorción que reproduzca la exclusión social definitiva del ejército activo de un segmento de trabajadores.

Concluimos que, la consideración de un sector determinado como fracción que se desgaja de manera socialmente significativa supondría un conjunto de condiciones que, según evaluamos, no se verificaron aún en este proceso. Esquematizamos estos criterios como fractura social con respecto al resto de la clase, y reproducción social como segmento excluido.

Precisamos y sintetizamos nuestras conclusiones al respecto para los distintos perfiles de beneficiarios varones localizados.

En el caso de los trabajadores de 45 años y más al momento de la entrevista, entendimos que el nivel definitivo para su caracterización es, como señalara Wright retomando a Bertaux, el contenido de clase de sus trayectorias. Al respecto dejamos establecido que se trata de obreros envejecidos, que vieron interrumpidas sus trayectorias tempranamente pero en edades lo suficientemente cercanas al retiro como para que sea difícil su reinserción en el periodo de expansión. Dificultad que se agrava teniendo en cuenta la extensión de tiempo que media entre el quiebre de sus trayectorias y el inicio de la reactivación.

Estas trayectorias compartían hasta principios de la década de 1990 rasgos generales sustantivos con las de los trabajadores ocupados del mismo grupo etario, si bien tendían a un mayor nivel de rotación que la de los obreros manufactureros coetáneos. Localizamos también trabajadores que provenían de lo que podemos considerar como el *núcleo duro* de la clase obrera de la región, pero su presencia es excepcional en el conjunto.

Por su parte, los trabajadores de edades intermedias amparados en programas de empleo muestran trayectorias que se caracterizan por una mayor rotación y frecuencia en las transiciones entre registro/no registro, formalidad/informalidad y trabajo asalariado/cuentapropismo. Por otro lado, en parte de las trayectorias de los ocupados entrevistados de este grupo etario (en algunos trabajadores de los sectores menos dinámicos y especialmente en los asalariados de la construcción), se observa también este desplazamiento del empleo formal típico. De estas observaciones, concluimos que los recorridos de parte de los ocupados y de los desocupados comparten rasgos generales que los definen como trabajadores de un mercado secundario caracterizado por un régimen de precariedad, imperante en la región en la década de 1990.

Los jóvenes beneficiarios muestran mayores brechas sociales con respecto a sus coetáneos ocupados. Esto remite tanto a sus disímiles logros educativos como a sus trayectos laborales. En relación con esto último, hemos enfatizado la ajenidad de los jóvenes beneficiarios con respecto al trabajo fabril y a la inserción formal. Asimismo, constatamos diferencias sociales entre los hogares de origen de estos jóvenes.

Pero, así como la identidad de las cohortes más antiguas se define de cara al pasado, la de los jóvenes lo hace de cara al futuro. En ese sentido, nuestras conclusiones son en parte paradójales: aquellos trabajadores que aparecen como más vulnerables y más diferenciados socialmente del resto de la clase, son a su vez los que, en razón de su juventud, tienen mayores oportunidades de reinsertarse (y de hecho se reinsertan en mayor medida) en la fase de reactivación. Ciertamente esta reinserción se concreta de manera prácticamente excluyente (cuando así ocurre) en el mercado secundario.

Al respecto, entendemos que es la reinserción productiva de los varones de edades centrales y de los más jóvenes la que indica cuál es la dinámica de reproducción de este segmento (si lo hace o no en condiciones de exclusión) y define finalmente

cuál es la magnitud de la cesura que los años 1990 han significado en la formación de la clase obrera de la región.

Por otra parte, nuestra exploración ratifica, aunque de manera no lineal, el papel que la segmentación de la fuerza de trabajo juega en la formación de las representaciones sobre lo social y en las orientaciones obreras. En primer lugar, concluimos que el desempleo prolongado opera en las representaciones y orientaciones de los trabajadores, pero que sus efectos son distintos según las trayectorias sociales previas de los desocupados.

En el caso de los desocupados de las cohortes más antiguas, las formas en que actualmente se representan a sí mismos y a las relaciones con otros sectores sociales y se orientan al respecto, mantienen claras líneas de continuidad con matrices interpretativas construidas con anterioridad a la situación actual de desempleo prolongado. Estos desocupados son quienes coincidieron con los actuales ocupados en una dilatada experiencia que hizo a la estructuración inmediata de una clase obrera estable,

En el otro extremo, entre los beneficiarios entrevistados más jóvenes, la situación de desempleo prolongado tiene efectos más sustantivos en su construcción identitaria, justamente porque abarca un periodo formativo para esta generación. Aquí localizamos una producción de subjetividades más ligada a la débil incorporación al mercado de trabajo y al carácter actual de este segmento como población asistida por el Estado.

Enfatizamos entonces que, tanto en relación con los aspectos más estructurales como con respecto a estas dimensiones de carácter subjetivo, las clases y las fracciones de clase no se definen solamente por su actualidad y coyuntura sino también por su historicidad.

La articulación que se establece entre patrones de trayectorias y formas de conciencia social, no es una correspondencia unívoca a nivel individual. Las trayectorias sociales fueron vistas aquí no sólo como recorridos biográficos sino como personificaciones de un proceso de transformación histórica de los regímenes sociales de producción material y de las ideologías que fueron producto y condición de posibilidad para su reproducción. Es esta articulación más amplia la que se ha hecho presente en nuestra investigación, a través de marcadas diferencias en las representaciones sociales de las distintas cohortes.

En esa dirección, ratificamos la centralidad de los contextos sociales y políticos que pueden considerarse como experiencias formativas para cada generación. El estudio de las prácticas de historización de los trabajadores ha sido la clave metodológica para localizar estos contextos históricos, recurrentes en la rememoración del pasado, y para pesquisar la dinámica a través de la cual se actualizan.

En este orden de cuestiones, fue objeto especial de nuestro estudio, la adhesión peronista de los trabajadores y su influencia en las representaciones y orientaciones obreras. Al respecto concluimos que, si bien fue seguramente significativa la intervención del peronismo en la modelación de las identidades de los ocupados y desocupados mayores, parece haber perdido fuerza como marco de inteligibilidad de la situación

actual y se imbrica sólo limitadamente con el resto de las representaciones exploradas. Encontramos que los niveles de adhesión peronista de este universo siguen siendo sustantivos, pero se hacen presentes en una conjugación más magra del peronismo que la observada históricamente. Igualmente, ha sido posible localizar variaciones en la significación otorgada a esta identidad peronista. Significados diversos que a su vez serían actualizados por las distintas situaciones de los grupos considerados.

Así como el peronismo ha sido reconocido como significativo para las orientaciones obreras de las cohortes más antiguas, otros procesos pueden ser pesquisados como contextos de socialización política de las cohortes posteriores. Sobre esto, hemos localizado la impronta de la llamada transición democrática. La misma se advierte justamente en la valoración positiva de la democracia política en particular y en la relevancia otorgada al ámbito de lo político en general, así como en el hecho de que dicha relevancia se incorpore sin que suponga una clave de lectura con respecto al carácter social de la dominación.

El conjunto de influencias consideradas pudo rastrearse en el análisis de distintas dimensiones, entre éstas, la conciencia corporativa de los trabajadores.

Al respecto, señalamos que la pérdida de gravitación del sindicato como actor social y político se expresa, al nivel de la subjetividad obrera, en el despliegue de una orientación que referimos como pre-corporativa, en algunos sectores de la clase. Esquemáticamente observamos que, tanto entre ocupados como entre desocupados, la valoración del papel de las organizaciones gremiales y la acción colectiva, es más fuerte entre las cohortes más antiguas y aparece fuertemente erosionada entre los más jóvenes. Sin embargo, entre los ocupados estudiados esto no llega a constituirse en una orientación anti-sindical, como sí se expresa en parte de los beneficiarios menores de 40 años. Los resultados son consistentes, en la medida en que respaldan la idea que una pertenencia obrera más intensa favorece la definición y agregación de los intereses económicos de la clase.

Al inicio de este libro apuntábamos que los grupos con una débil vinculación con el mundo del trabajo o aquellos que experimentaron procesos de pauperización han sido considerados, según las distintas perspectivas e interpretaciones, como manipulables, heterónomos, políticamente disruptivos o potencialmente revolucionarios. De estas miradas encontradas no ha escapado el movimiento de desocupados de Argentina. En este terreno, y con respecto a la tendencia a una radicalización de los trabajadores asociada a los procesos mencionados, resumimos un conjunto de observaciones.

En primer lugar, encontramos un núcleo de beneficiarios que experimentan con peculiar intensidad la injusticia social. Estos trabajadores no naturalizan las causas de su pobreza sino que la entienden como producto de un proceso que supuso la movilidad estructural de un conjunto social en el que se contaban. Entre estos desocupados, aquellos con dilatadas trayectorias laborales previas, expresan la configuración más consistentemente radical de todo este universo, en términos de su antagonismo de clase. Son estos desocupados quienes, a pesar de los años transcurridos en situación

de desempleo, tienden a continuar significando su identidad a partir de su relación con el mundo del trabajo y muestran además la convicción sobre la necesidad de construir organizaciones de trabajadores independientes de la tutela de otros grupos sociales.

Sin embargo, no es posible concluir en términos generales que el desempleo prolongado y aún la participación en organizaciones sociales contribuyan necesariamente a desencadenar un proceso de radicalización: en las cohortes más antiguas, las configuraciones antagonistas se expresan con igual intensidad tanto entre trabajadores ocupados y desocupados, mientras que por otra parte, los entrevistados de las cohortes intermedias igualmente desocupados, construyen representaciones de lo social no contradictorias.

Asimismo, las observaciones realizadas sobre los jóvenes sin experiencia laboral vuelven a advertir que la incorporación al mundo del trabajo es necesaria no sólo para transformar orientaciones personales en acción colectiva sino para la posibilidad de la formación de una conciencia de intereses comunes. En esa dirección, nuestra investigación abona los señalamientos de los textos clásicos en esta materia, cuando se enfatiza que sin una experiencia previa de agregación y formación de intereses, los grupos subalternos pueden experimentar fuertemente las barreras sociales pero más en términos de “una jerarquía de órdenes, que bajo la forma de un conflicto de clases”. Según observamos, entre los jóvenes no incorporados al mundo del trabajo, se hace presente una fuerte experiencia de las diferencias sociales. Estas diferencias se significan en clave de discriminación y exclusión, pero difícilmente en términos de explotación. Esta significación está en correspondencia con la situación actual de estos desocupados, oprimidos en general más que explotados en particular (a través de la apropiación por el capital de los frutos de su trabajo). Esta significación contrasta a su vez con aquella construida entre los trabajadores más viejos, cuya pertenencia histórica objetiva de clase les aporta otra clave de interpretación que se sobreimprime a su situación actual de desplazados. Los perfiles de estos jóvenes pueden ser vistos aún, sin embargo, como en formación. En la misma adquieren relevancia las organizaciones de desocupados como contexto actual de socialización política. Estas organizaciones sostienen un espacio intergeneracional que supone el rescate de estos jóvenes del *mundo privado* al que los confina su débil vinculación, tanto con el mercado de trabajo como con el sistema educativo.

A este respecto y para evitar lecturas erradas, discriminamos el alcance de estas últimas conclusiones. Ciertamente los desocupados pueden participar en acciones colectivas involucrándose en confrontaciones sociales cuyo carácter puede o no ser revolucionario. No es este carácter objetivo de la acción colectiva el que dirimimos aquí. Por el contrario, nuestra investigación se localizó al nivel de la subjetividad obrera, preguntándonos en todo caso en qué medida estas acciones se articulan en un proceso a través del cual estos trabajadores llegan a entender las relaciones de poder en términos de una confrontación que tiene carácter de clase. Se trata, por tanto, como advirtiéramos en nuestras consideraciones teóricas, de dos niveles distintos de

la cuestión: la acción y la conciencia de la acción. En el caso particular de nuestra investigación, se trató además, acotadamente, de la expresión de dichas formas de conciencia a nivel individual.

Por otro lado, señalamos también que la bibliografía internacional discutía los efectos que la presencia de estos grupos desaventajados tiene en la formación de las orientaciones del *resto de la clase*. Esto es, si tal presencia contribuía al predominio de actitudes conservadoras entre el proletariado o, por el contrario, si actuaba como un foco de agitación de la conciencia de clase. En el caso estudiado, esto último parece poco probable.

De lo analizado en este libro, podemos concluir que, al menos en ausencia de políticas obreras que vayan en dirección opuesta, la segmentación del mercado de trabajo logra dividir a los trabajadores, lo que se expresa en una solidaridad acotada por parte de los segmentos más favorecidos con respecto a los más desaventajados de la clase. Los atributos que comparten no son suficientes para que los reconozcan como sus iguales, tendiendo por tanto a escatimar su solidaridad hacia el conjunto de los desocupados. Asimismo, en los casos en que dicha solidaridad se hace presente, la misma se restringe, en términos corporativos, a los desocupados del mismo gremio.

Esto también echa luz sobre el proceso por el cual, las organizaciones más importantes que representan los intereses económicos de los obreros integrados no levantaron los reclamos de los desocupados, construyendo estos últimos organizaciones propias sin vinculación orgánica con sus sindicatos de origen.

Es pertinente volver a contextualizar las entrevistas a trabajadores ocupados para poder dimensionar correctamente nuestra observación. Las mismas fueron realizadas en un momento en que todavía no se observaba el cambio de tendencia posterior en relación con la absorción de empleo, existiendo una preocupación al respecto. Esta inquietud otorgaba relativa legitimidad pública a las demandas de los desocupados. Esto es, esta solidaridad acotada se expresó en un contexto, sin embargo, favorable a la solidaridad con los desocupados. Es pertinente preguntarnos en qué medida la posterior reactivación redundo o no en un quiebre mayor de la solidaridad.

Las limitaciones de los apoyos recibidos no determinan, sin embargo, los niveles de solidaridad con los que los desocupados se orientan a su vez hacia los trabajadores ocupados en lucha. La solidaridad es casi total entre los beneficiarios de 45 años y más, y se funda, mayormente, en un principio de pertenencia social común.

Nuestras observaciones ratifican, entonces, tanto los relativamente más cercanos señalamientos segmentacionistas al respecto, como las más lejanas postulaciones leninistas sobre la conciencia corporativa, cuando este autor entendía que el desarrollo desigual del capitalismo tiende a fragmentar a los trabajadores en segmentos que tratan de satisfacer su propio interés sin incorporar al resto de la clase. Asimismo, y en relación particularmente con la implementación de los programas de empleo, podemos coincidir aquí con lo señalado por Esping Andersen, acerca de que la acción del estado no sólo interviene corrigiendo o morigerando las desigualdades, sino que pro-

mueve distintas estratificaciones sociales y, en esa dirección, determinadas articulaciones de la solidaridad social.

Por último, otros hallazgos provenientes de nuestro estudio sobre la identidad peronista, deben ser incorporados como conclusiones relevantes del libro.

Estos desocupados aparecían hacia 2001 y ante los ojos de los científicos sociales como el territorio de la lucha que se entablaba entonces entre las organizaciones de desocupados y la estructura del Partido Justicialista bonaerense. Sin embargo, lo que nuestras entrevistas nos advirtieron tempranamente fue que no era pertinente vincular la expansión de estas organizaciones con un derrumbe próximo de la hegemonía política del justicialismo en el conurbano bonaerense. En efecto, desde la perspectiva subjetiva de estos trabajadores, su participación en dichas organizaciones no involucró en aquel momento una contradicción con su autoidentificación como peronistas.

La incorporación –posterior al momento de nuestras entrevistas– de parte de estas organizaciones sociales (entre ellas, algunas de las que formaron parte del *eje matancero*) a la construcción política kirchnerista, es un corolario no sorprendente a estas observaciones, a la vez que funciona como prisma a través del cual las mismas toman un cariz más definido.

Por otro lado, si bien la investigación sobre la crisis de hegemonía peronista se había centrado en los trabajadores desocupados y los habitantes de los barrios periféricos, quienes aparecen en nuestro estudio como políticamente *vacantes* son los jóvenes trabajadores regulares, sindicalizados e, incluso los jóvenes delegados sindicales. Espacio sobre el cual, la investigación sobre la construcción de identidades se ha detenido con menor frecuencia en los últimos años.

A partir de esta doble observación, hemos propuesto una hipótesis interpretativa sobre la vinculación entre heterogeneidad social de los trabajadores e identidad peronista en el conurbano bonaerense durante los años 1990. La desindicalización y territorialización del peronismo bonaerense –constatada en otras investigaciones– se correspondió, al nivel de la constitución subjetiva aquí analizado, con una pérdida de la adhesión al peronismo entre los jóvenes sindicalizados y la persistencia de significativos niveles de autoidentificación como peronistas entre los trabajadores más vulnerables.

Por último, entendemos que esta hipótesis convoca a interrogarse si la alianza social expresada en los gobiernos peronistas de la presente década supone una alteración relevante con respecto a este proceso de desindicalización y, en ese caso, cuál sería el derrotero de las configuraciones subjetivas peronistas en el periodo kirchnerista.

Finalmente, señalemos que el método de la investigación se ha demostrado como productivo. El análisis de las dimensiones discriminadas, tanto en lo referido a las trayectorias sociales como en el campo de las representaciones y orientaciones, nos ha permitido localizar distintos perfiles obreros presentes en el área de estudio. Por su parte, a través del análisis de las prácticas de historización advertimos que las valoraciones de los trabajadores sobre determinados campos de relaciones no pueden

derivarse linealmente de los posicionamientos asumidos en otros campos, y que los distintos perfiles localizados, suponen una compleja y específica articulación. Entendemos que la descripción de estas configuraciones ha sido uno de los aportes relevantes de este libro.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACUÑA, Carlos y SMULOVITZ, Catalina  
(1991) *Ni olvido ni perdón? Derechos humanos y tensiones cívicos-militares en la transición argentina*, Cedes, Buenos Aires.
- ADORNO, Theodor et al.  
(1950) *La personalidad autoritaria*, Proyección, Buenos Aires.
- ALMEIDA, Joao Ferreira  
(1986) *Classes Sociais nos Campos*, ICS, Lisboa.
- ANDERSON, Perry  
(1985) *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Siglo XXI, Madrid [1980, inglés].
- AUYERO, Javier  
(2001) *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*, Manantial, Buenos Aires.
- AZPIAZU, Daniel, BASUALDO, Eduardo y KHAVISSE, Miguel  
(1987) *El nuevo poder económico*, Legasa, Buenos Aires.
- BASUALDO, Eduardo  
(1996) “Economía y Genocidio”, en GELMAN, Juan y LA MADRID, Mara –compiladores– en *Ni el flaco perdón de dios*, Planeta, Espejo de la Argentina, Buenos Aires, pp. 147-156.  
(2000) *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década de los noventa*, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, Buenos Aires.  
(2001) *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976-2001)*, Universidad Nacional de Quilmes Ediciones, Buenos Aires.
- BAUMAN, Zygmunt  
(1982) *Memories of Class: The Pre-history and After-Life of Class*, Routledge and Kegan Paul, London.  
(2005) *Vidas desperdiciadas. La Modernidad y sus parias*, Paidós, Barcelona.

- BECCARIA, Luis y ALTIMIR, Oscar  
(1998) “Efectos de los cambios macroeconómicos y de las reformas sobre la pobreza urbana en la Argentina”, en GANUZA, Enrique; TAYLOR, Lance y MORLEY, Samuel –editores– *Política macroeconómica y pobreza en América Latina y el Caribe*, PNUD/BID/CEPAL, Santiago de Chile, pp. 115-172.
- BECCARIA, Luis y MAURIZIO, Roxana  
(2001) “Movilidad laboral e inestabilidad de ingresos en Argentina”, en *2da. Reunión anual sobre Pobreza y Distribución del ingreso*, LACEA/BID/BM/UTDT, Buenos Aires.
- BECCARIA, Luis y ORSATTI, Álvaro  
(1990) “Precarización laboral y estructura productiva en la Argentina: 1974-1988”, en GALIN, Pedro y NOVICK, Marta –compiladores– *La precarización del empleo en la Argentina*, CEAL, Buenos Aires, pp. 262-281.
- BECK, Ulrich  
(2000) *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Paidós, Buenos Aires [1999, alemán].
- BETTELHEIM, Bruno y JANOWITZ, Morris  
(1950) *Dynamics of Prejudice*, N.Y. Harper, New York.
- BLOSSFELD, Hans Peter y MAYER, Karl Ulrich  
(1988) “Labor Market Segmentation in the Federal Republic of Germany: An Empirical Study of Segmentation Theories from a Life Course Perspective”, en *European Sociological Review*, Vol. 4, núm. 2, pp. 123-140.
- BOWLES, Samuel y GINTIS, Herbert  
(1983) “El problema de la teoría del capital humano: una crítica marxista.” en TOHARIA Luis –compilador– *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones. Lecturas seleccionadas*, Alianza, Madrid, pp. 115-128 [1975, inglés].
- BRAVERMAN, Harry  
(1974) *Trabajo y capital monopolista*, Editorial Nuestro Tiempo, México [1974, inglés].
- BURAWOY, Michael  
(1990) “The Limits of Wright’s Analytical Marxism and an Alternative”, en WRIGHT, Erik O. –compilador– *The Debate on Classes*, Verso, London-New York, pp. 78-99.

- BURRIS, Val  
(1986) "The Discovery of the New Middle Class", en *Theory and Society*, Vol. 15, núm. 3, pp. 317-350.
- CÁRCAR, Fabiola  
(2006) *La política activa de empleo en la Argentina de los noventa: ¿mayor inclusión o mejor exclusión?*, Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, FLACSO-Argentina, Buenos Aires.
- CARCHEDI, Guglielmo  
(1990) "Classes and Class Analysis", en WRIGHT, Erik Olin –compilador– *The Debate on Classes*, Verso, London-New York, pp. 105-125.
- CARDOSO, Fernando Enrique  
(1971) "Comentario sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad", en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, FLACSO.  
(1974) "Las contradicciones del desarrollo asociado", en *Desarrollo Económico*, núm. 53, Buenos Aires.
- CASTEL, Robert  
(1997) *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Paidós, Barcelona [1995, inglés].
- CASTILLO, Victoria et al.  
(2005) "Trayectorias laborales y rotación del empleo: restricciones para el desarrollo de competencias técnicas", en *7mo. Congreso de Estudios del Trabajo. Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo*, Buenos Aires.
- CLARK, Terry y LIPSET, Seymour  
(1996) "Are social classes dying?", en LEE, David y TURNER, Bryan –editores– *Conflicts about Class. Debating Inequality in late Industrialism*, Longman, London and New York, pp. 42-48.
- CORTÉS, Rosalía  
(1994) "Marginación de la fuerza del trabajo femenina? Estructura de ocupaciones 1980-1993", en BIRGIN, Haydeé –compiladora– *Acción pública y sociedad. Las mujeres en el cambio estructural*, Editorial Feminaria y CEADEL, Buenos Aires, pp. 83-101.  
(1997) "Argentina: Reestructuración económica e impacto en el mercado de trabajo", en *Revista del Centro de Estudios del Conurbano*, Buenos Aires.

- CORTÉS, Rosalía y MARSHALL, Adriana  
(1991) “Estrategias económicas, intervención social del Estado y regulación de la fuerza de trabajo. Argentina 1890-1990”, *Aset. Revista Estudios del Trabajo*, núm. 1, Buenos Aires, pp. 21-46.  
(2003) “Salarios, desigualdad y sector externo bajo distintos regímenes macroeconómicos”, en *Realidad Económica*, núm. 196, Buenos Aires.
- CORTÉS, Rosalía; GROISMAN, Fernando y HOSOWSZKI, Augusto  
(2003) “Transiciones ocupacionales, el caso del plan jefes y jefas”, en *6to. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo: Los trabajadores y el trabajo en la crisis*, Buenos Aires.
- D’IPOLA, Emilio  
(1983) *Ideología y discurso populista*, Folios Ediciones, Buenos Aires.
- DELAMATA, Gabriela  
(2004) *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, Eudeba/Libros del Rojas, Serie Extramuros núm. 8, Buenos Aires.
- DEMAZIERE, Didier Petit  
(2003) “Is the concept of labour market segmentation still accurate in France in the 1990?”, en *24 Conference of the LMS*, Rome.
- DI PRETE, Thomas; DE GRAAF, Paul; LUIJKX, Rund; TAHLIN, Michael y BLOSSFELD, Hans Peter  
(1997) “Collectivist vs. Individualist Mobility Regimes?”, en *American Journal of Sociology*, núm. 103, pp. 318-358.
- DICKENS, William y LANG, Kevin  
(1987) *Neoclassical and Sociological Perspectives on Segmented Labor Markets*, National Bureau of Economic Research, Working Paper 2127.
- DOERINGER, Pierre y PIORE, Michael  
*Internal Labor Markets and Manpower Analysis*, Heath Lexington Books, USA, 1978.
- EDWARDS, Richard  
(1983) “Conflicto y control en el lugar de trabajo”, en TOHARIA, Luis – compilador– *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones. Lecturas seleccionadas*, Alianza, Madrid [1971, inglés].

- ENGELS, Friedrich  
(1974) *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Diáspora, Buenos Aires [1945, alemán].
- ESPING-ANDERSEN, Gosta  
(1993) *Los tres mundos del Estado del Bienestar*, Edicions Alfons El Magnanim, Generalitat Valenciana/Diputació Provincial de València, Valencia [1990, inglés].
- FELDMAN, Silvio y GALIN, Pedro  
(1990) “Introducción”, en GALIN, Pedro y NOVICK, Marta –compiladores– *La precarización del empleo en la Argentina*, CEAL, Buenos Aires, pp. 9-17.
- FITOUSSI, Jean Paul y ROSANVALLON, Pierre  
(1997) *La nueva era de las desigualdades*, Manantial, Buenos Aires [1996, francés].
- FOUCAULT, Michel  
(1979) *Microfísica del poder*, Ediciones La Piqueta, Madrid.
- FOURNIER, Marisa y SOLDANO, Daniela  
(2001) “Los espacios en insularización en el conurbano bonaerense: una mirada al lugar de las manzaneras”, en *III jornada anual de investigación de la UNGS*, Buenos Aires, noviembre.
- FREYSSINET, Jacques  
(1991) “Paradigma de la flexibilidad o nueva relación salarial?”, en STANKEWICZ, Francois –compilador– *Las Estrategias de las Empresa frente a los Recursos Humanos. El post-taylorismo*, HVMANITAS, Madrid, pp. 217-228.
- GAUTIE, Jerome y BEHAGHEL, Luc  
(2006) *From Internal to Transitional Labor Markets. Firms Restructuring and Early Retirement in France*, Revised TLM.NET, Workshop Paper.

GERMANI, Gino

(1962) *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Paidós, Buenos Aires.

(1962a) *Clase social subjetiva e indicadores objetivos de estratificación*, Trabajos e Investigaciones del Instituto de Sociología, Colección Datos 3, Buenos Aires.

(1963) “Movilidad social en la Argentina”, en LIPSET, Seymour y BENDIX, Richard *Movilidad social en la sociedad industrial*, Eudeba, Buenos Aires, pp. 317-363.

(1973) *El concepto de marginalidad. Significado, raíces históricas y cuestiones teóricas, con particular referencia a la marginalidad urbana*, Nueva Visión, Buenos Aires.

(1977) “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”, en MORA Y ARAUJO, Manuel y LLORENTE, Ignacio –compiladores– *El voto Peronista*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 435-488.

GIDDENS, Anthony

(1979) *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Alianza, Madrid [1973, inglés].

GOLBERT, Laura

(2004) *Derecho a la inclusión o paz social? Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados*, Serie Políticas Sociales, núm. 84, CEPAL, División de Desarrollo Social, Santiago de Chile.

GOLDTHORPE, John

(1992) “Sobre la clase de servicios, su formación y su futuro”, en *Zona Abierta*, núm. 59-60, Madrid [1982, inglés].

GOLDTHORPE, John et al.

(1968) *The affluent worker: industrial attitudes and behaviour*, Cambridge University Press.

GÓMEZ ROJAS, Gabriela

(2005) “La aplicación del esquema de clases de J. Goldthorpe al estudio de la estratificación social y el género”, en *7mo. Congreso de Estudios del Trabajo*, ASET, Buenos Aires.

GORDON, David; EDWARDS, Richard y REICH, Michael

(1986) *Trabajo segmentado, trabajadores divididos*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de España, Madrid [1982, inglés].

GRAMSCI, Antonio

(1986) *Cuadernos de la cárcel: el materialismo histórico y la filosofía de B. Croce*, Juan Pablo Editor, México [1948, italiano].

GUBER, Rosana

(1996) “Las manos de la memoria”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 36, núm. 141, Buenos Aires, abril-junio, pp. 424-441.

HALBWACHS, Maurice

(1996) *Das Gedächtnis und seine sozialen Bedingungen*, Luchterhand.

HALPERIN DONGHI, Tulio

(1977) “Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos”, en MORA Y ARAUJO, Manuel y LLORENTE, Ignacio –compiladores– *El voto Peronista*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 253-267.

HARRINGTON, Michael

(1984) *The New American Poverty*, Holt Rinehart and Winston, New York.

HOBBSAWM, Eric

(1978) “Lenin y la “aristocracia obrera”, en *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Ariel, pp. 174-185 [1973, inglés].

(1987) *El mundo del Trabajo*, Crítica, Barcelona [1984, inglés].

HUYSEN, Andreas

(2002) *En busca del tiempo futuro*, FCE, México.

ISLA, Alejandro y TAYLOR, Jully

(1999) *Parando la olla. Transformaciones familiares, representaciones y valores en los tiempos de Menem*, Norma, Buenos Aires.

IZAGUIRRE, Inés

(1995) “Obstáculos para la reflexión de los enfrentamientos en la Argentina de los 70”, en *Crítica de Nuestro Tiempo*, Buenos Aires, pp. 90-103.

JAHODA, Marie

(1987) *Empleo y desempleo Un análisis socio-psicológico*, Ediciones Morata, Madrid.

JALAN, Jyotsna y RAVALLION, Martin

(1999) *Income Gains to the Poor from Workfare: Estimates for Argentina's Trabajar Program*, Policy Research Working Paper Series 2149, The World Bank, Development Research Group, Washington DC.

JAMES, Daniel

(1990) *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*, Sudamericana, Buenos Aires.

(2000) *Doña María's Story: Life History, Memory, and Political Identity*, Duke University Press.

JELIN, Elizabeth

(1979) "Orientaciones e ideologías obreras", en KATZMAN, Rubén y REYNA, José Luis—compiladores— *Fuerza de Trabajo y Movimientos Laborales en América Latina*, Ediciones El Colegio de México, México, pp. 233-237.

(1996) —compiladora— *Vida cotidiana y control institucional en la Argentina de los 90*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.

(2000) "Memorias en conflicto", en *Revista Puentes*, Año 1, núm. 1, Buenos Aires.

(2002) *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Buenos Aires.

JELIN, Elizabeth y KAUFMAN, Susana

(2001) "Los niveles de la memoria: reconstrucciones del pasado dictatorial argentino", en *Entrepasados. Revista de Historia*, Año X, núm. 20/21, Buenos Aires, pp. 9-34.

JELIN, Elizabeth y TORRE, Juan Carlos

(1982) "Los nuevos trabajadores en América Latina. Una reflexión sobre las tesis de la aristocracia obrera", en *Desarrollo Económico*, núm. 85, Buenos Aires, pp. 3-23.

JORRAT, Jorge Raúl

(2000) *Estratificación social y movilidad. Un estudio de área metropolitana de Buenos Aires*, Eudet, Tucumán.

KALLEBERG, Arne y SØRENSEN, Aage

(1979) "The sociology of Labor Markets", en *Annual Review of Sociology*, núm. 5, pp. 351-379.

- KOHLER, Christoph; JUNGE, Kyra; SCHRODER, Tim y STRUCK, Olaf –editores–  
(2005) *Trends in employment stability and labour market segmentation. Current debates and findings in Eastern and Western Europe*, Jena.
- KOSELLECK, Reinhart  
(1993) *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Buenos Aires [1979, alemán].
- LACLAU, Ernesto  
(2005) *La razón populista*, FCE, Buenos Aires.
- LANDI, Oscar y GONZÁLEZ BOMBAL, Inés  
(1995) “Los derechos en la cultura política”, en ACUÑA, Carlos et al. –compilador– *Juicios, Castigos y Memorias*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- LATTES, Alfredo y RECCHINI DE LATTES, Zulma  
(1992) “Auge y declinación de las migraciones en Buenos Aires”, en JORRAT, Raúl y SAUTU, Ruth –compiladores– *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la argentina*, Paidós Estado y Sociedad, Buenos Aires, pp. 176-196.
- LEE, David y TURNER, Bryan –editores–  
(1996) *Conflicts about Class. Debating Inequality in late Industrialism*, Longman, London and New York.
- LENIN, Vladimir Ilich  
(1957) “El imperialismo y la escisión del socialismo”, en *Obras Completas*, Vol. XXIII, Editorial Cartago, Buenos Aires, pp. 104-119 [1916, ruso].  
(1974) *Qué hacer?*, Editorial Polémica, Buenos Aires [1902, ruso].
- LEVI-STRAUSS, Claude  
(1962) *El pensamiento salvaje*, FCE, México [1962, francés].
- LEVITSKY, Steven  
(2004) “Del sindicalismo al clientelismo: la transformación de los vínculos partido-sindicatos en el peronismo, 1983-1999”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 44, núm. 173, Buenos Aires, abril-junio, pp. 3-32.
- LINDENBOIM, Javier  
(2007) “Calidad del empleo y remuneraciones: el desafío actual”, en *Revista Realidad Económica*, núm. 228, Buenos Aires.

LIPSET, Seymour y BENDIX, Richard

(1963) *Movilidad social en la sociedad industrial*, EUDEBA, Buenos Aires.

MACEIRA, Verónica

(1996) “La subjetividad como territorio de confrontación”, en *Revista Dialéctica*, núm. 8, Buenos Aires, septiembre.

MARÍN, Juan Carlos

(1995) *Conversaciones (una experiencia de reflexión colectiva)*, Instituto “Gino Germani” de Investigaciones en Ciencias Sociales, Ediciones PICASO, Buenos Aires.

(1996) *Los hechos armados .Argentina 1973-1976. La acumulación primitiva del genocidio*, Ediciones PICASO/Rosa Blindada, Buenos Aires.

MARSHALL, Adriana

(1978) *El mercado de trabajo en el capitalismo periférico. El caso argentino*, PISPAL.

(1995) “Determinación salarial y estructura de los salarios”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 35, núm. 138.

MARSHALL, Adriana y PERELMAN, Laura

(2004) “Cambios en los patrones de negociación colectiva en la Argentina y sus factores explicativos”, en *Estudios Sociológicos*, Año XXII, núm. 65, pp. 409-434.

MARTUCELLI, Danilo y SVAMPA, Maristella

(1997) *La Plaza Vacía. Las transformaciones del peronismo*, Losada, Buenos Aires.

MARX, Karl

(1958) “En torno a la crítica de la filosofía del derecho, de Hegel y otros ensayos”, en *La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos de la primera época*, Grijalbo, México.

(1971) *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858*, Siglo XXI, Buenos Aires [1857-1858, alemán].

(1972) *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Editorial Anteo, Buenos Aires [1852, alemán].

(1973) *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, Editorial Anteo, Buenos Aires [1850, alemán].

(1975) *El Capital*, Tomo I, Siglo XXI, México [1867, alemán].

(1976) *El Capital*, Tomo II, Siglo XXI, México [1885, alemán].

- (1976) *El Capital*, Tomo III, Siglo XXI, México [1894, alemán].  
(1983a) “En torno a la crítica de la filosofía del derecho, de Hegel y otros ensayos”, en *La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos de la primera época*, Grijalbo, Buenos Aires [1844, alemán].  
(1983b) *Miseria de la Filosofía*, Cartago, Buenos Aires [1847, alemán].

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich

- (1957) *Correspondencia*, Cartago, Buenos Aires.  
(1975) *La ideología alemana*, Ediciones Pueblo Unido-Cartago, Buenos Aires [1932, alemán].  
(1983b) *El manifiesto comunista*, Editorial Anteo, Buenos Aires [1848, alemán].

MÉDA, Dominique

- (1995) *Le Travail. Une valeur en voie de disparition*, Alto Aubier, Paris.

MINISTERIO DE TRABAJO, EMPLEO Y SEGURIDAD SOCIAL (MTEySS)

- (1999) *Revista de Trabajo*.  
(2002) *Evaluación Plan Jefes y Jefas de Desocupados. Información Estadística*, Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales, Buenos Aires.  
(2003) *Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados. Un año de gestión (mayo 2002-mayo 2003)*, Buenos Aires.  
(2004) *Inserción Laboral de los beneficiarios del Programa Jefes de Hogar. Informe enero 2004*, Buenos Aires.  
(2006) *Informe sobre Negociación Colectiva durante 2006*, Buenos Aires.

MONZA, Alfredo

- (1985) *Sraffa y sus Usos*, Colección Economía y Planificación, Ediciones del IDES, núm. 7, Buenos Aires.

MOORE, Barrington Jr.

- (1989) *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, Universidad Autónoma de México, México [1978, inglés].

MOSCOSO, Leopoldo

- (1992) “Lucha de clases: acción colectiva, orden y cambio social”, en *Zona Abierta*, núm. 61/62, Madrid, pp. 81-187.

MURMIS, Miguel

(1969) “Tipos de marginalidad y posición en el procesos productivo”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, pp. 413-421.

MURMIS, Miguel y FELDMAN, Silvio

(1993) “La heterogeneidad social de las pobreza”, en MINUJIN, Alberto – compilador– *Cuesta Abajo*, Losada, Buenos Aires, pp. 45-92.

MURMIS, Miguel y PORTANTIERO, Juan Carlos

(1971) *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires.

NUN, José

(1969) “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. V, núm. 2, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, pp. 178-236.

(1969) “Informe general sobre el Proyecto de Marginalidad”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. V, núm. 2, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, pp. 410-412.

(1972) “Marginalidad y otras cuestiones”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, Flacso, núm. 4, pp. 97-127.

(1984) *Averiguaciones sobre algunos significados del peronismo*, Cuaderno del GECUSO, núm. 3, Espacio Editorial, Buenos Aires.

(1987a) “La teoría política y la transición democrática”, en NUN, José y PORTANTIERO, Juan Carlos *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Puntosur editores, Buenos Aires, pp. 15-56.

(1987b) “Vaivenes de un régimen social de acumulación en decadencia”, en NUN, José y PORTANTIERO, Juan Carlos *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Puntosur editores, Buenos Aires, pp. 83-116.

(1989a) “Elementos para una teoría de la democracia: Gramsci y el sentido común”, en *La rebelión del coro. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común*, Nueva Visión, Buenos Aires, pp. 67-100.

(1989b) *Crisis económica y despidos en masa*, Legasa, Buenos Aires.

(1998) “Mirando al futuro: una nueva visita a la tesis de la masa marginal”, en sesión IV, *The Futur of Wage Work*, Simposio 2, *XIV Congreso Mundial de Sociología*, *International Sociological Association*, Montreal.

(2000) *Democracia. Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, FCE, Buenos Aires.

(2001) “Trabajo, ciudadanía y política”, en *5to. Congreso Nacional de ASET*, Buenos Aires.

- NUN, José; MURMIS, Miguel y MARÍN, Juan Carlos  
(1968) *La marginalidad en América Latina. Informe preliminar*, Documento de Trabajo, Instituto Torcuato Di Tella, Centro de Investigaciones Sociales, Buenos Aires.
- O'DONNELL, Guillermo  
(1977) "Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976", en *Desarrollo Económico*, núm. 64, Vol. 16, Buenos Aires.  
(1997) *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Paidós, Buenos Aires.
- OSSOWSKI, Stanislaw  
(1976) *Estructura de clases y conciencia social*, Ediciones Península [1957, francés].
- OSZLAK, Oscar  
(1984) "Privatización autoritaria y recreación de la escena pública", en OSZLAK, Oscar –compilador– *Proceso, crisis y transición democrática/I*, CEAL, Buenos Aires.
- OVIEDO, Luis  
(2001) *Una historia del movimiento piquetero. De las primeras Coordinadoras a las Asambleas Nacionales*, Ediciones Rumbos, Buenos Aires.
- PAKULSKI, Jan  
(2005) "Foundations of a post-class analysis", en WRIGHT Erik O. –editor– *Approches to Class Analysis*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 152-79.
- PASSERINI, Luisa  
(1987) *Fascism in Popular Memory. The Cultural Experience of the Turin Working Class*, Cambridge University Press, Cambridge.  
(1992) –editora– *Memory and Totalitarianism*, International Yearbook of Oral History and Life Stories, Oxford University Press, Vol. 1.
- PAZ, Jorge  
(2003) "Transiciones en el mercado de trabajo y protección laboral en la Argentina (Estudio basado en datos de la EPH, 1997-2002)", en *Seminario Historias laborales y frecuencia de aportes al Sistema de Seguridad Social*, OIT y Secretaría de Seguridad Social, Buenos Aires.

PETERSON, Paul –editor–

(1991) *The Urban Underclass*, The Brookings Institution, Washington.

PETIT, Heloise

(2005) “Generalised precariousness or persistent segmentation?”, en KOHLER, Christoph; JUNGE, Kyra; SCHRODER, Tim y STRUCK, Olaf –editores– *Trends in employment stability and labour market segmentation. Current debates and findings in Eastern and Western Europe*, Jena.

PIAGET, Jean

(1976) *La toma de conciencia*, Morata ediciones, Madrid [1974, francés].

(1983) *El criterio moral en el niño*, Editorial Fontanella, Barcelona [1971, francés].

(1985) *La construcción de lo real en el niño*, Crítica-Grijalbo, Barcelona [1977, francés].

(1986) *Estudios sociológicos*, Planeta Agostini ediciones, España [1965, francés].

PIORE, Michael

(1983a) “La importancia de la teoría del capital humano para la economía del trabajo: un punto de vista disidente”, en TOHARÍA, Luis –compilador– *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones. Lecturas seleccionadas*, Alianza, Madrid, pp. 105-114 [1974, inglés].

(1983b) “Notas para una teoría de la estratificación del mercado de trabajo”, en TOHARÍA, Luis –compilador– *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones. Lecturas seleccionadas*, Alianza, Madrid, pp. 193-222 [1975, inglés].

(1983c) “El dualismo como respuesta al cambio y a la incertidumbre”, en TOHARÍA, Luis –compilador– *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones. Lecturas seleccionadas*, Alianza, Madrid, pp. 223-254 [1980, inglés].

(1983d) “Los fundamentos tecnológicos del dualismo y de la discontinuidad”, en TOHARÍA, Luis –compilador– *El mercado de trabajo: teorías y aplicaciones. Lecturas seleccionadas*, Alianza, Madrid, pp. 255-282 [1980, inglés].

PIORE, Michael y DOERINGER, Peter

(1971) *Internal Labor Markets and Manpower Adjustment*, Heath and Company, New York.

PORTELLI, Alessandro

(1997) *The Battle of Valle Giulia. Oral History and the Art of Dialogue*, The University of Wisconsin Press.

- PORTES, Alejandro y WALTON, John  
(1976) *Urban Latin America: the political condition from above and below*, University of Texas Press, Austin.
- POULANTZAS, Nikos  
(1971) *Fascismo y Dictadura*, Siglo XXI, México [1970, francés].  
*Las clases sociales en el capitalismo actual*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002 [1973, francés].
- PREALC/PNUD/DIRECCIÓN GENERAL DEL SERVICIO PÚBLICO DEL EMPLEO DE MÉXICO  
(1978) “Definiciones del sector informal urbano a partir de datos censales”, en *PREALC. Sector Informal: funcionamiento y políticas*, OIT, Santiago de Chile.
- QUIJANO, Aníbal  
(1977) *Imperialismo y marginalidad en América Latina*, Mosca Azul Editores.  
“Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica”, en *América Latina: Ensayos de interpretación sociológico-política*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1970.
- RIFKIN, Jeremy  
(1995) *The End of Work. The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era*, Putnam Publishing Group.
- ROCA, Emilia et al.  
(2005) “Resultados de la Segunda Evaluación del Programa Jefes de Hogar e Inserción Laboral de los beneficiarios en empleos registrados”, en *7mo. Congreso de Estudios del Trabajo. Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo*.
- ROSANVALLON, Pierre  
(1995) *La nueva cuestión social. Repensar el Estado Providencia*, Manantial, Buenos Aires.
- RUBERY, Jill  
(1978) “Structured labour markets, worker organisation and low pay”, en *Cambridge Journal of Economics*/2, pp. 17-36.

- SALVIA, Agustín  
(2002) “Segmentación de la Estructura Social del Trabajo en la Argentina. El Problema, Debate y Alternativas de Política”, en *Laboratorio*, núm. 9, Buenos Aires.
- SIGAL, Silvia  
(1981) “Estado protector y colectividad asistida. Marginalidad espacial, Estado y ciudadanía”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. XLIII, núm. 4, pp. 1547-1577.
- SIGAL, Silvia y TORRE, Juan Carlos  
(1979) “Una reflexión en torno a los movimientos laborales en América Latina”, en KAZTMAN, Rubén y REYNA, José Luis –compiladores– *Fuerza de Trabajo y movimientos laborales en América Latina*, El Colegio de México, México, pp. 139-150.
- SOREL, Georges  
(1976) *Reflexiones sobre la violencia*, Alianza, Madrid [1908, francés].
- SØRENSEN, Aage  
(2000) “Toward a Sounder Basis of Class Analysis”, en *American Journal of Sociology*, núm. 105, pp. 1523-1558.
- SØRENSEN, Aage y TUMA, Nancy Brandon  
(1981) “Labor Market Structures and Job Mobility”, en *Research in Social Stratification and Mobility*, Vol. 1, pp. 67-94.
- SPALTENBERG, Ricardo  
(1996) *Conflictos laborales en Argentina: 1984-1994*, Instituto Gino Germani de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires, inédito.
- SPALTENBERG, Ricardo y MACEIRA, Verónica  
(2001) “Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina”, en *Observatorio Social de América Latina-CLACSO*, núm. 5, Buenos Aires, pp. 23-28.
- SPIILERMAN Seymour  
(1977) “Careers, Labor Market Structure, and Socioeconomic Achievement”, en *The American Journal of Sociology*, Vol. 83, núm. 3, noviembre, pp. 551-593.

STEDMAN JONES, Gareth

(1999) *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, Siglo XXI, Madrid [1983, inglés].

STICHWEH, Rudolf

(1997) “Inklusion/Exclusion, funktionale Differenzierung und die Theorie der Weltgesellschaft”, en *Soziale System 3*, Verlag Leske, Deutschland.

SVAMPA, Maristella

(2000) “Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal”, en SVAMPA, Maristella –editora– *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Biblos, Buenos Aires, pp. 121-154.

SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián

(2003) *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteros*, Biblos, Buenos Aires.

THOMPSON, Edgard. P.

(1979) *Tradición, Revuelta y consciencia de clase*, Crítica/Grijalbo, Barcelona.

TODOROV, Tzvetan

(1987) *La conquista de América. La cuestión del otro*, siglo XXI, México [1982, francés].

TORRADO, Susana

(1998) *Familia y diferenciación social. Cuestiones de método*, EUDEBA, Colección Manuales, Buenos Aires.

TORRE, Juan Carlos

(1983) *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*, CEAL, Buenos Aires.

(1989) “Interpretando (una vez mas) los orígenes del peronismo”, en *Desarrollo Económico*, Vol. 28, núm. 112, Buenos Aires, enero-marzo, pp. 525-548.

(1990) *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Sudamericana/Instituto Torcuato di Tella, Buenos Aires.

(1995) –compilador– *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires.

TOURAINÉ, Alain

(1965) *Sociologie de l'action*, Editions du Seuil, París.

TOURAINÉ, Alain y PECAUT, Daniel

(1966) “Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. II, núm. 2, Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, pp. 150-178.

TROTSKY, León

(1940) “Extracto de una carta a un camarada inglés, del 15 de noviembre de 1931”, en *Fourth International*, New York.

(1940) “El fascismo triunfará sólo si nosotros fracasamos”, en *Fourth International*, New York.

VAN PARIJS, Philippe

(1990) “A Revolution in Class Theory”, en WRIGHT, Erik Olin –editor– *The Debate on Classes*, Verso, London-New York, pp. 213-241.

WACQUANT, Lóic

(2001) *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Manantial, Buenos Aires.

WEBER, Max

(1978) *Economía y Sociedad*, FCE, México [1922, alemán].

WESTERGAARD, John

(1996) “Class in Britain since 1979: Facts, Theories and ideologies”, en LEE, David y TURNER, Bryan –editores– *Conflicts about Class. Debating Inequality in late Industrialism*, Longman, London and New York, pp. 141-158.

WILSON, William Julius

(1991) “Public Policy Research and the Truly Disadvantaged”, en PETERSON, Paul –editor– *The Urban Underclass*, The Brookings Institution, Washington, pp. 460-482.

WILLIAMS, Raymond

(1980) *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona [1977, inglés].

WRIGHT, Erik Olin

(1981) “The Value Controversy and Social Research”, en STEEDMAN, Ian –compilador– *The Value Controversy*, Verso, London, pp. 36-74.

(1983) *Clase, crisis y estado*, Siglo XXI, Madrid [1978, inglés]. –editor– *The Debate on Classes*, Verso, London-New York, 1990.

(1994a) *Clases*, Siglo XXI, Madrid [1985, inglés].

(1994b) *Interrogating Inequality*, Verso, London.

(1995) "The Class Analysis of Poverty", en *International Journal of Health Services*, Vol. 25:1, pp. 85-100.

(1997) *Class Counts. Comparative Studies in Class Analysis*, Cambridge University Press, New York.

(2000) "Class, Exploitation and Economic Rents: reflections on Sørensen's 'Toward a Sounder Basis for Class Analysis'", en *American Journal of Sociology*.

—editor— *Approaches to Class Analysis*, Cambridge University Press, 2005.

WRIGHT, Erik Olin y PERRONE, Luca

(1977) "Marxist class categories and income inequality", en *American Sociological Review*, Vol. 42, núm. 1, pp. 32-55.

WRIGHT MILLS, Charles

(1957) *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, Aguilar, Madrid.

ZEITLIN, Maurice

(1967) *La clase obrera y la revolución cubana*, Amorrortu, Buenos Aires.





